

J. Remesal, O. Muso (eds.) (1991) *La presencia de material etrusco en la Península Ibérica*. Barcelona, pp. 475-541.

## EN TORNO AL ORIGEN Y PROCEDENCIA DE LA FALCATA IBÉRICA

Fernando Quesada Sanz

Universidad Autónoma de Madrid

### 1. Las diversas teorías sobre el origen de la falcata

Desde la segunda mitad del s. XIX la llamada «espada falcata» es considerada como el arma característica de los pueblos ibéricos, no tanto por la frecuencia de su aparición (que, siendo considerable, es menor que la de otras armas<sup>1</sup>) sino por su forma característica y poco común, así como por la rica decoración damasquinada de algunos ejemplares. Pronto comenzó el debate científico en torno al origen de este tipo de espada, problema que fue considerado por más de un autor –quizá algo exageradamente– como «uno de los más espinosos de la Edad del Hierro»<sup>2</sup>. Esta discusión reflejó enseguida, en un marco más limitado, uno de los grandes temas subyacentes al estudio de la Protohistoria Peninsular a lo largo del presente siglo: nos referimos al gran debate sobre la primacía de las influencias mediterráneas o de las continentales en la conformación de las culturas anterromanas.

Puesto que en el presente artículo nos proponemos exponer una nueva hipótesis sobre el origen y procedencia de este tipo de arma, creemos imprescindible resumir, siquiera brevemente, el estado de la cuestión. Las hipótesis hasta ahora planteadas pueden clasificarse en tres grupos:

#### 1.1. Origen autóctono:

Esta solución hace derivar la falcata de los cuchillos curvos conocidos en la P. Ibérica desde la Edad del Bronce; la falcata sería por tanto un arma plenamente autóctona. Esta posibilidad ha sido apuntada por el Prof. Maluquer<sup>3</sup>, pero ha contado con escasa o nula aceptación por otros investigadores<sup>4</sup>.

1. Como la lanza, con toda probabilidad el arma funcionalmente más importante entre los pueblos prerromanos, aunque quizá no la más cargada de contenido simbólico, puesto que ocuparía a nuestro modo de ver la falcata.

2. Por ejemplo, M.E. Cabré, «Dos tipos genéricos de falcata hispánica», *A.E. Arte y Arq.* 30, 1934, pp. 1-18, p. 6; G. de la Chica, «El armamento de los iberos», *R.A.B.M.*, LXIII.1, 1957, pp. 309-321, p. 309.; F. Latorre, «Aproximación al estudio del armamento ibérico levantino», *Varia*, I, 1979, pp. 153-182, ver p. 168.

3. J. Maluquer de Motes en *Historia de España Menéndez Pidal*, 4ª ed., vol. III, 1982, p. 356: «no puede descartarse la idea de que se trate de un tipo conseguido por evolución autóctona, puesto que en la Península existía larga tradición de cuchillos afalcados que aparecen en la España céltica desde etapas muy antiguas».

4. Por ejemplo, D. Fletcher Valls, «Problemas de la Cultura Ibérica», *SIP, Trabajos Varios*, 22, 1960, pp. 58-59.

## 1.2. Procedencia y origen continentales:

Esta hipótesis fue sostenida desde principios de siglo por el Prof. Bosch Gimpera. Opinaba este autor en su recensión<sup>5</sup> a la obra de Sandars—que luego comentaremos— que el precedente de la falcata podía hallarse en las necrópolis meseteñas excavadas por el marqués de Cerralbo. Se trataba de los pequeños cuchillos afalcatados que se asociaban a las espadas de antenas, en una zona muy ligada al mundo centroeuropeo. En 1921 Bosch Gimpera precisaba así su opinión<sup>6</sup>:

«Nada impide en España que la falcata sea un nuevo caso de influencia post-hallstática del Centro sobre la costa ibérica. En el resto de la Europa bárbara aparecen falcatas, de tipos distintos en cada localidad, y siempre en culturas dependientes de la hallstática o de sus sucesoras, asociadas también el tipo de cuchillo curvo que es uno de los más característicos del último período del Hallstat o del primero de la civilización de La Tène. (...) la distribución geográfica de las falcatas de la Europa bárbara, precisamente en la periferia de la zona de influencia de la civilización hallstática (España, Italia y países del otro lado del Adriático), el cuchillo curvo asociado con la falcata y la diversidad de tipos en cada región, harían creer en una evolución del cuchillo curvo verificada con plena autonomía en cada uno de dichos territorios periféricos de zona de influencia Hallstática. (...) Creemos, pues, mejor la aparición de la falcata en España como un desarrollo autónomo post-hallstático que la adopción del modelo griego.»<sup>7</sup>

Esta postura de Bosch Gimpera fue compartida por autores como M. Hoernes<sup>8</sup>, J. Martínez Santolalla o J. C. de Serra Ràfols<sup>9</sup> quien adoptó la opinión de Bosch: el cuchillo curvo Hallstático dio lugar de forma independiente a la falcata en dos regiones distintas: por un lado en la Meseta española (desde donde los celtas hispánicos la transmitirían a los íberos de las costas mediterráneas) y por otro en el Norte de Italia y región dinárica (desde donde se transmitiría hacia Grecia).

Esta teoría explicaba la amplia dispersión del tipo de espada curva de un filo y sus variantes regionales, pero, para la cuestión concreta peninsular, presentaba dos dificultades insuperables que hizo notar M.E. Cabré<sup>10</sup>, buena conocedora del mundo meseteño supuestamente creador de la falcata: por un lado que la distribución de los hallazgos era en 1934—y sigue siéndolo hoy, con más énfasis aún si cabe— fundamentalmente ibérica, costera, mediterránea y andaluza; por otro, que en el momento de la aparición meseteña de los «grandes cuchillos corvos», la falcata era ya conocida en Andalucía por los iberos.

Estas consideraciones obligaron a Bosch Gimpera a rectificar en 1944 su opinión en los siguientes términos<sup>11</sup>:

5. En *A.I.E.C.*, VI, 1915, pp. 943-945.

6. P. Bosch Gimpera, «Los celtas y la civilización céltica en la Península Ibérica», *Boletín de la Real Sociedad Española de Excursiones*, XIX, pp. 248-301.

7. *Ibidem*, pp. 279-280.

8. En *Wiener Prähistorische Zeitschrift*, I, 1914, p. 85. Posteriormente, en su *Prehistoria*, vol. III, La Edad del Hierro, Barcelona 1927, p. 138 (recogiendo la opinión de Bosch Gimpera) y p. 143 (aceptándola implícitamente).

9. J.C. de Serra Ràfols, en *Reallexicon der Vorgeschichte*, III, Berlín 1925, p. 165 (recogido por M.E. Cabré *op. cit.* nota 2).

10. M.E. Cabré, *op. cit.* nota 2, p. 7.

11. P. Bosch Gimpera, *El poblamiento antiguo y la formación de los pueblos de España*, Méjico, 1944, p. 143 nota 13.

«De los resultados de la señorita Cabré y de la distribución geográfica de las falcatas de España parece claro que se trata de un tipo que predomina en el territorio ibérico y que es de origen griego, como ya había intentado demostrar Sandars (...) Nosotros habíamos intentado hacer la falcata un tipo derivado del cuchillo curvo hallstático, pero nuestra hipótesis no parece ya sostenible».

Parecía así que la opción hallstático-meseteña perdía su principal valedor, y parecía lógico que fuera abandonada. Sin embargo, esto no ha ocurrido totalmente. Mientras que algunos trabajos modernos rechazan por completo esta teoría, otros se limitan a dar el tema por irresuelto o incluso vuelven a plantearse una posible entrada pirenáica de la falcata con movimientos de pueblos producidos a lo largo del s. VI a. de C. procedentes de la zona de Dalmacia e Italia<sup>12</sup>. El propio Bosch Gimpera, en un trabajo póstumo, volvía sobre sus posturas iniciales:

«los sables curvos llamados falcatas, que tienen una gran propagación en España, pasando a la cultura tartesio-ibérica y que se han supuesto de origen griego, aunque es más probable que seau una adaptación del cuchillo curvo hallstático (el llamado «Hiebmesser»)»...»<sup>13</sup>

### 1.3. Procedencia mediterránea

Se trata de una postura —o más bien conjunto de posturas— en lo esencial opuesta a la que hemos resumido. En su variante más extrema, sostiene que el prototipo de las espadas de un filo y cuchillos largos no sólo en la Península Ibérica sino también del Danubio, N. de Europa, Francia e Italia, es griego.<sup>14</sup> En otros muchos casos, los investigadores se limitan a postular la procedencia griega de la falcata ibérica, mientras que otros, aceptando un origen mediterráneo, dudan entre griegos y etruscos como introductores de la *machaira* en Iberia.

En 1904 recalca P. Paris<sup>15</sup> —como ya lo había hecho Cartailhac a fines del s. XIX— las similitudes formales existentes entre las falcatas halladas en Almedinilla y otros yacimientos ibéricos con la *machaira* o *kopis* griego. Sin embargo, fue H. Sandars en 1913 quien, en su obra fundamental sobre el armamento ibérico<sup>16</sup>, formuló de manera completa una hipótesis que buscaba el origen de la *machaira* griega en el mundo asiático, considerando que el momento de introducción del tipo en Grecia fue el de las Guerras Médicas, a principios del s. V a.C. El momento de la transmisión de la falcata a los íberos sería según Sandars el s. IV a.C., y el medio, bien mediante las colonias griegas en Iberia o más probablemente a través de los mercenarios ibéricos enviados a Grecia por Dionisio el Viejo de Siracusa en 369 a.C.

12. I. Negueruela Martínez, *La escultura ibérica del Cerrillo Blanco de Porcuna, Jaen. Estudio sobre su estructura interna, agrupamientos e interpretación*. Tesis Doctoral inédita leída en la U.A.M.. 1988, pág. 492.

13. P. Bosch Gimpera, *Prehistoria de Europa*, Madrid, 1974, p. 845.

14. J. Cartailhac, *Les Ages Préhistoriques de l'Espagne et du Portugal*, 1886, pp. 250 ss.; J. Dechelette, *Manuel d'archéologie préhistorique, celtique et gallo-romaine*, 1914, vol. II.3, pp. 1.135-1.136.

15. P. Paris, *Essai sur l'art et l'industrie de l'Espagne Primitive*, París, 1904, pp. 278-279.

16. H. Sandars, «The Weapons of the Iberians», *Archaeologia*, XLIV, 1913.

Tanto Dechelette en 1914<sup>17</sup> como P. Couissin en 1926<sup>18</sup> aceptaban un origen griego para las *machairas* itálicas y, por extensión, para las ibéricas. Sin embargo, la obra fundamental para la aceptación de la idea de que los íberos tomaron del mundo mediterráneo la falcata es, como se ha indicado ya, la de M.E. Cabré<sup>19</sup>. Esta investigadora sostiene que los íberos reciben y transforman una idea, la de la *machaira*, pero, y al contrario que Sandars, opina que probablemente los agentes transmisores no son directamente los griegos, sino los etruscos<sup>20</sup>.

Las publicaciones posteriores a estos artículos —incluyendo al propio Bosch Gimpera, como hemos visto— han seguido en general la teoría del origen griego. Así, Jannoray en 1955<sup>21</sup>, de la Fuente Aparicio en 1959<sup>22</sup>, Fletcher Valls en 1960<sup>23</sup>, incluso Schule en 1969<sup>24</sup> y Nieto Gallo en 1970<sup>25</sup>. También Maluquer se inclina finalmente por esta opción<sup>26</sup>, y, ya muy recientemente, Broncano en 1985<sup>27</sup>, F. Presedo en 1986<sup>28</sup>, F. Fernández en 1986<sup>29</sup> o A. Balil en 1987<sup>30</sup>. Ninguno de estos trabajos aporta elementos nuevos al debate. Distinto es el caso de E. Cuadrado, quien acepta también el origen griego<sup>31</sup>, pero en un interesante trabajo valora notablemente las *machairas* halladas en Italia. Dejando parcialmente a un lado el tema del origen último del arma, este investigador se centra en la procedencia del tipo, concluyendo que es griega y que la *machaira* posiblemente entró en la Península Ibérica a través de colonos griegos tras la batalla de Alalia en 540 a.C.<sup>32</sup>. Más adelante volveremos sobre esta opinión.

Ya hemos visto que, entre estos autores «mediterraneistas» predomina la opción griega a la hora de determinar la transmisión exacta a Iberia de la falcata. No obstante, debemos recordar que algunos como M.E. Cabré dudan entre griegos y etruscos, mientras que otros investigadores se inclinan decididamente hacia estos últimos, como ocurría con W.M. Flinders Petrie<sup>33</sup> y, más recientemente, A. Arribas<sup>34</sup>, aunque en todos estos casos no se razona ni justifica la preferencia itálica.

17. Dechelette, *op. cit.* n. 14.

18. P. Couissin, *Les armes romaines*, p. 49 y p. 140.

19. M.E. Cabré, *op. cit.* nota 2 y también «El modelo de falcata más típicamente hispánico», *Anuario del Cuerpo Facultativo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos*, II, 1934.

20. M.E. Cabré, «El modelo de falcata...» *op. cit.* nota 19, p. 11.

21. M. de la Fuente Aparicio, *Falcata Ibérica*, Memoria de Licenciatura mecanografiada dirigida por el Prof. A. García y Bellido, p. 1 (siguiendo a Sandars, prefiere la transmisión vía griegos a la «opción etrusca»).

23. Fletcher Valls, *op. cit.* nota 4, p. 59.

24. W. Schule, *Die Meseta Kultur der Iberischen Halbinsel*, Berlín, 1969, p. 113.

25. G. Nieto Gallo y A. Esecalera Ureña, «Estudio y tratamiento de una falcata de Almedinilla», *Informes y Trabajos del Instituto de Conservación y Restauración de obras de arte, Arqueología y Etnología*, 10, p. 12.

26. J. Maluquer de Motes, *op. cit.* nota 3. La falcata «parece responder al tipo de *machaira* griega del s. VI, que habrían adoptado de los primitivos colonos meridionales» (p. 356).

27. S. Broncano *et alii* «La necrópolis ibérica de «El Tesorico»», *NAH*, 20, 1985, pp. 43-183, *vid.* p. 93

28. F. Presedo Velo en *Historia de España Antigua*, I, Madrid, 1986, Cátedra, p. 204 («El origen griego parece, hasta ahora, la tesis mejor apoyada»).

29. F. Fernández, *Excavaciones arqueológicas en el Raso de Candeleda*, Avila 1986, vol. II, p. 797.

30. A. Balil en su recensión (*B.S.E.A.A.*, LIII, 1987, p. 472) al libro de R. Treviño *Rome's enemies(4): Spanish Armies. 218 BC-198 BC*, Loudres 1986.

31. E. Cuadrado, «La necrópolis ibérica de El Cigarralejo (Mula, Mureia)», *B.P.H.* XXNI, 1987, p. 84

32. E. Cuadrado, *La panoplia de los iberos de «El Cigarralejo»*, 1989 pp. 45-51.

33. W.M. Flinders Petrie, *Tools and Weapons*, Londres, 1917, p. 28 y lám. XXXII. «The source is probably Italian, adopted in Magna Grecia, and spread to Spain». Aquí Petrie trasladaba el origen a Italia, posibilidad no aceptada por otros investigadores, y valoraba de manera interesante el posible papel transmisor de la Magna Grecia.

En un interesante pero poco difundido trabajo, G. Nieto Gallo<sup>35</sup> reconoce la distribución costera de la falcata y descarta el origen autóctono<sup>36</sup>. Sin embargo, busca integrar en una hipótesis general los orígenes de la falcata, la *machaira* e incluso de los cuchillos afalcatados remontándose al Bronce Final, período del que cita la existencia de cuchillos curvos en el mundo «tracio» del valle del Danubio y los Cárpatos. De forma bastante anárquica el autor salta del Bronce Final a la época de La Tène y de los pequeños cuchillos a la espada de guerra, pero en cualquier caso propone que del cuchillo afalcatado de bronce los tracios llegaron a crear una *machaira* citada por Herodoto, que desde Tracia pasó a Asia Menor, donde la adoptaron los griegos orientales que a su vez la transmitirían a Grecia continental y de allí al mundo etrusco (elude el problema de la cronología antigua de algunas piezas etruscas). A través de los etruscos o de los griegos el tipo llegaría finalmente a la P. Ibérica.

#### 1.4. Autores indecisos

Pese a que la mayoría de los investigadores se inclinan hoy por la opción mediterránea, no faltan quienes pese a todo muestran dudas. Ya hemos citado el caso de I. Negueruela (nota 12), pero hay varios investigadores más que no acaban de inclinarse por ninguna de las dos grandes posibilidades. Este es el caso de G. de la Chica<sup>37</sup>, G. Nicolini<sup>38</sup>, A. Brühn de Hoffmayer<sup>39</sup>, F. Latorre<sup>40</sup> o R. Treviño<sup>41</sup>. Aunque la mayoría de estos autores parecen inclinarse elípticamente por el origen mediterráneo, ninguno se define claramente.

34. A. Arribas, *Los Iberos*, Barcelona, 1965, p. 98. «Su origen se halla en la *machaira* griega, que fue copiada de pueblos orientales, e introducida a través de los tipos etruscos que los mercenarios ibéricos debieron de imitar...»

35. G. Nieto Gallo «Coincidencias formales entre la *Majaira* tracia y la «Falcata» Ibérica; *Actas del III Congreso de Tracología*, Palma de Mallorca, 1981; Milán 1982, pp. 95-106.

36. *Ibidem*, p. 98.

37. El caso del trabajo de G. de la Chica (*op. cit.* nota 2) es curioso. Aunque se limita a exponer las dos grandes hipótesis al uso, sin inclinarse por ninguna, se ha extendido la opinión de que dicho autor aceptaba un origen céltico-meseteño (ver Fletcher, *op. cit.* nota 4, p. 58 o Nieto Gallo y Escalera Ureña, *op. cit.* n. 25, p. 12 como ejemplos).

38. G. Nicolini, *Les bronzes figurés des sanctuaires ibériques*. París 1969. Cita a los autores 'pro-griegos' sin citar la teoría 'continental-hallstática'. Implícitamente parece alinearse con aquellos.

39. A. Brühn de Hoffmayer, *Arms and Armour in Spain*, Madrid, 1972, p. 31.

40. F. Latorre Nnevalos, *op. cit.* nota 2, p. 168: «Se puede concluir que, en cuanto a la forma de la lámina [hoja], es muy discutible el origen griego o céltico. En cuanto a la cabeza de ave, hay un claro influjo griego. En cuanto a la empuñadura con cabeza de caballo, un origen típicamente ibérico con influjo de las fíbulas de jinere del centro de la Península.»

41. R. Treviño, *op. cit.* nota 30, p. 38.

## 2. Algunos problemas de cronología y de concepto

Casi asombra el que, desde los trabajos de Sandars, Bosch Gimpera y M.E. Cabré, no se haya abordado de manera sistemática el estudio de la *machaira* y sus relaciones con la falcata, y que algunas referencias aisladas a las espadas itálicas, adriáticas y griegas no se hayan integrado en un todo coherente. La mayoría de los investigadores posteriores han aceptado la situación prácticamente tal cual quedó planteada en 1934, y poco o nada se ha avanzado. Sin embargo, la aparición de nuevos elementos de juicio junto con la oportunidad que hemos tenido de estudiar directamente piezas itálicas y balcánicas, así como de acceder a bibliografía poco o nada conocida en España, nos ha permitido intentar un replanteamiento global del problema.

Para ello es necesario previamente ajustar dos conceptos no muy claramente definidos: el de la cronología de la falcata ibérica en comparación con la *machaira* griega y el de los conceptos —distintos— de «origen» y «procedencia».

Cuando Sandars escribió su trabajo<sup>42</sup>, la datación conocida para las falcatas ibéricas no iba más allá de principios del s. IV, por lo que resultaba aceptable la gradación por él propuesta: la falcata entraría en Grecia a principios del s. V y llegaría a Iberia en la primera mitad del IV a.C.<sup>43</sup>. Sin embargo, ya M.E. Cabré propuso en 1934 una fecha bastante más antigua para la llegada de la falcata: en torno a fines del s. VI —principios del V a. de C.<sup>44</sup>. Una datación tan antigua, no bien atestiguada por la evidencia arqueológica, hizo que la mayoría de los investigadores no la siguieran con todas sus consecuencias. La fecha de segunda mitad o finales del s. V para la recepción de la falcata ibérica se fue generalizando<sup>45</sup>. Sin embargo, hoy poseemos elementos que nos permiten pensar en la utilización ibérica de la falcata desde al menos mediados del s. V a.C. y quizá algo antes. En efecto, en el conjunto escultórico de Porcuna hay indudables representaciones de falcatas<sup>46</sup>, (Fig. 2) y dicho conjunto ha sido datado por Negueruela, autor del estudio más minucioso, en torno a la primera mitad del s. V a.C. basándose en consideraciones estilísticas, en la datación de los paralelos conceptuales del monumento y en el tipo de los objetos representados<sup>47</sup>, datación en la que coincide con Blanco Freijeiro<sup>48</sup>. Si la falcata se representa en Porcuna a lo largo de la primera mitad del s. V a. C., dicha fecha sería idéntica o muy poco posterior a la calculada por Sandars para la llegada del prototipo oriental de la *machaira* a Grecia, por lo que no habría tiempo material para que los griegos la adoptaran y luego la transmitieran a los iberos. Podría argumentarse que

42. Sandars, *op. cit.* nota 16.

43. *Ibidem*, pp. 30-32 para la llegada a Grecia y p. 34 para la transmisión a la P. Ibérica.

44. M.E. Cabré, 1934, *op. cit.* nota 19, p. 11.

45. Fletcher, *op. cit.* nota 4, p. 59; de la Chica, *op. cit.* nota 2, p. 310 da fecha del s. IV a.C.; Treviño, *op. cit.* nota 30, p. 40, Nieto Gallo, *op. cit.* nota 25, p. 102, etc.

46. J.A. González Navarrete, *Escultura ibérica de Cerrillo Blanco (Porcuna, Jaén)*, 1987; ver núm. cat. 43 (p. 202-203) y núm. 44 (p. 204). Igualmente, Negueruela, *op. cit.* nota 12, p. 491.

47. Negueruela, *op. cit.* nota 12, p. 804 y p. 809. Los dos extremos posibles para la datación del monumento serían, según este autor, el 530 y el 390 a.C. (p. 808).

un hipotético escultor griego focense autor de las esculturas pudo representar un arma de su tierra y no un tipo ibérico, pero ello es de todo punto absurdo si consideramos que todas las demás armas son claramente propias del mundo peninsular.

Por tanto, se hace necesario resolver con urgencia la contradicción entre una aparición de la falcata en fecha similar en ambos extremos del Mediterráneo y la teoría al uso sobre la procedencia griega de la falcata ibérica.

La segunda cuestión que hemos planteado es de concepto. En efecto, en el problema que estamos tratando hay dos aspectos claramente distintos, que muchas veces no se han distinguido con claridad y que en otras se han mezclado por completo: nos referimos a los conceptos de origen y procedencia. A nuestro modo de ver, una cuestión es la del **origen** último del tipo de espada de hoja asimétrica, curva y con un solo filo; y otra por completo distinta la de la **procedencia** inmediata de la falcata ibérica, el modelo que luego los iberos transformaron. Desde el punto de vista de la protohistoria española, la cuestión del origen y la procedencia sólo se confundirían si la falcata tuviera un origen autóctono en los cuchillos peninsulares de la Edad del Bronce, pero esta es una posibilidad desechada por la investigación.

Si lo que queremos es resolver el problema de la procedencia de la falcata ibérica, no tenemos que desviarnos hacia remotos paralelos orientales o continentales, sino buscar paralelos al tipo entre, aproximadamente, los siglos VIII y V a. de C. Si nos interesa saber cuál es el origen último tanto de la falcata ibérica como de la *machaira* etrusca y la griega, así como de los grandes cuchillos continentales de finales de Hallstatt y comienzos de La Tène, el problema es mucho más complejo. Desde el punto de vista de la Arqueología Peninsular, el problema interesante es el primero. Puede objetarse que ambos problemas están en realidad asociados, y es cierto, pero no tienen por qué mezclarse. Creemos que la mejor forma de llegar a conclusiones fiables es tratar primero de determinar por qué vía llegó la idea de la falcata a la P. Ibérica, y sólo luego atacar el problema del origen remoto.

La mayoría de los esfuerzos de investigación hasta la fecha se han centrado implícitamente en la procedencia, pero al no separar este aspecto del problema del origen se producen absurdos como que se utilicen textos homéricos que citan el término *machaira* (cuchillo corto) para aludir al origen griego de lo que, siglos después, Seneca llamará *machaera* hispana (sable de guerra)<sup>49</sup>, o como disociar, a la hora de definir in-

48. A. Blanco Freijeiro, «Las Esculturas de Porcuna. I. Estatuas de Guerreros», *B.R.A.H.*, CLXXXIV, 1987, p. 445.

49. La cuestión de la terminología utilizada por los autores clásicos es extremadamente compleja y requiere un estudio independiente en el que estamos trabajando. En síntesis, cabe decir que es muy peligroso fiarse del término *machaira* para identificar una falcata, porque muy a menudo (sobre todo en autores como Homero o Herodoto) se emplea para designar cuchillos de cocina o cuchillos sacrificiales. En este caso, normalmente puede distinguirse el uso por el contexto, pero el problema se agrava en autores más tardíos, que utilizan el término *machaira* no solo para sables curvos, cuchillos de cocina, cuchillos sacrificiales e incluso escalpelos de cirujano, sino también para espadas en general. Eu cambio, el término *xiphos* (espada recta, corta, de hoja algo pistiliforme) a veces se utiliza en su sentido general como «espada», fenómenos ambos que se producen en autores con pocos conocimientos técnicos. Un término más técnico —aunque tampoco exento de complicaciones— para lo que nosotros entendemos como falcata es *kopis*, usado por relativamente pocas fuentes (es significativo que una de ellas sea un militar profesional como Jenofonte). Como ha señalado Snodgrass en *Arms and Armour of the Greeks*, 1967, p. 97, la

fluencias, los elementos componentes de la falcata<sup>50</sup>. Por otro lado, no es necesariamente contradictorio que el origen remoto esté en la cuenca del Danubio y que la procedencia sea griega, o viceversa, que el origen sea griego micénico y que la *machaira* llegara a través de los Pirineos.

### 3. La evidencia de la Península Ibérica

El planteamiento básico de M.E. Cabré en contra de la difusión de la falcata en sentido Meseta-Costa conserva todo su vigor, más aún si cabe, puesto que cada vez se aprecia con mayor claridad la concentración de las falcatas en Andalucía, Sureste y Levante, como han reconocido F. Fernández en su estudio sobre el Raso de Candeleda<sup>51</sup>, o lo hizo W. Schule<sup>52</sup>. Sólo en la provincia de Murcia hemos podido catalogar 211 falcatas, mientras que en la Meseta Norte pueden contarse con los dedos de las manos. Sólo el argumento de la distribución de la falcata bastaría pues para negar la teoría de Bosch Gimpera, como él mismo reconoció, pero no excluye completamente la posibilidad de la entrada de una falcata en la Península a través de los Pirineos Orientales y descendiendo por la costa en torno al s. VI. De todos modos, la comparativamente escasa presencia de falcatas en el Sur de Francia, Cataluña y Meseta nos lleva a dudar seriamente de esta posibilidad.

Al argumento de la distribución cabe añadir el ya citado por la presencia de falcatas entre el armamento de Porcuna (Fig. 2), panoplia que nada tiene de meseteña a nuestro modo de ver. La falcata claramente no procede de la Meseta (aunque no vamos a utilizar lo definido para hacer la definición), pero es que también los discos-coraza son de procedencia mediterránea, concretamente itálica como muy bien ha visto G. Kurtz<sup>53</sup> y ha aceptado Negueruela<sup>54</sup>; los paralelos encontrados para los peculiares cascos son helénico-jonios<sup>55</sup>, pero posiblemente reinterpretados primero en Italia y luego en la P. Ibérica<sup>56</sup>; los escudos circulares pueden tener casi cualquier origen y procedencia, incluida la autóctona, y las manillas representadas tienen paralelos tanto en la Meseta

nomenclatura griega de armamento es claramente asistemática. Por ello, las notas de Sandars referentes a la supuesta similitud entre el *kukri gurka* y la *machaira*, o la referencia a la Iliada, carecen de sentido real: ambas cosas son cuchillos, no espadas de guerra y poco tienen que ver con la función y tipología del *kopis* tal y como lo entiende Jenofonte o con la falcata ibérica.

G. Roux «Meurtre dans un sanctuaire sur l' Amphore de Panaguriste», *Antike Kunst*, 7, 1964, pp. 30-40 ha insistido en que la *machaira*, a los ojos de los griegos, designaba «instrumentos de forja y tamaño diversos, pero esencialmente destinados a cortar carnes: cuchillo de caza, cuchillo de sacrificio, de cocina».

50. Latorre, *op. cit.* nota 2. Ver cita nota 38.

51. Fernández, *op. cit.* nota 29, p. 795.

52. Schule, *op. cit.* nota 24, p. 113.

53. W. S. Kurtz, «La coraza metálica en la Europa Protohistórica», *Bol. Asoc. Esp. Amigos de la Arqueología*, 21, p. 22: «Debe resaltarse el hecho de que el modelo adoptado (...) sea de procedencia itálica»; p. 21 «la mayor parte de las piezas proceden del área levantina (...) Respecto a las piezas de la Meseta, creo que tan sólo pueden ser consideradas importaciones...»

54. Negueruela, *op. cit.* nota 12, p. 434.

55. Negueruela, *ibidem*, nota 12, pp. 374-379.

56. *Ibidem*, p. 378.



como en Murcia<sup>57</sup>; las espadas de frontón tienen un claro origen oriental<sup>58</sup>, y aunque en 1969 el mapa de distribución de Schule reflejaba un equilibrio entre una concentración en la Meseta N. y otra —más dispersa— en el cuadrante suroriental de la Península<sup>59</sup>, hallazgos posteriores vienen a abonar la opinión de que la procedencia directa puede ser mediterránea, puesto que tenemos ejemplares no sólo en la Hoya de Santa Ana, Almedinilla, Illora y Villaricos, sino también en el Tesorico de Hellín<sup>60</sup>, Casa del Monte<sup>61</sup>, Los Patos en Cástulo<sup>62</sup>, Los Nietos en Cartagena<sup>63</sup>, etc. La propia M.E. Cabré, gran conocedora de las armas de la Segunda Edad del Hierro, da por supuesto que el tipo fue primero adoptado por los iberos y de allí pasó a la Meseta<sup>64</sup>. Por todo esto no compartimos en modo alguno la opinión de Blanco Freijeiro y otros autores en el sentido de que la panoplia representada sea meseteña<sup>65</sup>, y por lo mismo no nos extraña la asociación de falcatas con estas otras armas que, según hemos visto, apuntan en más de un caso al mundo del Mediterráneo Central, a la Península Itálica. Las consecuencias que esto tiene las veremos cuando examinemos la siguiente evidencia que vamos a presentar.

Nos estamos refiriendo a una interesante espada conservada en el Museo Arqueológico Nacional de Madrid. (Fig. 1 y Fig. 3.3). Su lugar de hallazgo es dudoso, aunque es probable que proceda de Elche<sup>66</sup>. Está fabricada en hierro forjado, y su estado de conservación es regular: falta buena parte de la empuñadura y el extremo de la punta. Además, gran parte de la hoja está corroida hasta el extremo de que partes enteras han desaparecido, aunque sin llegar a dividir la espada en fragmentos. Se trata de un arma

57. La manilla corta con dos anillas para la sujeción del *telamon* separadas del cuerpo de la empuñadura aparece no sólo en la Meseta (J. Cabré, «La caetra y el scutum en Hispania durante la Segunda Edad del Hierro», *B.S.E.A.A.*, VI, 1939-40, Lám. IX) sino, en un paralelo más próximo aún, en El Cigarralejo (tipos 1 y 1bis de Cuadrado en Cuadrado, *op. cit.* nota 31, p. 88. Ver sepulturas 30, 350 por ejemplo. Este tipo, y variantes más evolucionadas, apenas tienen las largas aletas triangulares características de un momento posterior. Por ello no es necesario suponer, como lo hace Blanco Freijeiro (*op. cit.* nota 48, pp. 442-444) que las manillas que se ven en las esculturas de Porcuna tuvieran pintadas las aletas triangulares de las manillas, porque nunca existieron; el tipo representado es uno sencillo y más antiguo del cual tenemos además evidencia arqueológica. 58. Reconocido por Schule, *op. cit.* n. 24, p. 103 y por Blanco Freijeiro, *op. cit.* nota 48, p. 439, aunque este último autor insiste en que el tipo no llega a la península por el Mediterráneo, sino por la Europa Continental.

59. Schule, *op. cit.* Karte 26.

60. Broucano *et alii*, *op. cit.* nota 27, pp. 84 ss.

61. Ballester Torno, I. «Avance al estudio de la necrópolis ibérica de la Casa del Monte (Albacete)», *Comunicaciones al IV Congreso Internacional de Arqueología, tirada aparte de Cuadernos de Cultura Valenciana*, III-IV, 1930, Figs. 12, 14 y 20.

62. J. M. Blázquez, «Cástulo I», *Acta Arqueológica Hispánica*, 1975, Sep. XIV, pp. 90-94; Sep. XV, pp. 94-97.

63. Cruz Pérez, M.L. *Sistemática para el estudio de necrópolis ibéricas y su aplicación en el yacimiento de «Los Nietos»* (Murcia), Memoria de Locenciatura Inédita, Madrid, 1986, Lám. III, Sep. II.

64. M.E. Cabré, «Espadas y Puñales de la Meseta Oriental en la II Edad del Hierro», *Celtíberos*, Zaragoza, 1988, pp. 124-125.

65. Blanco Freijeiro y González Navarrete en *Arte Ibérico en España* de A. García y Bellido, Madrid, 1980, p. 75; sobre todo, Blanco Freijeiro, *op. cit.* nota 48, pp. 405-406, p. 434; p. 439.

66. Aunque estaba colocada en almacén junto con piezas de Toya (Jaén), carece de etiqueta propia, y D. Antonio Madrigal, que ha clasificado sobre inventarios originales las piezas de Toya nos ha informado amablemente que una *machaira* de esta o similares características no es citada en lugar alguno. Por otro lado, D. Emeterio Cuadrado, —quien por vez primera nos llamó la atención sobre esta pieza— nos ha informado que la misma procedía, al parecer, de Elche, en lo que coincide con una de las antiguas fichas de inventario del Museo, que hace referencia a procedencia ilicitana. El número de inventario, 1986/149/188, es reciente y no permite averiguar nada sobre este aspecto. Aunque en teoría cabe la posibilidad de que esta espada perteneciera a alguna colección particular que contuviera armas traídas de fuera de la Península Ibérica, la ausencia de alguna referencia de este tipo, el estado de la pieza, y los dos supuestos lugares de procedencia peninsulares nos llevan a pensar casi con seguridad en que la espada viene de Elche o, quizá, de Toya.

muy grande, que debió medir unos 94 cm de longitud, aunque la longitud conservada es de 82. La longitud de la Hoja debió ser de 74 cm. La Anchura Máxima de la Hoja es 7,5 cm, y la Mínima, 3,6 cm. El Ángulo Axial es de 70<sup>67</sup>. No conserva restos de acanaladuras en la hoja, lo que no quiere decir que no tuviera en origen finas estrías.

Lo que convierte en interesante a esta *machaira* es su tipología y su tamaño. Como se observa en la figura 3, ambas características la separan claramente del conjunto de las falcatas ibéricas. En primer lugar, es mucho más estilizada, la parte más estrecha de la hoja es más larga que en las falcatas ibéricas, y la punta más alargada. En segundo lugar, la curvatura del dorso es más exagerada que en las espadas peninsulares. En tercer lugar, el dorso de la espada tiene un nervio fuertemente marcado, formando una sección en forma de «T» (Fig. 12.17) característica de las *machairas* itálicas e inusita en las falcatas ibéricas. En cuarto lugar, la espada carece del doble filo característico de las armas hispanas: el resalte del dorso disminuye gradualmente aunque sin llegar a formar un filo dorsal. Por último, sus dimensiones son enormemente mayores. Si comparamos las dimensiones medias de un conjunto de espadas ibéricas procedente de Almedinilla, del Cigarralejo, del Cabecito del Tesoro y del Tesorico de Hellín, que suponen una muestra representativa de las falcatas ibéricas, advertimos de inmediato la diferencia: la *machaira* de Elche se parece mucho por sus dimensiones y forma general a ejemplares itálicos o incluso griegos, y en absoluto a las falcatas ibéricas. En realidad, basta mirar las figuras 10 y 11 3, que recogen ejemplares itálicos, para darse cuenta de que la pieza que estudiamos es casi con total seguridad de filiación italo-griega, y no ibérica, y, por su aspecto, relativamente antigua. Esta *machaira* puede ser una prueba más de que el prototipo de la falcata ibérica entra por la costa suroriental de la Península Ibérica, y podría constituir un modo de «eslabón perdido» entre las falcatas claramente ibéricas y sus prototipos mediterráneos. La elección entre procedencia etrusco-itálica o griega es difícil, pero adelantaremos por ahora que debe ser itálica dada su morfología.

Por otro lado, la presencia de una *machaira* itálica en territorio ibérico no tiene nada de extraño si pensamos que junto con ella pudieron venir elementos como discos-coraza para los cuales hay en la Península representaciones escultóricas (Porcuna y, significativamente, Elche) y evidencia arqueológica desde el s. VI hasta principios del IV a. de C.

67. Se trata de un ángulo que mide la posición de la hoja respecto al brazo de la persona que empuña el arma. Se define como el ángulo formado por la Anchura Basal y la Longitud de la Hoja, esto es, el ángulo formado por la línea que forma la base de la empuñadura y la línea que va desde la punta de la hoja hasta el extremo dorsal de la base de la empuñadura (ver Quesada, «Armamento, Guerra y Sociedad en la Necrópolis Ibérica de «El Cabecico del Tesoro», Murcia», *B.A.R. International Series*, 502, Oxford 1989, vol. I, pp. 262-266. Cuanto mayor es el ángulo, más se parece la falcata/*machaira* a una espada recta; cuanto menor es, más curvada resulta cuando se empuña.

## 4. Oriente

Diversos autores, tratando del origen último de la espada de un solo filo en el mundo helénico e itálico, han querido hallarlo en Asia Menor. Ahora bien, estos intentos no han sido nunca realmente sistemáticos, y han olvidado lo que un experto en espadas como Richard F. Burton indicara ya en 1884<sup>68</sup>, esto es, que «formas aparentemente idénticas surgen espontáneamente, porque los tipos [posibles] son limitados en número, y las preferencias del hombre cubren fácilmente toda la gama de posibilidades». No es por ello extraño que allí donde se encuentra un tipo cualquiera de espada de un filo se busque el origen del *kopis*. Así, el propio Burton lo vio en lo que él llama «Kopsh», arma característica del antiguo Egipto<sup>69</sup>.

Dentro de esta búsqueda de paralelos exóticos y cuanto más antiguos mejor podemos incluir la que hace P. Couissin, derivando el *kopis* de un arma sumeria de un filo<sup>70</sup>, sin aportar prueba alguna salvo el parecido formal lejano. Hay también quien vagamente asegura que el origen último es árabe<sup>71</sup>. Prescindiendo de estas teorías extremas, debemos comentar con algo más de detalle las hipótesis de aquellos autores que consideran que la *machaira* tiene un origen persa y que desde los persas pasó a los griegos durante las Guerras Médicas. El defensor de esta hipótesis más inmediato a nuestro tema es Sandars<sup>72</sup>, a quienes muchos investigadores han seguido posteriormente, aunque ninguno presenta argumentos convincentes para esta derivación salvo la idea de que el tipo de arma no es helénico de origen y que hay armas de un solo filo desde épocas anteriores en el Próximo Oriente.

En las *machairas* griegas es muy común que el pomo remate en forma de una cabeza de ave o en una voluta geométrica. Para la primera de estas formas sí hay una cadena de paralelos orientales que ha sido recientemente estudiada por Barnett<sup>73</sup>. A partir de un relieve hitita de Ivriz, una de cuyas figuras porta una espada cuyo pomo termina en cabeza de ave, hace Barnett un estudio de las aves de presa anatólicas, y sobre la relación entre estas aves y los dioses en el mundo hitita y posterior. Tras hacer un repaso de paralelos hicsos, asirios, etc. en el Próximo Oriente, encontrando ejemplos de espadas de un filo con cabeza de ave reconocidas como símbolo divino<sup>74</sup>, pasa el autor a estudiar los pomos en forma de cabeza de ave en el mundo clásico, considerado en este aspecto como un continuador de tradiciones orientales: «Parece que la idea (...) de una

68. R.F. Burton, *The book of the Sword*, London 1884, Introd. p. XXII.

69. *Ibidem*, p. 235, indica que el *kopis* imita la curva interior cortante del *kopsh*, simplemente aplanando la curva». Hoy en día la transcripción del nombre egipcio es «*khepesh*». Ver A.H. Gardiner, *Egyptian Grammar*, signo T-16 y p. 513.

70. P. Couissin, *Les Institutions Militaires et Navales*, en «La vie publique et privée des anciens grecs», París, Belles Lettres, 1932, pie de la Lámina XV.1. Recoge y adopta la hipótesis de L. Heuzay en *Les origines orientales de l'art*.

71. Cit. por Burton, *op. cit.* nota 68, p. 236.

72. Sandars, *op. cit.* nota 16, p. 24.

73. Barnett, R.D. «From Ivriz to Constantinople: A Study in Bird-Headed Swords» *Festschrift für Kurt Bittel, Beiträge zur Altertumskunde Kleinasiens*, 2 vols. 1983.

74. Por los asirios. *Ibidem*, p. 69.

espada con cabeza de rapaz, o más específicamente de águila, sobrevivió quizás asociada con algún centro de culto no identificado en Asia Menor. De hecho, este tipo de espada fue conocido por los pintores de vasos áticos de principios del s. V a.C. de alguna manera (quizás como resultado de las Guerras Médicas). (...) Claramente se la siente como un arma exótica misteriosa, probablemente dotada de poder mágico...»<sup>75</sup>. Como en seguida veremos, no hay nada en los vasos áticos que nos autorice a pensar en un poder mágico de este tipo de pomos de espada, ni siquiera en el propio tipo, aunque sí otras connotaciones simbólicas. En cambio, no sería extraño que la idea de cabeza de rapaz, ajena al mundo balcánico entrara en Europa procedente de Oriente.

No conocemos paralelos aproximados persas para la *machaira/kopis* griega, y de hecho los que siempre se citan para «probar» este origen son obras de arte griego que representan a personajes extranjeros, por ejemplo persas. Sin embargo, hay evidencia (*vid infra*) de que los griegos conocen la *machaira* (entendida como arma de un solo filo) antes de las Guerras Médicas, al menos desde la segunda mitad del s. VII a.C. según nos muestra un alabastron protocorintio (núm. 1 de nuestro catálogo). Esta evidencia destruye la hipótesis al uso sobre el momento de la entrada del arma en Grecia en torno a principios del s. V a. de C. Aunque en efecto éste es el momento en que el *kopis* comienza a ser representado con frecuencia en los vasos de figuras rojas, no es el momento en que el arma se conoce.

Ahora bien, esto que decimos no impediría que el tipo proceda de Asia aunque en un momento anterior. Se ha citado evidencia de que en efecto las ciudades griegas de Asia Menor representan el *kopis* en manos de persas en época anterior a la floración de estas armas en el continente, implicando que estas ciudades asiáticas habrían actuado de intermediarias en la transmisión. Este es el caso de un sarcófago de Clazomene de hacia el 520 a.C. estudiado por Greenhalgh<sup>76</sup>. Dicho autor identifica a unos jinetes que cargan contra hoplitas griegos como persas, precisamente basándose en que estos jinetes, vestidos a estilo oriental y llevando *gorytos* para el arco compuesto, empuñan largos sables que considera de origen persa y en modo alguno de tipo cimmerico o escita. Greenhalgh choca frontalmente con la opinión anterior de Murray, quien en su detallado estudio de este sarcófago<sup>77</sup> consideraba que se representa a cimmericos o escitas, y no a persas, y se basa en los mismos elementos que Greenhalgh, exceptuando la espada. En realidad, las siluetas representadas en el sarcófago no permiten discernir más que una cosa: se trata de arqueos a caballo vestidos al modo oriental. Ahora bien, teniendo en cuenta las convenciones icográficas de los pintores áticos, —que por ejemplo visten a amazonas al modo persa—, es difícil en principio aceptar una u otra teoría. Aunque, como vamos a ver, los cimmericos y escitas no utilicen espadas de un solo filo en los siglos VII-VI a.C., ello no significa necesariamente por exclusión que el artista clazo-

75. *Ibidem*, pp. 69-70.

76. P.A.L. Greenhalgh, *Early Greek Warfare. Horsemen and Chariots in the Homeric and Archaic Ages.*, Cambridge, 1973, pp. 143-144 y Fig. 77.

77. A.S. Murray, *Terracotta Sarcophagi Greek and Etruscan in the British Museum*, London, 1898, pp. 1-2, p. 9.

menio buscara representar persas (aunque es probable) ni tampoco que el tipo de espada que enarbolan los jinetes sea persa (lo que es dudoso), porque el sable se utiliza a menudo para definir algo extranjero o exótico, sin más precisiones (*vid., infra*).

Si el origen persa es dudoso por falta de evidencia arqueológica —y ya estamos viendo que las representaciones griegas no son fiables para realizar una adscripción precisa, porque por ese camino se podría llegar a las Amazonas como pueblo portador de machavias—, sí hay cierta evidencia arqueológica negativa para un origen cimmerico-escita. En efecto, los datos más recientes de que disponemos<sup>78</sup> indican que la *machaira* no es utilizada entre los pueblos de las estepas norpónticas hasta época avanzada. Desde finales del s. VII a.C. las espadas escitas son rectas de doble filo, con unos 60-70 cm de longitud media<sup>79</sup>. Durante el s. V aparecen espadas de hoja triangular, que se va estrechando lentamente desde el principio<sup>80</sup>, y sólo en el s. IV a.C. aparecen, junto a las espadas de doble filo, las de uno<sup>81</sup>. Tampoco Vos cita espadas de un filo asociadas a los arqueros escitas reflejados en la pintura griega arcaica<sup>82</sup>.

## 5. La machaira en Grecia

Vamos primero a comentar brevemente las distintas opiniones propuestas sobre el origen de la *machaira* en Grecia, para a continuación exponer nuestra postura contraria al origen griego autóctono, razonada sobre consideraciones tácticas, iconográficas y arqueológicas.

Como ya hemos ido viendo, Sandars opina<sup>83</sup> que la *machaira* procede del cuchillo homónimo, pero que tal proceso no se produjo en Grecia, sino más al Este, en Persia, y que la *machaira* llegó ya formada al comienzo de las Guerras Médicas. Como veremos, esto es imposible porque los griegos conocen el *kopis* desde la segunda mitad del s. VI al menos y quizá antes. Poco después, Dechelette<sup>84</sup> aceptaba que la *machaira* es de origen griego, y que no sólo los ibéricos, sino los Pícnos de Italia la adoptaron de allí. En 1967 Snodgrass<sup>85</sup> opinaba que, aunque hay precedentes en Grecia, la repentina floración de representaciones a principios del s. V sugiere una importación, quizá de Persia, y llega a sugerir (veremos luego que esto no es cierto) que la *machaira/kopis* llega a eclipsar la vieja espada corta<sup>86</sup>. Si nos remontamos a un período anterior, en torno al s. X-VIII a.C. —momento en que aparecen las *machairas de Vergina*—, M.

78. E.V. Chernenko, *The Scythians, 700-300 B.C.*, Londres, 1983.

79. *Ibidem*, pp. 14-15 y Fig. p. 29.

80. *Ibidem*, p. 17.

81. *Ibidem*, p. 17.

82. M.F. Vos, *Scythian archers in Archaic Attic Vase-Painting*, Gronningen, 1963.

83. Sandars, *op. cit.* nota 16, p. 34.

84. Dechelette, *op. cit.* nota 14, p. 1.136.

85. A. M. Snodgrass, *Arms and Armour of the Greeks*, 1967, p. 97.

86. *Ibidem*, p. 97.

Andronicos opina que el origen de la idea del cuchillo de un filo no hay por qué buscarlo en Europa Central, y que bien puede ser micénico<sup>87</sup>, pese a la opinión de Foltiny. Otros autores, como Ducrey o Anderson no entran a fondo en el tema del origen, pero no parecen considerar el *kopis* como algo esencialmente ajeno a lo griego, al menos en época avanzada (s. V-IV a.C.)

Hay sin embargo tres motivos distintos por los que consideramos que la *machaira* (en el sentido de *kopis*, de arma de guerra con determinadas características morfológicas que agrupan armas itálicas, griegas e ibéricas) es en esencia ajena al mundo griego aunque sea conocida y utilizada: porque su utilización en el marco táctico de la falange es inapropiada; porque cuando se representa iconográficamente casi siempre aparece como arma ajena a lo griego; y finalmente porque apenas se conserva en Grecia media docena de ejemplares de este tipo de espada.

### 5.1. Razones tácticas

En efecto, ya desde antes del 600 a.C.<sup>88</sup> la falange es una lucha en formación cerrada en la que el arma ofensiva por excelencia es la lanza. Sólo se recurre a la espada cuando el arma principal se pierde o queda inutilizada. Si esto ocurre, en el ambiente denso de la formación hoplítica se requiere un arma corta<sup>89</sup>, manejable en el combate cuerpo a cuerpo. La solución tomada por los griegos será similar a la que más adelante adoptarán los romanos para un combate cuerpo a cuerpo de similar ambiente: un arma corta, recta, de punta y doble filo, destinada fundamentalmente a herir de punta en la zona del vientre, por debajo del propio escudo y del del oponente: hablamos del *xiphos*<sup>90</sup>. En este tipo de combate, la larga *machaira*, de una longitud media en torno a los 80 cm y de un solo filo, debió ser un arma casi inútil, porque requiere de un amplio espacio y libertad de movimientos para su manejo al modo de un sable, golpeando de arriba hacia abajo, comenzando el golpe desde detrás de la cabeza (tal y como se representa casi siempre en la iconografía, Figura 4). Sería además un arma peligrosa para quien la utilizara, porque en el momento de preparar el golpe buena parte del cuerpo, incluida la vulnerable axila, quedaría al descubierto, y porque sería fácil herir al com-

87. M. Andronicos. *Vergina*, 1969, Atenas; pp. 266-268 (en griego).

88. Antes del 600, asociadas ya a escudos embrizados (*aspis*) se utilizan espadas largas derivadas de los tipos de la E. del Bronce, empleadas de forma cortante. Cfr. A.M. Snodgrass, *Early Greek armour and weapons, from the end of the Bronze Age to 600 B.C.*, Edinburg, 1964, pp. 112-113.

89. A.M. Snodgrass, *op. cit.* nota 85, p. 58; J.K. Anderson, *Military Theory and Practice in the Age of Xenophon*, 1970, p. 37.

90. Snodgrass, *op. cit.* nota 85, pp. 84-85 sobre la espada corta. El término *xiphos* es a menudo un comodín por «espada» y debe usarse con cuidado. Aparece ya en Homero, y su origen es desconocido (ver Lorimer, H.L. *Homer and the Monuments*, 1950, p. 272 para el origen de *xiphos*). Es sintomático que, a principios del s. IV a.C. Ificrates decidiera alargar las lanzas y las espadas de sus tropas, aligeradas de peso (Diodoro XV, 144; Cornelio Nepote, XI). Ver también las anécdotas sobre las cortas espadas espartanas que narra Plutarco (Licurgo, 19.2; Moralia, 191E; 216C; 217E; 241F. Para una opinión romana tardía, pero explícita, de la ventaja del uso de punta de las espadas sobre el corte de sable, ver Vegetio I, II: *Praeterea non caesim sed punctim ferire discebant. Nam caesim pugnantes non solum facile vicere sed etiam derisere Romani.*

pañero de detrás. En este sentido no es casualidad que el tantas veces citado texto de Jenofonte<sup>91</sup> se refiera al uso del *kopis* como arma de **caballería**, tropa secundaria en el mundo griego hasta época de Alejandro Magno<sup>92</sup>, donde un sable largo sí puede resultar útil mientras que el *xiphos* sería demasiado corto. De todos modos, tampoco debemos olvidar que el arma fundamental de la caballería griega, que combate sin estribos, era la jabalina o en cualquier caso una lanza corta (*xyston*), y no la lanza pesada (*kontos*) ni la espada<sup>93</sup>. Todo esto no quiere decir que ningún hoplita usara la *machaira*, ni siquiera que no fuera relativamente frecuente, sino sólo que no es el arma más generalizada, ni la más adecuada, y que es por tanto dudoso que los griegos diseñaran para su infantería un arma cuando tenían otro tipo más adecuado. Por supuesto, esto no se refiere a la -escasa-caballería. Luego veremos cómo, curiosamente, el mayor número conocido de *machairas* en Grecia aparece en las regiones norteñas -Tesalia, Macedonia, Epiro- renombradas por su caballería y de cultura griega no "clásica".

## 5.2. La iconografía

En segundo lugar, un estudio iconográfico nos muestra claramente que la *machaira* es concebida en la pintura vascular griega como un arma ajena a lo propiamente griego, lo que no significa que sea desconocida. El argumento iconográfico ha sido utilizado por muchos autores, e incluso Sandars, que enfatiza que los griegos adoptan el arma y niega que sea representada como arma exótica<sup>94</sup>, reconoce un origen último ajeno a Grecia. Entre los investigadores que han señalado el aire «exótico» de la *machaira* están Couissin<sup>95</sup>, Barnett<sup>96</sup> y Best<sup>97</sup>, pero quizá el que de forma más profunda ha insistido en este aspecto es Roux<sup>98</sup>. Desde su punto de vista, y argumentando su hipótesis en argumentos literarios e iconográficos:

91. Jenofonte *De Re Eq.* XIII, 11.

92. Snodgrass, *op. cit.* nota 85, pp. 85 ss. (ausencia de estribo y herradura; terreno inadecuado; razas... Excepciones en Tesalia). Ver el librito importante aunque ya anticuado de W.W. Tarn, *Hellenistic Military & Naval Developments*, 1930, pp. 55-71; F.E. Adeock, *The Greek and Macedonian Art of War*, 1967, pp. 48-53; el libro clásico sobre el tema es el de J.K. Anderson, *Ancient Greek Horsemanship*, 1961.

93. Greenhalgh, *op. cit.* nota 76, p. 91: "No true cavalry in Greece from the sixth Century to Alexander ever used the sword as their weapon". Cuando Jenofonte recomienda el uso del *Kopis* es evidentemente porque su empleo no está generalizado.

94. Sandars, *op. cit.* nota 16, p. 32: "es cierto que sus enemigos, como los perros, las amazonas y los gigantes, por ejemplo, se representan armados con la *machaira*, pero los guerreros griegos la emplean también".

95. Couissin, *op. cit.* nota 70, p. 51.

96. Barnett, *op. cit.* nota 73, p. 70. «Se la ve claramente como un arma exótica misteriosa...»

97. J.P.G. Best, *Thracian Peltasts and their influence on Greek Warfare*, Groningen, 1969, p. 7: «los griegos en época histórica la consideraban típicamente bárbara...»

98. G. Roux, *op. cit.* nota 49.

«utilizada como arma [*la machaira*] no es sino el instrumento del crimen crapuloso (...), del esclavo asesino de su dueño (...), o incluso del loco furioso. (...) La *machaira* no es un arma de guerra más que para los bárbaros, egipcios, de Cólquide, cilicios; y para los más salvajes de entre ellos mismos [los griegos], como los *machairophoroi* tracios que justificarían en Beocia su reputación de crueldad sanguiñaria mediante una masacre odiosa. Entre los persas, es el arma de la caballería, porque su forma la hace útil para golpear de tajo, como un sable (...) y es como sable de caballería que los griegos lo tamarán de los persas a principios del s. IV.

»...en el espíritu de los griegos la *machaira* evoca, asociada al combate, bien la idea del exotismo bárbaro, bien, como nuestra cuchilla de carnicero, la de la matanza o el crimen. Esto se ve con nitidez por ejemplo en los vasos pintados: porque es el arma de los bárbaros y de la brutalidad ciega, la *machaira* es el arma por excelencia de los gigantes, en el mismo plano que las rocas o los troncos de árbol (...) Cuando este arma aparece en manos de un combatiente griego, es porque tiene como adversarios a Amazonas, Centauros o Troyanos, y puede pensarse que la ha arrebatado al enemigo. (...) Como en la narración de la batalla de las Termópilas por Herodoto, la aparición de la *machaira* en los vasos sugiere que el soldado griego se deja arrastrar a una carnicería sin piedad, los de la toma de Troya por ejemplo y en la proximidad de un altar (...) Sin duda [el uso de la *machaira* en el vaso de Cleofrades] es una forma de mostrar la barbarie demencial del joven Tesalio [Neoptólemo], de estigmatizar su crimen odioso. Pero creo discernir además una intención más precisa: Neoptólemo, que había asesinado a Príamo sobre un altar, debía por su parte perecer sobre un altar, en Delfos, atravesado por un golpe de cuchillo asestado por un sacrificador delfico llamado justamente **Machaireo**»<sup>99</sup>.

A nuestro modo de ver, en estas líneas, junto con interesantes sugerencias, se mezcla un acierto (la consideración del *kopis* como algo ajeno, al menos hasta la segunda mitad del s. V –no olvidemos que cuando Jenofonte recomienda el *kopis* como arma de caballería estamos en pleno s. IV–) con un error (considerar que el arma entra en Grecia por mediación de los persas a principios del s. V). Pero para confirmar que el *kopis* aparece como arma exótica hemos creído necesario realizar una revisión de la iconografía, si no exhaustiva si al menos ampliamente representativa. Para ello se han consultado diversos catálogos de cerámica griega<sup>100</sup> y se han extraído todas las piezas en

99. *Ibidem*, pp. 35-36.

100. Además de numerosos volúmenes del CVA, se han utilizado las siguientes obras (las referencias bibliográficas del catálogo se refieren a ellas). Se recogen estas citas por la calidad de las fotos y su fácil acceso.

–Alfieri, N. y Arias, P.E.; *Spina. Die Neuentdeckte Etruskerstadt und die Griechischen Vasen in ihrer Gräber*, Munich, 1958.

–Arias, P.E., Hirmer, M., *Tausen Jahre Griechische Vasenkunst*, Munich, 1960.

–Arias, P.E.; Hirmer, M.; Shefton, B.B., *History of Greek Vase Painting*, 1962.

–Beazley, J.D. *Attic Red-Figure Vase-Painters*, Oxford, 2ª ed., 1963. (ARV)

–Best, J.P.G. *Thracian Peltasts and their influence on Greek Warfare*, Groningen, 1969.

–Bianchi Bandinelli, R. y Giuliano, A., *Los etruscos y la Italia anterior a Roma*, Madrid, 1974.

–Boardman, J. *Athenian Black Figure Vases*, Londres, 1974.

–Boardman, J. *Athenian Red Figure vases. The Archaic Period.*, Londres, 1975.

–Boardman, J. *Athenian Red figure vases. The Classical Period.* Londres, 1989.

–Bothmer, D. *Amazons in Greek Art*, Oxford, 1957.

–Caskey, L.D.; Beazley, J.D. *Attic Vase Painting in the Museum of Fine Arts, Boston*, Boston 1931-1963.

–Couissin, *op. cit.*, nota 70.

–Charbonneau, J.; Martin, R.; Villard, F.; *Grecia Helenística*, Madrid 1971.

–Dechelette, J. *Manuel d'Archéologie Préhistorique, celtique et Gallo-Romaine* II.1, París, 1910.

–Ducrey, P. *Warfare in Ancient Greece 1986 (1985)*.

–Durand, J.L. «Figurativo e processo rituale», *D. Arch.*, Nuova Serie, 1, 1979, pp. 16-31.

–Foster, P. *Greek arms and armour*, The Greek Museum, Newcastle upon Tyne, 1978.

–Furtwängler, A.; Reichold, K. *Griechische Vasenmalerei*, 1900-1932.

–Macurdy, G.H. «A note on the Jewellery of Demetrius the Besieger», *AJA*, 36, 1932, 27-28.



que la *machaira* aparece representada como arma, y la mayoría de las que aparece como un cuchillo de muy gran tamaño. El resultado es el que a continuación resumimos (ver Figura 4):

### a). Cerámica protocorintia

**Núm. 1:** Alabastron protocorintio. Proc.: Siracusa.

C. 640-625 a.C. según Payne. Heracles contra el león, blande un arma de un sólo filo, por tamaño y forma muy parecida a un *kopis*. Bibl.: Payne, 1931, p. 116, Fig. 44 bis y p. 275; Snodgrass, 1964, p. 112, nota 50.

### b). Figuras negras

Nosotros sólo conocemos una pieza de Figuras Negras en la que se represente la *machaira* como arma, y además de época avanzada, lo que representa una muy baja proporción. Ni siquiera hemos encontrado ejemplos en un medio como las Amazonomaquias donde sería más probable que aparezca representada, a juzgar por las representaciones posteriores<sup>101</sup>. Sin embargo, Sandars sí comenta que conoce dos piezas sólo, aunque no da más detalles que el Museo de depósito<sup>102</sup>. También presenta un ejemplo en el que aparece como gran cuchillo de cocina en contexto doméstico.

**Núm. 2.** Lécito Figs. Negras. Col. Particular G.H. Macurdy. Hoplita ataca persa caído, que sostiene una *machaira*. c. 490 a.C.

Bibl.: Macurdy, 1932.

**Núm. 3.** Olpe. Dep.: Berlín, Staatliche Mus. N. Inv.: 1915. Cocineros abriendo un atún con cuchillo de cocina de tipo *machaira*.

Bibl.: Sandars, 1913, Fig. 16; Durand, 1979, Fig. 9.

**Núm. 4.** Enócoe. Dep.: Boston, Mus. Fine Arts. N. Inv.: 99.527. Clase del Vaticano G 47. Carnicero trabajando con un gran cuchillo de un filo.

Bibl.: Boardman, 1974, Fig. 287; Durand, 1979, Fig. 1.

**Núm. 5.** Pélice. Dep. París, Fundación Custodia (Instituto Holandés). Carniceros trabajando con un gran cuchillo de un solo filo.

Bibl.: Durand, 1979, Fig. 4.

—Murray, A.S. *Terracotta Sarcophagi Greek and Etruscan in the British Museum*. London, 1898.

—Payne, H.G.G. *Necrocorinthia*, Oxford, 1931.

—Pfyuhl, E. *Meisterwerke Griechischen Zeichnung und Malerei*, Munich, 1924.

—Ritcher, G.M.A. *Attic Red-Figure Vases*, Yale U. Press, 1958.

—Ritcher, G.M.A. *Red-Figured Athenian Vases in the Metropolitan Museum of Art*, Nueva York, 1936.

Para la denominación de los vasos hemos seguido a P. Bádenas y R. Olmos, «La nomenclatura de los vasos griegos en castellano. Propuestas de uso y normalización.», *A.E.Arq.*, 61, 1988, pp. 61 ss.

101. Bothmer, *op. cit.* nota 100.

102. Sandars, *op. cit.* nota 16, p. 30. Una del Museo Imperial de Antigüedades de Viena y otra del Louvre.

### c). Figuras Rojas

**Núm. 6.** Cratera de Volutas. Proc.: ¿Arezzo? Dep.: Arezzo. N. Inv.: 1465. Eufronio, c. 520/500 a.C. Heracles contra Amazonas. Un hoplita levanta para golpear una *machaira* muy dudosa (parece más bien una espada recta), la recogemos por la cita que de ésta pieza hace Schule, aunque no coincidimos con su apreciación.

Bibl.: Pfuhl, 1924, Lám. 47; Schule, 1969, p. 113; Arias y Hirmer, 1960, Lám. 114; Furtwängler y Reichold, 1900-1932; ARV2, 15.6.

**Núm. 7.** Cántaros. Dep.: Bruselas. N. Inv.: A 718. Pintor de Duris, c. 490 a.C. Heracles contra amazonas. Una de ellas le ataca por la espalda con una *machaira*.

Bibl.: Furtwängler y Reichold, 1900-1932, Lám. 74; ARV2, 445.256(197)

**Núm. 8.** Proc.: Santa Maria Capua Vetere; Dep.: París, Louvre. N. Inv.: G 115. Pintor de Duris, c. 490. Ajax derriba a Héctor, quien sostiene una *machaira*.

Bibl.: Roux, 1964, Lám. 10.3; Arias y Hirmer, 1960, Lám. 144; Ducrey, 1985, fig. 2; ARV 2, 434.74 (70).

**Núm. 9.** Cílica. Proc.: Vulci; Dep.: Louvre. N. Inv.: G 152. Pintor de Brygos, c. 490-480 a.C. Illiupersis. En un lateral, casi bajo un asa, lucha entre griego y troyano, ambos con *machaira*.

Bibl.: Pfuhl, 1924, Lám. 52; Roux, 1964, Lám. 10.4; Boardman, 1975, fig. 245.2; Furtwängler y Reichold, 1900-1932, lám. 25; ARV 2 369.1

**Núm. 10.** Cílica. Proc.: Vulci. Dep.: Munich. N. Inv.: 2640 (J 368). Pintor de la fundición. Centauromaquia. En un lado, un centauro armado con rama derriba a un lapita que se defiende con *machaira*. En el otro lado, es el griego el que ha derribado al centauro, rematándole con una *machaira*.

Bibl.: Furtwängler y Reichold, 1900-1932, Lám. 86; ARV 2, 402.22; Roux, 1964, Lám. 11.4.

**Núm. 11.** Cílica. Proc. Vulci. Dep. Mercado de Roma. Pintor de la Gigantomaquia de París, c. 480 a.C. Griegos contra persas. Uno de éstos, barbado, de rodillas, levanta una *machaira*.

Bibl.: Boardman, 1975, Fig. 279; ARV2, 417.4

**Núm. 12.** Cílica. Proc.: Vulci. Dep.: París, Bibl. Nac. N. Inv.: 573. Pintor de la Gigantomaquia de París. Gigante de rodillas se defiende de Dionisos con una *machaira*.

Bibl.: Boardman, 1975, Fig. 280.2; ARV.2, 417.1

**Núm. 13.** Cálpide. Proc.: Nola. Dep.: Nápoles, Mus. Nac. N. Inv.: 2422. Pintor de Cleofrades, c. 480 a.C. Illiupersis. Muerte de Príamo a manos de Neoptólemo, que le ataca con una *machaira*.

Bibl.: Ducrey, 1985, Figs. 157-159; Boardman, 1975, Fig. 135.; Roux, 1964, p. 36; Furtwängler y Reichold, 1900-1932, Lám. 34; Sandars, 1913, Fig. 18; ARV 2 189.74 (66)

**Núm. 14.** Crátera de Columnas. Proc.: Ruvo. Dep.: Mus. Nacional de Nápoles. N. Inv.: 2410. Myson, c. 490-480 a.C. Centauromaquia. Griego derribado por centauro que va a golpearle con una gran roca. El guerrero caído sostiene una *machaira*.

Bibl. Boardman, 1975, fig. 170; ARV 2, p. 239.18

**Núm. 15.** Cratera de Cáliz. Proc.: Vulci. Dep.: Mus. Fine Arts, Boston. N.Inv.: 97.368. Pintor de Tyszkiewicz. Diomedes contra Eneas. El troyano, cayendo, blande una *machaira*.

Bibl.: Caskey y Beazley, 1931-1963, Lám. XXXVI, núm. 70.; Boardman, 1975, Fig. 186.

**Núm. 16.** Anfora. Proc. ¿Rodas? Dep. Metr. Mus. Art, 06.1021.117 Sin atribución, c. 480-470. Griegos contra persa barbado, con arco y *machaira* que alza para golpear.

Bibl.: Richter y Hall, 1936, pp. 56-57, núm. 35; Lám. 34; Ducrey, 1985, Fig. 166.

**Núm. 17.** Cílica. Proc.: Italia. Dep. Edinburgo, Royal Scottish Mus. N. Inv.: 1887.213. Pintor de Triptolemos, c. 480-470 a.C. Persa contra hoplita griego. Ambos luchan con *machaira*.

Bibl.: Ducrey, 1985, Fig. 50; Boardman, 1975, Fig. 303.1; ARV 2, 364.46.

**Núm. 18.** Cílica. Proc.: Orvieto; Dep.: Bryn Mawr. N. Inv.: P 218 Pintor de Anfítite. Amazonomaquia. Amazona derribada, de rodillas, se defiende con un escudo con blasón de serpiente y una *machaira*.

Bibl.: Bothmer, 1957, Lám. 80.5; ARV 2 830.2

**Núm. 19.** Hidria. Dep.: Brit. Mus. N.Inv.: E 167 Pintor de Leningrado. Heracles contra las amazonas. Amazona derribada por Heracles, se defiende con una *machaira*.

Bibl.: Bothmer, 1957, Lám. 70.1; ARV 2, 571.77 (63)

**Núm. 20.** Cratera de Volutas. Proc.: Gela. Dep.: Palermo. N. Inv.: G 1283. Pintor de las Niobides, c. 460 a.C. Amazonomaquia. Una amazona herida deja caer su *machaira* de cabeza de pájaro. Otra se defiende alzando su *machaira*. Una tercera amazona armada de arco y *machaira* se defiende de un hoplita. (Figura 5).

Bibl.: Arias y Hirmer, 1960, Lám. 176; Furtwängler y Reichold, 1900-1932; Von Bothmer, 1957, Lám. LXXIV.3; ARV 2, 599.2; Roux, Lám. 10.2.

**Núm. 21.** Cratera. Dep.: Mus. de Spina. N. Inv.: T 313 Pintor de las Niobides. Artemis derriba a un gigante que blande una *machaira*.

Bibl.: Roux, 1964, Lám. 10.1; Alfieri y Arias, Spina, 1958, Lám. 36.

**Núm. 22.** Cratera de Volutas. Proc.: Ruvo. Dep.: Nápoles; N. Inv.: 2421 Pintor de las Niobides. Amazonomaquia. Una amazona y un griego enarbolan *machairas* del mismo tipo.

Bibl.: Furtwängler y Reichold, 1900-1932, Lám. 26-28; ARV 2, 600.13; Bothmer, 1957, p. 167 y Lám. 74.4.

**Núm. 23.** Cílica. Proc. Vulvi. Dep.: Munich. N. Inv.: 2689 (J 402) Pintor de Pentesilea, c. 470 a.C. Apolo ataca al gigante Titio con una *machaira*.

Bibl.: Pfuhl, 1924, Láms. 72-73; Roux, 1964, Lám. 10.3; Arias y Hirmer, 1960, Láms. 170-171; ARV 2, 879.2.

**Núm. 24.** Cílica. Dep. Nueva York, Metr. Mus. N.Inv.: 41.162.9 Pintor de Pentesilea. Cazador atacando un jabalí. *Machaira* dudosa, pudiera ser una espada muy pistiliforme.

Bibl.: Richter, 1958, Fig. 70 y p. 98; ARV 2,882.39.

**Núm. 25.** Cratera de Cáliz. Proc.: Bolonia. Dep.: Bolonia. N. Inv.: 289 Pintor cercano al de Pentesilea. c. 460 a.C. Amazonomaquia. Una amazona blande con seguridad una *machaira*. Un griego lleva lo que pudiera serlo también.

Bibl. Furtwängler y Reichold, 1900-1932, Lám. 75-76; Bothmer, 1957, pp. 164-65; Lám. 74.1; ARV 2.891

**Núm. 26.** Gratera de volutas. Prod.: Numana; Dep.: Nueva York. N. Inv.: 07.286.84. Pintor de los «satiros velludos». Amazonomaquia. Amazona con pelta de mimbre y *machaira*, caída de rodillas y defendiéndose.

Bibl.: Von Bothmer, 1957, Lám. LXXV; Furtwängler y Reichold, 1900-1932, Lám. 117; ARV 2 613.1

**Núm. 27.** Enócoe. Proc.: Gela. Dep.: Boston. N. Inv.: 13191 Pintor de Chicago, c. 460-450 a.C. Hoplita griego ataca con lanza a un persa barbado con *machaira* y arco.

Bibl.: Caskey y Richter, 1931-1963, Lám. XVIII, núm. 41; ARV 2, 631.38

**Núm. 28.** Cratera de Volutas. Proc.: Spina, Sep. 19C Valle Pega. Dep.: Mus. Ferrara. Pintor de Chicago, c. 450-440 a.C. En la escena menor del cuello, combate entre jinetes e infantes. Uno de ellos, con aspecto de peltasta (sin casco ni escudo) enarbolaba una *machaira*. Parece un tracio o un tesalio a juzgar por su aspecto y el de los jinetes de su bando.

Bibl.: Alfieri y Arias, 1958, Lám. 51 y pp. 46-47.

**Núm. 29.** Cratera. Proc.: Bimisca, en Noto. Dep.: Siracusa. N. Inv.: 37175 Pintor de Orfeo, c. 440-430 a.C. Amazonomaquia. A la izquierda, un hoplita golpea con su *machaira*.

Bibl.: Simon, Hirmer y Hirmer, 1981, Fig. 202 y p. 141. ARV2, 1104.2

**Núm. 30.** Cratera de campana. Proc.: Spina. Sep. 1052 Valle Trebba. Dep.: Ferrara. Pintor de Aquiles, c. 440 a.C. Amazonomaquia. Amazona Andromaca se defiende de Peritoo con *machaira* en forma de alfanje.

Bibl.: Alfieri y Arias, 1958, Láms. 54-59 y pp. 48-49.

**Núm. 31.** Hdria. proc.: Spina. Dep.: Ferrara. Mus. Spina; N. Inv. T.271 Pintor de Polignoto, c. 440-430 a.C. Amazonomaquia. Amazona sin armadura se defiende con *machaira*.

Bibl.: Cuadrado, 1989, Lám. VI.3; ARV 2, 1032, 63. (?)

**Núm. 32.** Sin identificar. Proc.: Magna Grecia. Dep.: Louvre. Infante ligero armado con *machaira* y jabalina. Sobre corazón y genitales, sendas cruces gamadas.

Bibl.: Dechelette, 1910, p. 435.

**Núm. 33.** Fragmento de escifo. Proc.: Palermo. Dep.: Metr. Mus. N. York. N. Inv.: 12.235.4. Pintor de Amicos, c. 425.400 a.C. Atenea y Marsias, que sostiene sobre el hombro la *machaira* con que será desollado. Prod. Magna Grecia.

Bibl.: Roux, 1964, Lám. 11.3

**Núm. 34.** Cratera apulia de volutas. Dep.: Museo Nacional de Nápoles. N. Inv.: 1423 (3253). Pintor de Darío, c. 350-325 a.C. Darío en Consejo. A su lado, un soldado persa sostiene dos jabalinas y, sobre el hombro, una *machaira*. Prod. apulia.

Bibl.: Couissin, 1932, Lám. XXXIV; Richter, 1980, Fig. 480.

**Núm. 35.** Cratera. Proc.: Lipari. Dep.: Cafalú, Mus. Mendralisca. Vendedor de Atún, cortando el pescado con *machaira*. Fines s. IV a.C. (Figura 7).

Bibl.: Bianchi Bandinelli, Giuliano, 1974, Fig. 258

**Núm. 36.** Cilica. Proc. Ancona. Dep., Florencia. N.Inv.: 4224 Pintor de Ancona. c. 475-450 a.C. Carnicero con *machaira* que en este caso se representa como un arma de guerra.

Bibl.: Boardman, 1989, Fig. 78; ARV 1052.29.

**Núm. 37.** Dino. Proc. Agrigento; Dep. Londres. N. Inv. 99.7-21.5 Grupo de Polignoto. 450-420 a.C. Amazonomaquia. Griego en desnudo heroico empuña *machaira*.

Bibl.: Boardman, 1989, Fig. 159.1; Furtwangler y Reichold, 1900-1932, Fig. 58; ARV 1052.29.

**Núm. 38.** Dino, Dep.: Museo de Newcastle. N. Inv. 52. Pintor de Altamura, c. 450 a.C.: Combate heroico (carro). Uno de los combatientes, arrollado por un carro, blande una *machaira*. Bibl.: Foster, 1978, 14-15.

**Núm. 39.** Cratera de volutas. Proc. Altamura. Dep.: Londres. N.Inv.: E-469 Pintor de Altamura. c. 450 a.C. Gigantomaquia. Gigante blande *machaira* contra Atenea.

Bibl.: Boardman, 1989, Fig. 10; ARV, 589.1

**Núm. 40.** Cratera de cáliz. Dep.: Basilea. N. Inv.: Ludwig 51. Estilo del pintor de las Niobides. Gigantomaquia. Gigante blande *machaira* algo dudosa contra Atenea.

Bibl.: Boardman 1989, Fig. 9; Beazley, Paralipomena, 3967bis.

**Núm. 41.** Fragmento. Dep.: Col. Cahn. N.Inv.: 101. Griego con *machaira* combate contra peltasta tracio.

Bibl.: Best, 1969, Lám. C. frente p. 145.

**Núm. 42.** Enócoe. Proc.: Gela. Dep.: Chicago. N. Inv.: 13.196 Pintor de Chicago. c. 275-450 a.C. Griego ataca a persa barbudo que lleva arco y *machaira*.

Bibl.: Boardman, 1989, Fig. 29; ARV 631.38.

#### d) Otras representaciones de machairas en artes figurativas

**Núm. 43.** Relieve escultórico. Proc.: Mausoleo de Halicarnaso. Dep.: British Museum, Londres. N. Inv.: 1023. Relieve del Mausoleo de Halicarnaso, c. 350 a.C. Griego luchando con amazona, blande una *machaira* muy clara. (Fig. 8).

Bibl.: A Catalogue of Sculpture in the Department of Greek & Roman Antiquities in the British Museum, I, Londres, 1900, pp. 113-114 (sin dibujo ni fotografía).

**Núm. 44.** Relieve escultórico. Proc. Mausoleo de Halicarnaso. Dep.: British Museum. Griego luchando con amazona. Empuña una falcata, parcialmente oculta por el penacho del casco.

Bibl.: Charbonneaux, Martín y Villard, 1971, p. 05, Fig. 214. (Fig. 9).

**Núm. 45.** Mosaico. Proc.: Pella (Macedonia) Mosaico representando la caza del

león. Uno de los cazadores blande una clara *machaira*. En otro mosaico, representando la caza del ciervo, aparece también una espada, pero no es *machaira*, sino recta de hoja pistiliforme.

Bibl.: Ph. PETSAS «Mosaics from Pella», en «La Mosaique Gréco-Romaine», Coll. Intern. CNRS, París 1963 (1965), pp. 41-56, Figs. 4 y 7.

**Núm. 46.** Anfora-ritón de oro de Panagyurischte. Dep.: Mus. Plodiv (Bulgaria). N. Inv.: 3203. Dos figuras desnudas atacan con *machaira* en alto a una tercera con xiphos en bajo. Atacan la entrada de un Palacio? donde se esconde un anciano. Al otro lado de la puerta, un joven conversa con un anciano. Encima y debajo de las figuras, friso de palmetas. Inscripción en el cuello que indica el peso del vaso en cifras griegas calculadas en estateras de Lampsaco. Altura 28 cm., peso 1.700 gr. (Figura 11). Cronología: Finales del s. IV-principios del III a.C.

Bibl.: «Tesoros de las tierras Bulgaras» Catálogo Exposición Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, Junio-Julio 1988, p. 92. No se ve en la foto la escena que nos interesa. Hind, J.G.F. «The scene on the Gold Amphora from Panagyurischte once more» *Ancient Bulgaria*, 1, 1983, pp. 253-274. Sobre todo, Roux, 1964. En estos dos artículos se recoge la copiosa bibliografía anterior sobre esta pieza y sobre el rico tesoro del que forma parte. La discusión sobre el sentido de la escena representada todavía continúa.

**Núm. 47.** Relieve del Monumento de las Arpías en Xanthos (Licia), ppios. s. V a.C. Dep. British Museum. Un griego lleva al cinto, parcialmente oculta por el cuerpo, lo que sin duda parece una *machaira* (Fig. 10).

Bibl.: Sandars (1913) referencia sin figura.

Aunque efectivamente este catálogo puede no ser completo, creemos que es una muestra representativa de la realidad total de representaciones griegas de *machaira* y desde luego más completo y sistemático que cualquier otro publicado hasta ahora. El resumen que presentamos en la figura 12 nos permite darnos cuenta con claridad de varias cosas: Del total de 54 *machairas* representadas en las 47 piezas catalogadas, vamos a excluir ahora las 5 que son obviamente cuchillos de cocina y no armas, para no falsear los resultados. Si trabajamos sólo con las armas de guerra, vemos que en 24 casos (la mitad) este tipo está en manos de personajes mitológicos como gigantes o amazonas, o en manos de orientales como persas y troyanos. Incluso, si eliminamos el recuento las *machairas* utilizadas en contexto que no son de combate, la proporción de armas en manos de elementos exóticos sube casi al 60%.

Más aún, de los 17 casos en que la *machaira* aparece en manos de guerreros griegos, en 14 éstos luchan contra centauros, amazonas, persas o troyanos, y casi nunca aparecen en lucha con otros griegos, lo que resulta muy significativo, aunque no lleguemos a afirmar como hace Roux (*vid. supra*) que se debe a que en este caso los griegos han recogido armas perdidas por el enemigo. El caso de la imagen n. 32 carece de contexto; el de la núm. 28 no es un hoplita, y parece más bien un peltasta tesalio; el caso

38 es un combate heroico, y la figura que blande la *machaira* es un vencido a punto de ser arrollado por un carro.

Sólo en 8 casos de 49 la *machaira* (*kopis*) aparece en un contexto que no se puede clasificar de combate. En tres de ellos aparece como arma de caza (mosaico de la Caza del León de Pella, Hercules contra el León y un caso dudoso de caza del jabalí. La representación de la *machaira* puede ser meramente por razones de composición o gusto, o tener connotaciones simbólicas, pero desde luego no refleja una práctica real de caza, que normalmente se realizaba con lanzas o jabalina<sup>103</sup>, o con redes<sup>104</sup> o cepos<sup>105</sup>.

Debemos detenemos ahora en el grupo de casos en que podría hallarse un significado simbólico al uso de la *machaira*: la escena núm. 23 en que Apolo, castiga al gigante Titios; la que muestra a Marsias sosteniendo el cuchillo con que será desollado<sup>106</sup>, y la del ánfora de oro núm. 46 (Figura 11), si aceptamos la explicación de Roux. A estas escenas podría añadirse aquella que presenta a Neoptólerno asesinando a Priamo sobre un altar (núm. 13)<sup>107</sup>. En estos casos quizá la *machaira* tiene mayor relación con el cuchillo sacrificial homónimo. Este aspecto ha interesado a otros autores aparte de a Roux, y queda especialmente claro en el estudio que L. Cerchiai ha hecho en fechas relativamente recientes sobre una escena de la «Tomba dei Tori» en Tarquinia<sup>108</sup>. En dicha escena, situada en la cámara de ingreso, se narra la muerte de Troilo a manos de Aquiles. Este aparece representado sin coraza, y blandiendo una *machaira*, que no es el arma hoplita, sino un cuchillo de sacrificio. Para Cerchiai<sup>109</sup> la utilización de la *machaira* y no de otro arma trata de dar una tensión especial a la escena: del mundo de la guerra se desliza al sacrificial; dos momentos rígidamente separados del elaborado sistema político de valores se confunden en una transgresión que rompe las reglas del sistema sacrificial a la escena del asesinato.

En cualquier caso, el repaso de estas consideraciones nos lleva a la conclusión de que la *machaira* es conocida por los griegos, y utilizada, pero que está dotada de connotaciones que por un lado la relacionan con el mundo bárbaro (no necesariamente persa) y por otro, y al tiempo, con aspectos sacrificiales.

103. Jenofonte. *Cineg.* 10.3.

104. *Ibidem*, 2, 4-9.

105. *Ibidem*, 9, 11-19.

106. Roux, *op. cit.* nota 49, p. 36, nota 24.

107. Roux, *ibidem*, p. 36.

108. L. Cerchiai, «La *Machaira* di Achille: alcune osservazioni a proposito della «Tomba dei Tori»», *Annali del Seminario di Studi del Mondo Classico*, Napoli, 2, 1980, pp. 25-39.

109. *Ibidem*, p. 27. Cerchiai propone paralelos para la escena, por ejemplo una nestóride lucana de Anzi donde se representa la misma escena y donde de nuevo Aquiles empuña una *machaira*. En la misma dirección se interpreta la aparición de la *machaira* en la estela de Aulo Tito (c. 530 a.C.) o en unas lastras arquitectónicas de Murio de mediados del s. VI. Ante todas estas consideraciones cabe preguntarse si, junto con consideraciones de tipo funcional, la adopción por los iberos de la falcata, y sobre todo su preeminencia numérica y posicional en los ajuares funerarios, no tiene alguna relación con una carga simbólica que el tipo de arma pudieran tener, no necesariamente la misma que en el mundo griego o en el etrusco, pero emparentada con ellos. Sobre la utilización de la *machaira* como instrumento de carnicero y a la vez sus connotaciones sacrificiales, ver también Durand, *op. cit.* nota 100, p. 19 ss.

Ya hemos visto como ni consideraciones tácticas ni otras iconográficas abonan por un origen griego de la falcata, y sí por su consideración como arma exótica con connotaciones especiales. También hemos visto que hay poca o ninguna evidencia que una el origen de la falcata al mundo persa –no así el pomo en forma de cabeza de ave–. A continuación vamos a tocar un tercer aspecto que esperamos acabará de demostrar el poco arraigo del *kopis* en el mundo griego: la evidencia arqueológica.

### 5.3. La evidencia arqueológica

En efecto, apenas se conocen ejemplares de *machaira* en el mundo griego, hay en cualquier caso muchísimos menos que en la P. Ibérica, en Italia o, como veremos, en los Balcanes. La diferencia de ritos funerarios no justifica esta ausencia de armas, puesto que otros tipos (cascos, corazas, escudos, lanzas, espadas rectas) tienen una representación arqueológica a menudo copiosa.

En catálogo de las piezas que nosotros conocemos es el siguiente, incluyendo antecedentes lejanos que no se pueden considerar *machairas* en sentido estricto pero que incluimos dentro de nuestra revisión sobre el posible origen griego del arma.

#### a). Micenas:

Halladas por Schliemann<sup>110</sup> Círculo A, Sep. IV, 46 espadas de Bronce. De ellas, 10 eran piezas peculiares de un solo filo, más pequeñas que las normales pero incluso así de una longitud en torno a los 65-75 cm (Figura 13.1 y 13.2). Las empuñaduras son demasiado gruesas como para necesitar cachas de material orgánico, y terminan en un anillo hueco. Burton<sup>111</sup>, dentro de su hipótesis egiptianizante, consideró que tenían antecedentes egipcios. Schliemann consideró que más que espadas eran, en sentido estricto, cuchillos largos, y teniendo en cuenta las espadas con que se asocian, coincidimos plenamente. Si las citamos aquí, pese a que difícilmente pueden considerarse paralelos o antecedentes directos de la *machaira*, con la que sólo coinciden en la idea general, es porque un ejemplar idéntico pero en escala reducida (mide 22 cm ver Fig. 13.3) apareció en Olinto en un contexto muchos siglos posterior<sup>112</sup>, y porque Remouchamps incluyó el tipo al lado de la *machaira* en su trabajo sobre las espadas griegas<sup>113</sup>.

110. H. Schliemann, *Mycenae*, 1878, p. 279.

111. Burton, *op. cit.* nota 68, p. 230.

112. D.M. Robinson, *Excavations at Olynthus*, X, 1941, pl. CII. núm. 1.605.

113. A.E. Remouchamps, *Griechische Dolch und-Schwertformen*, Oudheidkundige Mededeelingen uit Rijksmuseum van Oudheden te Leiden, 7, 1926, 21 ss. Distingue 18 tipos. La *machaira* es el 17 y el cuchillo curvo tipo Micenas el 18. Para la *machaira* da una cronología de 600-400 a.C., hoy superada por ambos extremos. Para el tipo 18, aunque reconoce el paralelo micénico (p. 64), da un margen cronológico de 530-470. Es para él la verdadera *machaira*.



### b). *Armas de un solo filo hasta finales del s. VII a. C.*

Se trata de un conjunto de piezas sobre el que ni siquiera es claro que fueran armas de guerra en lugar de cuchillos largos, sobre todo juzgando los tipos de espadas con las que conviven en el tiempo. Snodgrass realizó un catálogo de estas armas, clasificadas en su tipo II al que remitimos<sup>114</sup>. Aquí recordaremos que recoge sólo siete piezas, dos de ellas de Halos, en Tesalia (Fig. 13.6 y 13.7 y 14a); una de Chauchitza, en Macedonia (Fig. 14.b), y dos de Fortetsa en Creta, una de Arkades en Afrati (Creta) y una de Olimpia. Una de ellas es lo suficientemente parecida a un *kopis* como para que Snodgrass se pregunte si no podría ser un prototipo<sup>115</sup>. Posteriormente al libro de Snodgrass se publicó el de M. Andronicos sobre Vergina<sup>116</sup>, quien agrupa bajo el término *machaira* un conjunto de cuchillos cortos de hasta 15 cm y un lote de 7 piezas mayores de hasta 40 cm de hoja (Figs. 13.10, 11, 12). Según Andronicos, este segundo tipo es por su contexto guerrero claramente un arma<sup>117</sup>. La fecha de estas sepulturas oscila entre finales del s. XI y el s. VIII a.C., pero a diferencia de los casos anteriores las armas son todavía de bronce.

### c). *Machairas a partir del s. VI (Fig. 14):*

Son escasísimas las *machairas* del tipo de las representadas en los vasos.

1-Beyrakli (Fig. 13.5). Hallada en 1949 en un túmulo en la ladera del monte Sophylos en Turquía, asociada a escifos lidios fechables en torno al 575-550 a.C. (?) Conservada en el Museo de Izmir (Turquía)<sup>118</sup>. Tiene la empuñadura maciza en forma de bola y espiral, al estilo de las representadas en los vasos cerámicos. 2, 9, 12, 14, etc. Mide en torno a los 60 cm de longitud.

2-Dodona, (Fig. 13.13) Museo de Atenas, Col. Carapanos<sup>119</sup>. Asociada a elementos del s. IV a.C. Pieza magnífica, de más de 80 cm de longitud, apareció doblada en una sepultura. Cabeza de ave, cisne o cigüeña más que rapaz, con un pico muy largo que actúa de guarda para los nudillos.

3-Dodona<sup>120</sup>. (Fig. 13.8) El excavador añade en su discusión sobre las armas que Epiro limita con tierras bárbaras, con Ilirios, dálmatas, etc... y que ello explica la presencia de armas extrañas y de técnica basta entre otras griegas más perfeccionadas. Sin embargo, no coloca el *kopis* entre esas armas extranjeras, al considerar que la pieza anterior es de manufactura demasiado perfeccionada. Creemos que Carapanos estuvo muy cerca de dar con el lugar verdadero de origen de la *machaira*.

114. A. Snodgrass, *op. cit.* nota 88, p. 100.

115. *Ibidem*, p. 100-101.

116. M. Andronicos, *op. cit.* nota 87.

117. *Ibidem*, p. 266.

118. Ver Cuadrado, *op. cit.* nota 32, Fig. 23.5 y p. 37.

119. Sandars, *op. cit.* nota 16, Fig. 17k, p. 32. Carapanos, C. *Dodone et ses ruines*, 1878, p. 238.

120. Carapanos, *op. cit.* nota 119, fig. LVIL5, y p. 238.

4-Prodromi (al sur de Paramythia, en Thesprotia, Epiro) (Figura 13.4). Encontrada en 1978<sup>121</sup>, se halló una incineración dentro de un cálpide, a su vez en una fosa cubierta de lajas de piedra. La tumba contenía un rico ajuar metálico, entre el cual dos cascos de bronce, una coraza y una gran *machaira* de hierro, de cerca de un metro de longitud y cabeza de ave con pico largo y levemente curvado. En el túmulo B se halló una simple inhumación. Puesto que las tumbas no forman parte de necrópolis ni se encuentran cerca de poblado alguno, los excavadores interpretaron el enterramiento como el de un jefe caído en combate y enterrado en el sitio. La sepultura se ha datado en el primer cuarto del s. IV (cuando ya en la P. Ibérica hace al menos medio siglo que hay falcatas).

5- Burton cita, hablando de *kopides* dos hojas griegas de espada, una de ellas de hasta 115 cm de longitud, pero la descripción que hace de una de ellas no cuadra con una *machaira*<sup>123</sup>.

Junto con estas cinco (quizá seis) espadas, hay otros casos en que se ha considerado como *kopides* griegos a ejemplares que o no son *kopis* o no son griegos. En el primer supuesto entra la espada de Olinto que cita Snodgrass<sup>124</sup>, que en realidad es una pieza de doble filo y hoja ancha<sup>125</sup>. En cambio, una hoja no citada por Snodgrass pero mucho más parecida por su forma a la de un *kopis* aparece en la misma publicación de Olinto<sup>126</sup>, aunque por su pequeño tamaño (30 cm) no puede en modo alguno considerarse un arma y por tanto no la catalogamos como tal (Figura 13.9). En el segundo supuesto incluimos una serie de piezas que aparecen como griegas en monografías sobre la guerra en Grecia, pero que en realidad son falcatas puramente ibéricas conservadas en el British Museum. La inclusión de estas armas en un catálogo de *kopides* griegos casi duplicaría su número, y por ello conviene recalcar su tipología y procedencia ibéricas<sup>127</sup>.

De inmediato se observa que el número de armas conocidas es extremadamente escaso, y además que los pocos ejemplares que se conocen proceden, ya desde el principio, de zonas periféricas al mundo griego propiamente dicho, y en su mayoría de la tierra de la caballería, Epiro y Tesalia (Figura 14, a-d y l-4): en época anterior a fines del s. VII, dos ejemplares proceden de Tesalia, ocho de Macedonia (incluyendo siete piezas de Vergina), tres de Creta y sólo uno de Olimpia. Si nos fijamos en las armas posteriores, desde principios del s. VI, observamos que 3 proceden de Epiro, 1 de Macedonia, y 1 de Turquía, además de una pieza del s. IV que procede de Tracia y que

121. A. Choremis, «Metallic armour from a tomb at Prodromi in Thesprotia» *Athens Annals of Archaeology* XIII, 1980 (en griego con resumen en inglés); también, Choremis, en *Archaiologikon Deltion*, 33, 1978, Lám. 99, beta. (en griego).

123. Burton, *op. cit.* nota 68, p. 236. Armería Real de Turín, Secc. Beaumont.

124. Snodgrass, *op. cit.* nota 88, p. 102.

125. Robinson, *op. cit.* nota 112, pl. Cl, num. 1598.

126. *Ibidem*, Lám. Cl, núm. 1600.

127. Couissin, *op. cit.* nota 70, Lám. XV.1.; Snodgrass, *op. cit.* nota 88, Fig. 50; Ducrey, *op. cit.* nota 100, p. 91, Fig. 61. Esta pieza, depositada en el British Museum, N. Inv. 90.8.10.2 es de hierro, no de bronce como indica Ducrey, error que se debe a una equivocación en las fichas de inventario del British Museum, donde pudimos estudiar esta y otras piezas procedentes de Almedinilla (Córdoba) y Tozar (Granada).

estudiaremos al hablar de los Balcanes. Esta dispersión debería haber obligado hace mucho a los investigadores a mirar no hacia Oriente, sino hacia el Norte. Esto, inexplicablemente, no se ha hecho, y es lo que vamos a intentar en este artículo más adelante.

## 6. La Machaira en la Península Itálica

A continuación vamos a examinar la evidencia sobre la *machaira* (entendida como *kopis*, como espada de guerra), en la P. Itálica.

### 6.1. La iconografía

Las representaciones de este tipo de arma son bastante más numerosas en Italia que en Grecia, y a esto debemos añadir que la inmensa mayoría de los vasos de figuras rojas que hemos citado antes proceden de yacimientos itálicos, lo que inevitablemente nos lleva a preguntarnos sobre el grado en que los pintores áticos podían adaptar sus temas, o al menos los detalles de armamento, al gusto de los potenciales consumidores, en este caso itálicos; porque, como vamos a ver, la evidencia existente indica que el *kopis* es un arma mucho más popular en Italia que en la propia Grecia. Más aún, los ejemplares itálicos son como mínimo tan antiguos, si no más, que los griegos.

**Núm. 1.** Relieves arquitectónicos en terracotta del palacio etrusco orientalizante de Murlo (Poggio Civitate)<sup>128</sup>, de mediados del VII al 525 a.C. En uno de ellos se representa una serie de Dioses, de derecha a izquierda un «Zeus», «Atenea» y «Hera»; luego «Persefone», «Hades» y «Demeter». La figura que Torelli interpreta como Atenea sostiene una lanza y una *machaira*, que es en este contexto un arma —¿con otras connotaciones, sacrificiales tal vez?—. La forma en que la coge por el arranque de la hoja (Figura 15) permite distinguir la forma de la empuñadura, como ocurría (y el paralelo es interesante) en el alabastron protocorintio de Siracusa (Cat. Grecia, núm. 1). Independientemente de que pueda existir una intención concreta (por ejemplo, no ocultar una parte importante de la realidad del objeto), esta forma de coger el arma es posible en los ejemplares etruscos que hemos estudiado personalmente, porque en los mismos la parte del filo más cercana a la empuñadura está matada. Dicho de otra forma, las espadas etruscas sólo tienen filo en la mitad distal de la parte sinuosa de la hoja. En cambio, las armas ibéricas no sólo tienen casi siempre filo corto en el dorso, sino que el filo principal llega hasta la empuñadura.

**Núm. 2.** Estela de Aulo Tito<sup>129</sup>. Dep.: Museo de Volterra. (Figura 16) Fechada en

128. M. Torelli, *Etruria*, Roma-Bari, 1985, pp. 265-268.

129. O. Montelius *La Civilisation Primitive en Italie depuis l' introduction des métaux*, Estocolmo, 1985-1910, Vol II. Lám. 171.2.

la mitad del s. VI a.C. El guerrero representado lleva al cinto, bien visible, una espada envainada que, por la forma de la vaina y sobre todo por la parte visible de la empuñadura, debe ser una *machaira*, aunque representada extremadamente corta para lo que eran en realidad estas espadas (*vid. infra*), debido al marco.

**Núm. 3.** Estela de Larthi Atharnies. Pomarance. Dep. Museo de Florencia 130. Fechada en la primera mitad del s. VI (aunque Pansieri et al. den una fecha del s. VII a.C. El difunto representado lleva un *kopis* desenvainado, en posición vertical para adoptar la composición al espacio disponible.

**Núm. 4.** Revestimientos en terracotta del santuario de Pyrgi<sup>131</sup>. Uno de los fragmentos conservados presenta una mano que sostiene la empuñadura de lo que indudablemente es un *kopis*. Se trata posiblemente de la mano de Capaneo, en la escena del frontón del Templo A. Núm. Inv.: 13.900. Datado en torno al 490-455 a.C.<sup>132</sup>.

**Núm. 5.** Ya de un período muy posterior (s. II a.C.) es el relieve situado sobre el frontón de acceso a la cámara interior de la Tumba de los Volumni<sup>133</sup>, en Perusa, donde en relieve se representan, a los lados de un clipeo con la cabeza de Nedusa, dos *machairas* sobre cuya empuñadura reposan dos aves<sup>134</sup>.

**Núm. 8.** En la «Tumba de los Relieves» de Cerveteri<sup>135</sup> encontramos, tallada sobre uno de los pilares, una pieza que ha sido frecuentemente citada como paralelo para los *kopides* y falcatas, a nuestro juicio erróneamente. A lo largo de todo este tratado hemos tratado de distinguir con claridad entre los cuchillos de uso doméstico y los sables de guerra. El ejemplar de la Tumba de los Relieves es sin duda alguna un utensilio doméstico, por su forma y tamaño y por el contexto en que se coloca, lejos del friso de armas y entre otros utensilios. Esa es la razón de que ni siquiera Cristofani haya tenido en cuenta este cuchillo en su estudio de las armas representadas en la tumba. Por otro lado, esta tumba es tardía, datable en torno al s. III, y por tanto las piezas que aquí aparezcan no son relevantes a nuestro estudio sobre el origen del tipo.

**Núm. 9.** Sarcófago de Sperandio (Figura 17). Procedente de Chiusi, necrópolis de Sperandio. Depositado en el Museo de Perusa, N. Inv.: 340. Hallado en 1844 o antes. Tumba con casco de tipo Montefortino. Datación incierta, no debe ser anterior al s. IV a.C. Clasificado como C.I.1 por Jannot en su estudio sobre los relieves arcaicos de Chiusi (Roma 1984). Un grupo de personajes armados con armas ofensivas pero no defensivas conduce prisioneros, mulas cargadas y otros animales. Uno de ellos lleva una

130. Pansieri, C.; Garino, C.; Leoni, M. «La tecnica di fabbricazione delle lame di acciaio presso gli Antichi.» *Centro per la Storia delle Metallurgia, II, Milán. X Congresso Nazionale A.I.M., Roma (7-10 Octubre 1955), Quaderno II; Fig. 13, p. 20.*

131. G. Colonna, «Pyrgi. Scavi del Santuario Etrusco (1959-1967). I rivestimenti fittili di etó tardo-arcaica.», *Not Scavi*, 1970, serie VIII, vol. XXIV, II Suppl. Pàg. 67, Fig. 42.

132. Torelli, *op. cit.* nota 128, pp. 96-106 y especialmente p. 103.

133. Ver B. Bandinelli y Giuliano, *op. cit.* nota 100, p. 362, Fig. 410.

134. El simbolismo funerario de las aves sobre las espadas no puede menos que recordarnos la representación de un ave en la hoja de una de las falcatas de Almedinilla conservada en el MAN (ver *op. cit.* nota 25).

135. Blanck, H. y Proietti, G.; *La tomba dei Rilievi di Cerveteri*, Roma, 1986, ver sobre todo Láms. XXb y XIb. También M. Cristofani, «Il fregio d'armi della Tomba Giglioli di Tarquinia», *Dialoghi di Archeologia*, 1.1, 1967, no estudia la pieza entre las espadas, que son todas rectas y cortas.

*machaira*. Suele interpretarse la escena como el regreso de una expedición guerrera con botín y prisioneros.

**Núm. 10.** Base de Chiusi (Figura 18). Depositado en el British Museum, Londres, D15. Tipo D17 de la clasificación de Jannot (1984). En uno de los relieves del cipo cuadrangular cuatro hombres armados marchan a la izquierda. La mano derecha levantada con la palma abierta, a la altura de la cabeza. Dos de las figuras llevan en la izquierda, desenvainadas *machairas*, que cogen no por la empuñadura sino por la base de la hoja, como en el panel de Murlo (Fig. 15). Es evidente que el sentido de la escena no es de combate. Quizá pueda fecharse la base en la segunda mitad del s. VI a.C.

**Núm. 11.** Cipo cónico con relieves procedente de Chiusi, depositado en el Museo Barracco de Roma (n. 202). Clasificado por Jannot (1984) como DIII6. Escenas de armamento y combate de guerreros. En una cara, un hoplita se arma mientras a su izquierda le observa una figura vestida con túnica que en su derecha sostiene una *machaira*, no empuñada sino agarrada por la hoja, como en casos anteriores. Quizá se pueda fechar el cipo a principios del s. V a.C (Jannot, 1984).

## 6.2. Restos arqueológicos

Entre el conjunto de armas y grandes cuchillos de la P. Itálica existe amplio campo para la confusión, que se ha materializado –especialmente en publicaciones antiguas– en una mezcla de conceptos entre lo que es un cuchillo y lo que es una espada, y por consiguiente en una mezcla en las citas de paralelos, lo que ha provocado que a menudo entren en el mismo saco cuchillos de dorso recto con empuñadura recta de material orgánico, cuchillos de dorso acodado, espadas de un empuñadura similar a la del *kopis* pero sin su tamaño, etc. Esto significa que no se pueden seguir las listas de paralelos proporcionadas por diversos investigadores sin comprobar previamente a qué tipo concreto pertenece a cada uno. Por todo ello, nosotros vamos aquí a clasificar algunos ejemplares representativos de los tipos principales, para luego centrarnos en un catálogo de las espadas de guerra similares a la falcata ibérica, de las que hemos procurado realizar un catálogo lo más completo posible.

### 6.2.a. Los precedentes. Espadas de tipo «ilirio» o «Novilara» de dorso acodado

Se trata de un tipo de armas característico por el dorso acodado en el punto de unión de la empuñadura con la hoja, que aparecen sobre todo en la costa adriática de Italia, en el Piceno. Su centro de origen parece estar, a partir de prototipos anteriores de cuchillos, en la zona iliria, y en el apartado correspondiente serán estudiados con más detalle (*vid. infra.*). Basta decir aquí que son probablemente el precedente de los grandes sables posteriores.

Los ejemplares que han dado un nombre al tipo proceden de Novilara, donde aparecieron bastantes ejemplares de este tipo, de entre 30 y 40 cm de longitud, en el Sepolcretto Servici<sup>136</sup>. Los ejemplares más antiguos datan de la primera mitad del s. VII y quizá antes<sup>137</sup>, perdurando hasta mediados del s. VI a.C. Además de en Novilara, se conocen piezas de este tipo procedentes de Ancona. San Severino y Verucchio, de la misma zona. No deja de ser notable que tipos similares acodados aparezcan en las zonas campana y apulia, como ha recogido Stary bajo el epígrafe de «Espadas campanas en forma de hoz».

### 6.2.b. Cuchillos característicos de las culturas de Este y Golaseca

Se trata de cuchillos de un solo filo que en modo alguno deben ser considerados como armas, y tampoco utilizados como paralelos para la *machaira* ni, a nuestro modo de ver, como antecedentes, aunque por su dorso acodado puedan estar en relación con los tipos primitivos del grupo anterior de espadas. Según F.R. Ridgway<sup>138</sup>, los ejemplares más antiguos de la Cultura de Este (con empuñadura unitaria a la hoja) y de Golasecca (con espiga para cachas de madera o hueso), en la zona de Venecia, podrían datarse en torno al 800 a.C., perdurando hasta finales del s. VI al menos, con tipos que recuerdan a *kopides* en miniatura, evolucionados quizá en paralelo y con relación, pero no de tipo genésico.<sup>139</sup>

### 6.2.c. Grandes cuchillos con empuñadura en «C» del Lacio

Se trata de (Fig. 19) cuchillos, a veces de gran tamaño (hasta 52 cm de longitud, como algunas falcatas ibéricas), caracterizadas por una empuñadura similar a la de la falcata, en forma de C, pero cuadrangular y no redondeada. Frecuentemente la empuñadura tiene soldada una anilla, como en cuchillos de cocina posteriores. La hoja, de un solo filo ondulado, tiene un fuerte resalte en el dorso y a menudo aparece decorada. Muchos ejemplares son de bronce, y deben tener uso religioso, por ejemplo en sacrificios<sup>140</sup>. A menudo han sido utilizados como paralelos o antecesores del *kopis*. No son

136. E. Brizio, «La Necropoli de Novilara», *Monumenti Antichi pubblicati per cura della Reale Accademia dei Lincei*, V, 1895, pp. 84-464. Por ejemplo, Fig. 50.

137. P.F. Stary, *Zur Eisenzeitlichen Bewaffnung und Kampfesweise in Mittelitalien*, 1981, Beilage 7-8. Ver tb. Montelius, *ap. cit.* nota 129, Láms. 146.6, 7.8.

138. F.R. Ridgway, «The Este and Golasecca Cultures: A Chronological Guide.», en D. y F. Ridgway, *Italy before the Romans*, London, 1979, pp. 419-487. Estos cuchillos pueden aparecer en Italia Meridional también (cfr. Bruno d'Agostino, en Molino della Badia, Sep. 6; *Popoli e Civiltà dell'Italia Antica* vol. 2, Roma 1974, Tav. 2A).

139. *Ibidem*, Fig. 45, fase Golasecca IIb.

140. Vcr: *Nuove scoperte e acquisizioni nell'Etruria Meridionale*, Presentazione de M. Moretti, Roma, 1975. p. 187, n. 10. Tb. M. Pallotino et al, *Il Museo Nazionale Etrusco di Villa Giulia*, Roma, 1980, p. 227, n. 307, s. VI-V a.C. (Col. Pesciotti, *machaira* de bronce, N. Inv. 74.908 VG, Bronce, patina verde oscuro). En ninguno de los easos se dibuja ni describe la decoración que nosotros descubrimos cuando volvimos a examinar la pieza. También VV.AA. *Civiltà del Lazio Primitiva*,

antecesores porque conviven en el tiempo, y su paralelismo empieza y acaba en la forma general de la empuñadura y en la existencia de un solo filo. Su área de dispersión es sobre todo Lacial, y en cualquier caso, al Oeste de los Apeninos, al contrario de lo que ocurría con las espadas de dorso acodado de Novilara.

Aunque cabría en teoría hacer derivar de este tipo los grandes *kopides* de guerra, ello obligaría a dos corolarios que consideramos inaceptables: que las armas del Piceno procedan de Etruria y no al revés, como parece por la densidad de distribución y por la cronología; y que las piezas balcánicas antiguas aparezcan bien por influencia itálica — lo que exige forzar las cronologías hasta extremos imposibles— o bien que sean un desarrollo independiente, lo que no nos parece probable a juzgar por las grandes similitudes, incluso de detalle, entre los dos grupos. Más adelante, al hablar de la evidencia balcánica, insistiremos sobre este punto.

#### 6.2.d. Cuchillos de un solo filo de dorso recto

En sus diversas variantes, se trata de un grupo de armas, la mayoría con espiga para añadir cachas de material orgánico en la empuñadura, que aparecen en el Lacio y al Sur de los Alpes<sup>141</sup>, pero también en la costa adriática, asociadas a las armas de tipo «Novilara»<sup>142</sup>.

#### 6.2.e. Cuchillos tardíos de cocina de un solo filo y dorso recto

Separamos del grupo anterior un tipo de cuchillos que aparecen en algunas necrópolis tardías como la de La Peschiera en Todi (Figura 20), piezas suficientemente tardías como para no tener nada que ver con el *kopis*, y que tienen sus paralelos en los vasos de la Magna Grecia que presentan escenas de carnicería o pescadería. Miden incluyendo el mango en torno a los 30 cm, y se fechan entre los siglos V-III a.C.<sup>143</sup>

#### 6.2.f. Verdaderos sables de guerra. *Machaira/kopis*

Recogemos aquí un catálogo lo más completo posible de los sables, similares a nuestras falcatas pero en general de mucho mayor tamaño, encontrados en Italia, orde-

Roma, 1976. Tav. LIX, n. 12. Castel di Decima, tumba CXXXII (cat. 80), 2/4 s. VIII. También *Civiltà del Lacio Primitivo*, Caracupa. Sermoneta, tumba XCI (cat. 121) pp. 361-62, 4/4 s. VIII. Ver distribución de hallazgos en Stary, *op. cit.* nota 137, Karte 29, y p. 447.

141. Stary, *op. cit.* nota 137, Karte 27.

142. Brizio, *op. cit.* nota 136, Tav. XIV.6, Sep. 101, en hierro. Este caso es característico de la confusión a que antes aludíamos, pues Brizio (p. 228) ve en esta pieza una *machaira* como la del vaso de Cleofrades en Nápoles (núm. 13 de nuestro catálogo) y cita como paralelos a verdaderas *kopides* de Osimo o Tolentino, lo que no son en modo alguno, por su mucho menor tamaño y por la ausencia de empuñadura en «C», curvada para formar la guarda y solidaria a la hoja.

143. Todi: M. Bendinelli, «Tomba con vasi e bronzi del V secolo a.C. scoperta nella necropoli di Todi». *Mon. Ant. Reale Accademia dei Lincei*, XXIV, 1916, p. 841-914, p. 860 y Fig. 15.

nados aproximadamente por su distribución geográfica, de Este a Oeste y de Norte a Sur. Los números entre paréntesis se refieren a la figura 14.

1 (6). Rimini, Covignano.<sup>144</sup> Hallada en 1966, en una fosa con una inhumación en decúbito supino, con varias armas (cinco puntas de lanza y la *machaira*). Rota en fragmentos, falta el extremo de la punta. Debió medir entre 85 y 90 cm. Datable en el s. V a.C. El autor diferencia claramente el tipo de las cortas falcatas ibéricas, de los tipos acodados ilirios y los utensilios domésticos. Es que separamos el *kopis* más septentrional de Italia, porque Eles Masi<sup>145</sup> señala que en Romaña este tipo aparece sólo en Covignano.

2 (7). Sirolo. Pieza citada por Zuffa<sup>146</sup>, que no conocemos, pero que recogemos por la claridad de ideas mostrada por este autor al discutir la espada de Rímimi.

3 (8). Pianello Di Castelbellino, Piceno. No conocemos la pieza, pero seguimos la distribución de Lollini<sup>147</sup>, puesto que todos los ejemplares que cita y que nosotros conocemos por dibujo o personalmente entran dentro del tipo que tratamos.

4 (9). Serra de San Quirico (Piceno)<sup>148</sup>

5 (10). Treia (Piceno)<sup>149</sup>

6 (11). Filottrano (Piceno)<sup>150</sup>

7 (12). Galignano (Piceno)<sup>151</sup>

8 (13). Osimo (Piceno)<sup>152</sup> Inhumaciones datables en el s. V a.C.: 3 lanzas y dos «espadones». Al lado de los esqueletos, como si los empuñaran. Falta la punta y parte de la empuñadura. Longitud conservada: 75 cm.

9 (14). Osimo<sup>153</sup>. Casi entero. Longitud conservada: 88 cm. Debía medir en torno a los 90 cm. Restos de madera en las cachas.

10 (15). Cameramo (Piceno), Sep. 90.<sup>154</sup>

11 (16). Camerano (Piceno), Sep. 100<sup>155</sup>. Inhumación. Asociada a Figuras Rojas. Fase Piceno V (c. 475-400 a.C.) Figura 22.1

12 (17). Numana, Necr. Quagliotti, Sep. 22. Fase Piceno IV B de Lollini<sup>156</sup>, c. 525-475 a.C. Figura 22.2

13 (18). Verucchio (Prov. Forli)<sup>157</sup>

144. M. Zuffa, «Nuovi dati per la protostoria della Romagna Orientale» *Atti e Memorie della Deputazione di Storia Patria per la province di Romagna*, XX, 1969, Bologna 1970, pp. 99-124.

145. P. Eles Masi, (ed.), *La Romagna tra VI e IV secolo a.C.*, Bologna, 1981, p. 379.

146. Zuffa, *op. cit.* nota 144.

147. D.L. Lollini, «La civiltà Picena», *Popoli e Civiltà dell'Italia Antica* vol. V, 1976, p. 171.

148) Lollini, *Ibidem*, p. 171.

149. *Ibidem*.

150. *Ibidem*.

151. *Ibidem*.

152. Brizio, E. «Osimo. Scoperte di Antichi Sepolcri. Piceno.» *Not. Scavi*, 1891, p. 282.

153. *Ibidem*.

154. Lollini, *op. cit.* nota 147.

155. Lollini, *op. cit.*, fig. 21, Stary, *op. cit.* nota 137, p. 448, núm. 17.

156. Lollini; *op. cit.* nota 147, fig. 20; p. 150-151. En esta fase el arma característica es precisamente el *kopis*. Stary, *op. cit.* nota 137, Lám. 8.14, s. VI a.c.; p. 448, núm. 16; V. Cianfarani, *Culture Adriatiche D'Italie*, 1970, p. 176 (ref.).

157. Cianfarani, *op. cit.* nota 156, p. 176; Stary, *op. cit.* nota 137, p. 448, núm. 5.



14 (19). Tolentino (Prov. Macerato). Necrópolis de Sette Dolori, Sep. A. Inhumación. Sable, lanza, *Aes rude*, enocoe Barniz Negro, dos vasos de Figuras rojas. Segunda mitad s. V. Longitud conservada: 75 cm. Longitud de la hoja: 68 cm.<sup>158</sup> Figura 22.3

15 (20). Chigiano (S. Severino). Colecc. particular Dr. Pascucci. Pieza citada por Brizio<sup>159</sup>. Longitud: 93 cm.

16 (21). Gualdo Tadino. Necr. Malpasso. M.V. Giulia, 44.400. Inédita salvo alguna referencia<sup>160</sup>. Fig. 21.1

17 (22). Gualdo Tadino. Necr. Malpasso. M.V. Giulia, 43.678. Inédita salvo alguna referencia<sup>161</sup>. Fig. 21.2

18 (23). Perugia. Tumba de cámara. Longitud conservada, 76,5 cm.<sup>162</sup>. Figura 22.10

19 (24). Perugia. Tumba de cámara. Longitud conservada, 59 cm.<sup>163</sup> Doblada en ángulo recto. Fig. 22.6

20 (25). Todí. Longitud conservada 50 cm.; sin empuñadura y rota en la punta. s. V a.C.<sup>164</sup>. Fig. 21.3

21 (26). Populonia. Mus. Arq. Florencia. Núm. Inv. 81.920. Necr. Podere de San Cerbone, tumba de cámara. Stary la fecha en el s. VI; Panseri en el VII, y Minto en el V a.C. Debe ser del s. VI a.C.<sup>165</sup>. Fig. 22.4.

22 (27). Vetulonia. Mus. Arq. Florencia. Hoja de 59 cm. longitud.<sup>166</sup>. Fig. 22.9

23 (28). Vulci.<sup>167</sup>

24 (29). Cerveteri, Necr. Banditaccia. Sep. 425, de cámara. N. Inv. 47.402 (177). «Espada en forma de cimitarra, alargada hacia la extremidad y con empuñadura de lámina arqueada sobre los que quedan restos de los clavos que fijaban las cachas de madera. Muy oxidada y fragmentada. Longitud conservada: 72 cm.»<sup>168</sup>. Da como paralelo

158. Montelius, *op. cit.* nota 129, Lám. 157.9; tb. Gentilini, A.S. «Necropoli dell'età del ferro a Tolentino.» *Bullettino di Paleontologia Italiana*, VI, 1880, pp. 155-165, Fig. X.11.

159. Brizio, *op. cit.* nota 136, p. 229, nota de pie de página.

160. M. Moretti, *Il Museo Nazionale di Villa Giulia*, Roma 1962, p. 337; Stary, *op. cit.* nota 137, p. 448, núm. 8.

161. Moretti, *op. cit.* nota 160.

162. F. Messerschmidt, «Inedita Etruscae», *Studi Etruschi*, VI, 1932, pp. 509-525. Ver Lám. XXVIII, II.3a y p. 518.

163. *Ibidem*, Lám. XXV, I.6 y p. 512.

164. Bendinelli, G. «Tomba con vasi e bronzi del V secolo a.C. Scoperta nella Necropoli di Todí», *Mon. Ant. Reale Accademia dei Lincei*, XXIV, 1916, pp. 841-914. Ver p. 859, fig. 14, n. XXIII. Tambien Stary, *op. cit.* nota 137, p. 448, núm. 9.

165. L.A. Milani, «Regione VII (Etruria). Campiglia Marittima. Degli Oggetti scoperti negli scavi clandestini di Populonia», *Not. Scavi*, 1905, 54-70 p. 60; A. Minto, *Populonia*. Florencia, 1943. Lám. LX.3, p. 206; P.F. Stary, «Foreign Elements in Etruscan Arms and Armour, 8th to 3rd centuries BC», *Proceedings of the Prehistoric Society*, 45, 1979, Fig. 4.5...s. VI a.C. P.F. Stary, *op. cit.* nota 137. Beilage 2.1 I; p. 448, núm. 14; Panseri, C.; Garino, C.; Leoni, M. «La tecnica di Fabbricazione delle lame di acciaio presso gli Antichi.» *Centro per la Storia delle Metallurgia, II, Milan. X Congresso Nazionale A.I.M., Roma (7-10 Octubre 1955), Qaderno II*.

166. Leoni, M.; Panseri, C. «La tecnologia del Ferro presso gli Etruschi», *Studi Etruschi*, XXIX, 1961, 235-243, tav. XXXIV; Panseri, Garino y Leoni, *op. cit.* nota 165, pp. 19 ss. y Figs. 11-12.

167. Lollini, *op. cit.* nota 147, p. 171.

168. G. Ricci, «Necropoli della Banditaccia. Zona A «del Reeinto».» *Monumenti Antichi..Acad.Naz.Lincei*. XLII, 1955, p. 978.

la tumba de los Volumni en Perugia. Debe ser con seguridad una *machaira*. No hay dibujo. Asociada a vasos de figuras negras y rojas. Siglo V a.C.

25 (30). Capena. Tumba LXIX<sup>169</sup>. Un solo ejemplar en toda la necrópolis de San Martino. Fig. 22.8.

26 (31). Bomarzo. Inédita, Museo Gregoriano Etrusco del Vaticano, N. 12.327. Fig. 21.4

27 (32). Palestrina (Roma)<sup>170</sup>. Longitud: 110 cm procede, sin más contexto, de la colección Barberini. Fig. 22.11.

28 (33). Lanuvio (Lacio). Sepultura de inhumación de la primera mitad del s. V a. C., con casco, coraza de bronce, lanza, disco de bronce, estrigile, bocado de caballo, hacha y *machaira* muy larga y estrecha de 82 cm de longitud y 6,5 cm de anchura máxima de la hoja. Cachas de madera con trozos conservados, todo dentro de un sarcófago monolítico de 2,21 m de longitud<sup>171</sup>

29 (34). Santa Maria de Anglona (Apulia). Santuario de Demeter, s. IV a.C.<sup>172</sup>. Fig. 22.7.

30 (35). Paterno (Sicilia). Sepultura IX. Longitud 45 cm; Longitud de la Hoja, 32 cm. Finales del s. VI a.C. (asociada a un lécito de Figuras Negras tardío). La empuñadura, tal y como aparece fotografiada, no pertenece a la pieza. Tipo distinto a las anteriores, más corta. El ambiente es más griego que etrusco.<sup>173</sup>

31 (36). Chiaromonte. Sepultura 68 de inhumación.<sup>174</sup> Lg. apróx. 65 cm.

32 (37). Pontecagnano.<sup>175</sup>

33 (38). Bisaccia, Sep. inhumación. Sobre el torso. Sep. 59.

34 (39). S. Valentino Torio, Sep. 123.

### 6.3. La machaira en Italia y Grecia

Sobre este catálogo iconográfico y de piezas podemos realizar una serie de consideraciones. En primer lugar hay que reseñar que el número de piezas hallado en Italia es siete veces superior al conocido en Grecia (34 frente a 5). Aunque es posible que la

169. R. Paribeni, «necropoli del territorio capenate», *Monumento Antichi pubblicati per cura della Reale Accademia dei Lincei.*, XVI, 1906, p. 404-6. Fig. 29. Tb. Sary, *op. cit.* nota 137, p. 448, núm. 15.

170. R. Garrucci, «On the Discovery of Sepulchral Remains at Veii and Praeneste» *Archaeologia*, XLI, 1867, pp. 187-206, Plate IX, fig. 2 y p. 202. Tb. O. Montelius, *op. cit.* nota 129, Pl. 364.4; Sary, *op. cit.* nota 137, p. 448, núm. 10; Couissin, 1926, *op. cit.* nota 18, Fig. 25, p. 48.

171. A. Galietí, «Contributo alla Conoscenza dell'armatura dei Prisci Latini» *Atti del IV Congresso Nazionale di Studi Romani*, II, 1938, pp. 282-289 Foto inuy mala en Tav. XXXIV.

172. H.U. Rüdinger, «Santa Maria de Anglona (Apulia) *Notizie degli Scavi di Antichità* 1969, serie VIII, vol. XXIII Fig. 29a. Foto p. 190

173. G. Rizza, Paternó. Città siculo-greca in contyrada «Civita». Scoperte fortuite nella necropoli meridionale.» *Not Scavi*, VIII serie, 1954, pp. 131-ss. Fig. 6b; p. 135. Sary, *op. cit.* nota 137, p. 448, núm. 13.

174. Marcello Tagliente, «Elementi del banchetto in un centro arcaico della Basilicata (Chiaromonte)», *MEFRA* 1985, 97.1, 173 y 188. Agradecemos esta referencia a la Dra. R. Lucas.

175. Esta referencia y las que siguen son las contenidas en Tagliente, 1985, nota 34.

distinta intensidad de nuestra investigación haya descompensado algo los resultados hacia la Península Itálica, no cabe duda que, incluso si triplicamos el número de piezas griegas, el tipo de *kopis* mucha mayor aceptación en Italia, toda vez que además casi todas las representaciones del arma, incluyendo las cerámicas, se han encontrado allí.

En segundo lugar, dentro de Italia el peso de la distribución (Figura 14) está del lado Oeste de los Apeninos, en el Piceno<sup>176</sup>, con una vía de penetración hacia Etruria y el Lacio claramente marcada por los hallazgos de Todi, Gualdo Tadino, Perugia y Bomarzo. En la zona Oeste conocemos 15 piezas, cinco en la zona central y 8 en Etruria-Lacio, junto con cinco piezas en la Italia meridional y una en Sicilia. La cronología firme más antigua para las piezas de ambas vertientes de los Apeninos es del s. VI, y aunque hay que reconocer la existencia de representaciones en Etruria —que no van más allá de la primera mitad del s. VI a.C.—, Lollini<sup>177</sup> indica que las espadas de hierro de un filo hacen su aparición en Piceno durante el s. VII a.C., lo que resolvería la cuestión de la precedencia temporal, si no fuera porque esas espadas pueden ser del tipo acodado. El momento de mayor expansión del tipo de *kopis* comienza en el s. VI y cubre todo el s. V, aunque las representaciones de la tumba de los Volumni nos llevan a pensar que el tipo se conoció (¿como arma de oficiales o de parada?) hasta época muy avanzada, en los siglos III-II a.C.

Cabe pensar, como hemos dicho en el apartado dedicado a los cuchillos laciales de un filo, en una evolución local del tipo, como parece inclinarse a pensar Stary<sup>178</sup>, pero puede también creerse, como ya lo hiciera Brizio<sup>179</sup> que los grandes espadones de hasta un metro de longitud de la P. Itálica derivan de las pequeñas espadas de dorso recto de Novilara, y estas a su vez están en relación con los tipos acodados del s. VII. A la vista de las cronologías y distribuciones, nos inclinamos por la segunda posibilidad, que nos obliga de inmediato a mirar al otro lado del Adriático para perseguir el elusivo origen del tipo<sup>180</sup>. Una tercera opción fue la adoptada por Dechelette<sup>181</sup>, para quien los Picenos tomaron de los griegos el *kopis* a través del puerto de Ancona. Hoy podemos descartarla, no sólo porque en Piceno conocemos tres veces más *kopides* que en toda Grecia, sino porque la fecha de aparición en Piceno (s. VII a.C. para las acodadas, por lo menos desde el 550-525 para las *kopides*) es anterior a cualquiera de las espadas griegas salvo la de Turquía.

176. Como ya vió Couissin en 1926 (*op. cit.* nota 18, p. 49), quien también opina que la espada curva pasó del Piceno a Etruria y no al revés.

177. Lollini, *op. cit.* nota 147, p. 172.

178. Stary, *opera cit.* notas 137 y 165, pp. 84 y 192 respectivamente. En el segundo trabajo, anterior en fecha a su tesis pero posterior en redacción, duda Stary en fijar el origen. Sin embargo no duda en decir que la introducción de la *machaira* en Etruria data de finales del s. VI, lo que resolvería definitivamente la cuestión de la primacía temporal del Piceno. No aceptamos directamente la fecha de Stary a la vista de la evidencia inocográfica. Una variante de la teoría antóctona ve el origen de la espada curva en un tipo muy concreto y aislado de espada de antenas en bronce con la punta —un tanto en lengua de carpa— doblada hacia un lado, como anunciando una primacía de la función cortante sobre la punzante. Un ejemplo de esta postura puede ser el de I. Fossati, *Gli Eserciti Etruschi*, Milán, 1987, p. 45.

179. Brizio, *op. cit.* nota 136, p. 229.

Otro aspecto importante referido a las piezas itálicas es su morfología: la mayoría de las empuñaduras se han perdido, pero aún así es posible hacer tres consideraciones que diferencian el tipo radicalmente de la falcata ibérica y lo acercan a las espadas griegas de Dodona y Beyrakli: En primer lugar, su gran longitud, en torno a los 80-90 cm, llegando incluso a los 110 cm. Esto es lo que lleva a Lollini a pensar que se trata de una arma de caballería<sup>182</sup>, pese a que Jannot no encuentra en su estudio sobre la caballería etrusca<sup>183</sup> rastro alguno de la utilización de este arma. En cambio, las armas itálicas suelen ser mucho más curvadas que las griegas.

En segundo lugar, y junto al tamaño, es necesario insistir en que ninguna de las piezas que hemos podido examinar tiene filo en el tercio inferior del dorso de la hoja, lo que enfatiza la funcionalidad tajante de este sable. Además, hay otra diferencia importante: al menos en las piezas de Bomarzo, Gualdo Tadino 1 y 2 y Todi, la parte del filo más cercana a la empuñadura está embotada, de forma que es posible, como en el alabastron protocorintio núm. 1 o en las terracotas de Murlo, lo que permite agarrar la espada por la hoja sin cortarse.

En tercer lugar, el aspecto general de estas piezas es más tosco que el de las ibéricas: su mayor estilización las hace más frágiles (la parte más estrecha de la hoja es extremadamente estrecha) y el dorso se refuerza con un grueso nervio que proporciona una sección en «T» a la hoja, mientras que las falcatas ibéricas solucionan el problema de la relación peso-resistencia mediante acanaladuras en vez de regruessando el dorso. El recurso al nervio es un indicio de primitivismo como señala Burton en su estudio de las secciones de las espadas<sup>184</sup>. En efecto, la idea de que las acanaladuras se practican en la hoja para agravar las heridas causando gangrena gaseosa es radicalmente incierta. En primer lugar, las acanaladuras están en la zona del dorso, por lo que para que la acanaladura (y supuesta entrada de aire) llegue a la herida, el arma debe penetrar unos 5-6 cm si el golpe es un sablazo, y unos 15 si el golpe es de punta. En tal caso, ya no es necesario que entre aire alguno en una herida de ese porte. Pero además, hay una razón práctica mucho más creíble que esta idea surgida por contaminación erudita de una práctica del s. XVI<sup>185</sup>, cual es la que explica con sumo detalle Burton, experto en el uso práctico de las espadas e él mismo, en la obra que hemos citado.

180. Ya Lollini, entre otros muchos autores, recalca que al menos desde el Piceno IV A (antes del 525 a.C.) las relaciones con Iliria debían ser muy estrechas *op. cit.* nota 147, p. 150.

181. Dechelette, *op. cit.* nota 14, p. 1.136.

182. Lollini, *op. cit.* nota 147, p. 172.

183. J.R. Jannot, «Les cavaliers étrusques. Armement, mode de combat, fonction. VIIème an Vième siècle». *Mitteilungen des Deutschen Archäologischen Instituts, Römische Abteilung*, 93, 1986, pp. 109-133, en su revisión iconográfica, no recoge ni un ejemplo de lucha con *machaira*, de hecho, ni la nombra. La lanza y la jabalina siguen siendo las armas esenciales de la caballería

184. Burton, *op. cit.* nota 68, pp. 131 ss.

185. Burton, *Ibidem*, p. 136: «Hay otras formas de aligerar la hoja además de acanalar. Una moda favorita en los siglos XV y XVI, la Edad de Oro de la espada, era romper la continuidad mediante calados, que daban juego a la mano del decorador. Se suponía además que hacían la herida más peligrosa al admitir aire.»

«La función de las acanaladuras es eliminar la excesiva flexibilidad [de la hoja]; además quita peso y añade fuerza. Acanalando cada lado de una hoja estrecha, éste se hace más rígida, porque cualquier fuerza aplicada para doblar lateralmente se encuentra con la mayor cantidad de resistencia que la forma puede proporcionar. Mecánicamente hablando, es como aplastar hacia adentro un arco sobre su clave, y cuanto más profundo sea el arco, mayor la resistencia. De aquí que la acanaladura estrecha sea preferible a una más ancha de la misma profundidad...»<sup>186</sup>

En términos prácticos, el principio es el mismo por el que en nuestras vallas de obra de aluminio se practican acanaladuras que añaden rigidez a la delgada plancha de metal.

Dentro de este contexto, explica Burton en su trabajo de 1884 que el modelo adoptado en un momento dado por el ejército inglés<sup>187</sup>, similar a la sección de nuestras falcatas itálicas, es muy mal e inferior a cualquiera de las soluciones con acanaladuras (Fig. 23.17). Quizá por ello no es raro que tengamos sables itálicos sin acanaladuras, otros con acanaladuras y dorso en T, mientras que al final del proceso los ibéricos adopten elaborados sistemas de acanaladuras sin nervio en el dorso, que tienen además el valor añadido de un aspecto estético (sección similar a la de Fig. 23.10 u 11)

Tras revisar estas características conviene volver sobre la pieza procedente del Elche del MAN de Madrid, que hemos estudiado antes (Fig. 3.3), para observar de inmediato su aspecto greco-itálico, y dentro de este grupo, su mayor parecido con las piezas de Italia (base de la empuñadura, perfil general con mayor ángulo axial).

## 7. Las espadas de Aleria en Córcega

Caso especial es el de las siete grandes *machairas* halladas en la necrópolis de Aleria<sup>188</sup> y cuyo catálogo resumido es el siguiente:

1. Sep. 15; Núm. 159, p. 155. Lg. cons. 82 cm; 450-425 a.C.<sup>189</sup> (Figura 24).

2. Sep. 83; Núm. 1549, p. 402. Lg. cons. 79 cm; 375-350 a.C. Esta espada tiene ya claramente marcado lo que llamaríamos una empuñadura en «cabeza de caballo» si fuera ibérica. Sin embargo, el resto de las características apuntan al mundo itálico. Teniendo en cuenta que se fecha en época relativamente avanzada, cuando ya en el P. Ibérica hay empuñaduras de este tipo desde 50 años antes, y teniendo en cuenta la movilidad de tropas en este periodo, creemos más factible que se trate de una pieza hecha por artesano itálico o incluso corso antes que una fabricación ibérica.

3. Sep. 89; Núm. 1746, p. 442. Lg. cons. 73 cm. (Lg. estimada c. 85 cm.); fines del s. V?.

186. *Ibidem*, p. 136. Además de la resistencia, la necesidad de quitar peso no es en absoluto banal. Manejar dos hojas con 200 gramos de diferencia de peso durante un tiempo da idea de la ventaja que supone utilizar la más ligera.

187. *Ibidem*, p. 133 y Fig. 118, núm. 17.

188. J. y L. Jehasse, *La Nécropole Préromaine d'Aleria*, XXV suppl. a Gallia, París 1973, p. 69 y Lám. 157.

189. Agradecemos al Dr. Cuadrado que nos haya proporcionado, de entre los materiales que utiliza para su trabajo (nota 18) el dibujo de esta pieza.

4. Sep. 90; Núm. 1759, p. 443. Lg. 80 cm; ¿475-450 a.C.?

5. Sep. 90. Núm. 1761, p. 443. Lg. 75 cm.

6. Sep. 90. Núm. 1760, p. 443. Rota en 7 fragmentos. Lg. 80 cm.

7. Sep. 98. Núm. 2126, p. 513. Lg. 74 (estimada 77-80), c. 460-425 a.C.

Como se observa, las piezas de la necrópolis se datan desde la primera mitad del s. V hasta quizá mediados del IV, sin entrar en la segunda fase de la necrópolis (definida por Jehasse entre 340 y 259 a.C.).

Además de las dimensiones propias de las armas itálicas, vemos en las piezas de Aleria que están completas que la empuñadura es característica, a medio camino entre las macizas empuñaduras de las armas griegas y las ibéricas, con la parte alta de la guarda muy ancha, más ancha que el resto, de aire macizo. Se parecen a algunas de las piezas itálicas, como la de Gualdo Tadino, Camerano o Numana, mientras que otras de las etruscas, como la de Palestrina, tienen un aire más macizo que las acercan a las griegas. Lamentablemente, la mayoría de las armas itálicas no conservan la empuñadura, por lo que esto que apuntamos no es sino una tendencia.

Sorprende que los Jehasse afirmen<sup>190</sup> de forma tajante el origen ibérico del arma, cuando ellos disponen de piezas más antiguas que las ibéricas conocidas. Más sorprendentemente aún, proponen una difusión **de Oeste hacia el Este**, con los griegos de intermediarios y Corcega como punto intermedio. En un trabajo editado seis años más tarde<sup>191</sup> los Jehasse son menos radicales, y se limitan a recalcar los paralelos andaluces sobre los itálicos<sup>192</sup>, descartando la posibilidad de que sean productos locales. Esta mayor ambigüedad pudo venir determinada por el comentario crítico de G. Colonna<sup>193</sup> quien, con toda razón opina que el origen de estas piezas es itálico.

Desde nuestro punto de vista las armas de Aleria proceden de mercenarios implicados en las guerras del Mediterráneo central al menos desde Himera, o del intenso comercio con Italia, desde la primera mitad del s. V. Los tipos son claramente itálicos, a excepción de la empuñadura de cabeza de caballo del arma más tardía (ver comentario en el catálogo).

## 8. Un nuevo punto de vista: La evidencia balcánica

Hemos visto en las páginas precedentes que la *machaira* como arma de guerra (kopis) no es de origen griego, y que los escasos ejemplares que se conocen se distribuyen en las zonas septentrionales y periféricas, como Macedonia, Tesalia y Epiro... la distribución parece mirar más al Norte que a Oriente. De la misma manera, hemos ob-

190. Jehasse, *op. cit.* nota 186, p. 69.

191. Jehasse, J. y L., «The Etruscans and Corsica», en Ridgway, D. y F. (eds.); *Italy before the Romans. The Iron Age, Orientalizing and Etruscan Periods*, Londres 1979., pp. 313-351.

192. *Ibidem*, pp. 337 y 350 nota 15.

193. G. Colonna, Recensión del libro de J y L. Jehasse, «La nécropole Préromaine d'Aleria», en *Studi Etruschi*, 41, 1973, pp. 566-572. Ver en especial p. 569.

servado que la *machaira* es más frecuente en Italia que en Grecia, y que dentro de Italia abunda más en la vertiente Adriática, mirando al Oeste y no hacia el Sur, hacia la Magna Grecia. Por tanto es inevitable que, en nuestro peregrinar por el Mediterráneo, recaemos en lo que es hoy en día Yugoslavia, y aún más allá, hacia las tierras de Tracia y Escitia.

Es notable que con estos datos al alcance de todos, y pese a algunas frases clarividentes como las de Bosch Gimpera en 1921<sup>194</sup>, o mucho más recientemente por Nieto Gallo<sup>195</sup>, los investigadores no hayan mirado de manera sistemática hacia esta zona. Sin embargo, sí hay estudios locales que han sistematizado el armamento balcánico a partir del s. VII, con resultados notables que hasta ahora no se han puesto en relación sistemática con el resto de las *machairas* y falcatas del Mediterráneo.

### 8.a. Zona iliria

En 1974 M. Gustin publicó un trabajo<sup>196</sup> sobre las espadas de un filo a ambos lados del Adriático que ha pasado inadvertido en España —como, por otra parte, mucha de la evidencia que venimos citando—, pero que nos afecta directamente. En este artículo distingue en la zona, durante el I milenio, dos grandes grupos de armas de un filo:

a) Un grupo más antiguo (*Machaira*) de armas en hierro de 30-50 cm. de longitud, de época «Hallstática». Se divide en tres variantes:

— Variante «Besarabi», fechable en un periodo anterior a la primera mitad del s. VII a.C. Su característico remate en forma de T y su codo dorsal en la unión de hoja y empuñadura lo definen. Corresponde a las espadas «Novilara» del Piceno, fechadas a lo largo del s. VII a.C.<sup>197</sup>, cuya difusión ha sido recogida en un mapa más reciente que el de Gustin por P. Stary<sup>198</sup>.

— Variante Trzisce-Donja Dolina, la más frecuente. La hoja es más ondulada que en la variante anterior, y la empuñadura es de espiga simple, sin la característica «T». Aparece también en Italia, no sólo en el Piceno sino en variantes más meridionales (Campanas de Stary). Gustin no se atreve a definir sobre una independencia de los tipos a cada lado del Adriático o la prioridad de Iliria. Ambos grupos de piezas se fechan en la primera mitad del s. VII a.C. Llega incluso a proponer que la prioridad temporal

194. P. Bosch Gimpera, *op. cit.* nota 6, p. 208: «Además, casi al mismo tiempo que comienza la falcata en Grecia, se conoce ya a lo largo de la costa del otro lado del Adriático, y entre ambos países está el hallazgo de Dodona, que contribuye a hacer verosímil el origen central.»

195. Nieto Gallo, *op. cit.* nota 35, p. 101. Aunque de manera confusa, el autor propone el origen evolucionando desde el Bronce Final, pero no en la zona Adriática, sino en Tracia, para luego proponer un sistema engarzado con la teoría helenizante tradicional que no satisface a ninguno de los dos grupos, con un recorrido del tipo por Anatolia->Jonia->Grecia->Etruria.

196. M. Gustin, «Mahaire. Doprinost k povezavam Pieena, Slovenije in Srednjega Podonavja v 7. stol. pr. n. st.», *Situla*, 14-15, 1974, pp. 79-94 (con resumen en alemán).

197. Brizio, *op. cit.* nota 136.

198. Stary, *op. cit.* nota 137, Karte 21 y p. 447.

corresponda al Piceno, aunque a la vez cita como posible fuente de influencia la invasión—no incursión— de grupos procedentes de Oltenia, más al Este aún.

— Variante Smihel, tipo más alargado y estilizado que el anterior aunque con su misma forma general. No hay contextos cerrados para datarla, pero Gustin la supone —creemos que acertadamente— un desarrollo de la variante Trzisce-Donja Dolina en época de Hallstat final —comienzos de La Tène [esto sería en torno al 500, fecha en la que el otro gran grupo de «falcatas» (lo que venimos llamando *kopis*) ya existiría, n. autor].

b) Grupo de espadas tipo «falcata», que correspondería ya al período de La Tène según Gustin, aunque ya hemos visto que se da en momentos que corresponderían a un período cronológico anterior. Lo notable es que efectivamente aparezcan en esta zona armas comparables a las itálicas o griegas, pero de aspecto mucho menos desarrollado (¿o quizá versiones toscas de originales ajenos?).

Teniendo en mente esta clasificación vamos en primer lugar a realizar un catálogo de las armas identificables con la «falcata» en la costa adriática de los Balcanes, y luego trataremos de determinar si el origen de las mismas puede hallarse en otros tipos de un sólo filo que lleguen hasta las espadas de los tipos Besarabi y Donja-Dolina del s. VII a.C.

Por lo que se refiere al catálogo de *kopides-machairas-falcatas*, contamos como base con el mapa 29 de un trabajo más reciente de Gustin<sup>199</sup>, quien mantiene su opinión de que las «falcatas» son ya de época de La Tène, teniendo su distribución centro en Iliria desde el s. V y hasta época romana<sup>200</sup>. Esta dispersión es similar a la de los tipos más antiguos de la clasificación de Gustin de 1974, porque los tipos de un filo se hacen más raros hacia el interior de los Balcanes, hacia Tracia<sup>201</sup>. A la vista de esta distribución, y si recordamos la distribución de espadas en el Piceno, lo primero que llama la atención es que el área de distribución de las espadas de un sólo filo con el dorso acodado, la de las espadas de un solo filo de dorso recto y empuñadura de espiga simple y las de dorso recto con empuñadura curvada (tipo «falcata o *kopis*») coinciden notablemente. Sin embargo, para poder hablar de relación genética de un tipo sobre los otros es preciso tratar de afinar la cronología de las variantes de tipo *kopis*, para ver si es anterior a la de otras áreas y si enlaza con los supuestos antecedentes.

A continuación recogemos las *machairas* de tipo *kopis* que hemos podido localizar, ordenadas aproximadamente de Norte a Sur (cuando sólo se hace referencia a Gustin se debe a que no hemos podido localizar la referencia primaria). Los números entre paréntesis son los de la Figura 14.

199. M. Gustin, «Die kelten in Jugoslawien. Ubersicht über der archäologische Fundgut.», *Jahrbuch der Römisch-Germanischen Zentralmuseun Mainz*, 31, 1984, pp. 305-363. El mapa 29 recoge los datos de un trabajo de Parovik—pesikan que no hemos podido consultar.

200. *Ibidem*, p. 346.

201. Según R. Vulpe, *L'age du Fer dans les régions thraces de la Péninsule Balcanique*, París, 1930, p. 40.



1 (43). Sanski Most<sup>202</sup>. Figura 25.6 Empuñadura claramente de tipo *kopis*, curvada, con parte de la hoja. Sep. 50, donde se asocia, además de una lanza muy larga, a fibulas de tipo Certosa y primitivas de la Tène. La fecha no debe ir más arriba del 450 a.C., y posiblemente deba ser más próxima a principios del s. IV, a comienzos de la fase IIIa del cercano yacimiento de Donja Dolina<sup>203</sup>, u horizonte IV según Vasic<sup>204</sup>.

2 (44). Sanski Most<sup>205</sup> *kopis* de hierro con empuñadura bastante completa. Figura 14.1.

3 (45). Carakovo.<sup>296</sup> Sin datos.

4 (46). Donja Dolina<sup>207</sup>. Fase IIc. c. 425-300 a.C. Figura 25.2.

5 (47). Donja Dolina<sup>208</sup>. Fase IIc, c. 425-300 a.C. Figura 25.3.

6 (48). Glamoc<sup>209</sup>.

7 (49). Gorica<sup>210</sup>.

8 (50). Strpci<sup>211</sup>.

9 (51). Majur<sup>212</sup>.

10 (52). Comarca de Zajecar<sup>213</sup>.

11 (53). Donja Toponica<sup>214</sup> Sep. 1. Figura 25.2 Fechada por Vasic en el horizonte IV, desde mediados del s. V hasta el 300, sin más precisiones. Trbuhovic, que no parece haber dispuesto de una traducción correcta, anota que M.E. Cabré propone el origen andaluz de la falcata, y que lo fecha a fines del s. VI a.C.<sup>215</sup> y también sostiene que las puntas de «tipo Alcacer do Sal» no son otra cosa que puntas de *sarissa* (lo que es descabellado). A partir de aquí, y utilizando una referencia de Diodoro XV.13 según la cual el tirano Dionisio de Siracusa envió armas a los Ilirios, Trbuhovic se plantea si estas armas no serían falcatas compradas por Dionisio en Tarraco u otras colonias griegas de Iberia (sic), y si por tanto las *machairas* de Donja Toponica no serán en realidad falcatas ibéricas. No deja de ser irónico que, tras recorrer el Mediterráneo y acabar en Iliria-Dalmacia buscando el origen de la falcata, el investigador local pretenda remitirnos de nuevo a la vieja Iberia, cerrando un círculo vicioso. Aunque por supuesto esta hipóte-

202. F. Fiala, «Das Flachgräberfeld und die prähistorische Ansiedlung in Sanskimost», *Wissenschaftliche Mitteilungen aus Bosnien und der Hercegovina* 6, 1899, p. 80, Fig. 66.

203. Ver Z. Maric, «Donja Dolina», *Glasnik Ze Zemaljskog Muzeja u Sarajevu*. XIX, 1964, p. 74.

204. R. Vasic, «The Chronology of the Early Iron Age in Serbia», *B.A.R. Supplementary Series*, 31, 1977, especialmente pp. 28-29.

205. Fiala, *op. cit.* nota 202, p. 110, Fig. 75.

206. En Gustin *op. cit.* n. 199, karte 29.10

207. Maric, *op. cit.* nota 203, Tabla XV.30

208. *Ibidem*, Tabla XV.31

209. En Gustin, *op. cit.* nota 199, karte 29.13.

210. *Ibidem*, 29.14.

211. *Ibidem*, 29.19.

212. *Ibidem*, 29.20.

213. *Ibidem*, 29.23.

214. C. Trbuhovic, *Donja Toponica. Dardanska i sloveske nekropole*, Propkuplje-Beograd, 1970 (resumen en Inglés), p. 69.1.

También R. Vasic, *op. cit.* n. 204, Lám.- 56.4.

215. Trbuhovic, *op. cit.* nota 214, p. 104.

sis no se sostiene por numerosas razones, no deja de ser inquietante el que, de todas las *machairas* griegas, etruscas, corsas, picenas y balcánicas que hemos visto, este ejemplar es el único que se parece sospechosamente a una falcata, hasta el punto de que ni por forma ni por tamaño llamaría la atención en España.

12 (54). Donja Toponica<sup>216</sup> figura 25.3.

13 (55). Zdanec<sup>217</sup>

14 (56). Radanje<sup>218</sup>

15 (57). Crkviste-Beranci<sup>219</sup>

16 (60). Borova<sup>220</sup>. Sepultura en la que un *kopis* claro se asocia a un casco ilirio. Fechada afines del s. VII—principios del VI a.C. (Fig. 27).

El autor del mapa de distribución publicado por Gustin, M. Parovic-Pesikan, sobre el que hemos basado nuestro catálogo, publicó en 1964 un trabajo sobre las relaciones entre ilirios y griegos<sup>221</sup> en el que defendía que el origen del *kopis* es griego, en un momento anterior a las primeras colonias griegas. Sin embargo ya hemos visto que ni la distribución ni la cronología de las espadas griegas de un filo permite aceptar tal posibilidad. En efecto, si recordamos la cronología y distribución de las *machairas* griegas, vemos que ésta es septentrional, en la zona de Epiro-Tesalia-Macedonia sobre todo, aunque eso sí, las fechas asignadas son ligeramente más antiguas que la de las armas que estamos viendo, cuyas dataciones no pueden remontarse más allá de finales del s. VI a.C. en ningún caso, lo que las pone en situación de igualdad con las griegas y con las picenas.

Ahora bien, en casi todos los yacimientos balcánicos que hemos venido citando hay una larga tradición de armas de hierro de un sólo filo que se remonta a fines del s. IX<sup>222</sup>, y que a su vez deriva de cuchillos del Bronce Final. Esta línea marca una cadena continuada que parte de largos cuchillos de un filo y hoja curvada, con empuñadura de espiga para cachas de madera, y continúa en una tradición quizá dividida en tres ramas: las hojas en codo tipo Besarabi de maciza empuñadura rematada en una T, las piezas tipo Trzisce-Donja Dolina (Fig. 26.4,5,6), también en codo pero de empuñadura con

216. *Ibidem*, p. 69.2 y Lám. 56.6 respectivamente.

217. Gustin, *op. cit.* nota 199, karte 29.27; Vasic, *op. cit.* nota 204, p. 29.

218. *Ibidem*, 29.28.

219. *Ibidem*, 29.32.

220. *Albanien. Schätze aus dem land der Skiptaren*, Mainz, 1988, p. 220. Pieza hallada en tumba fechable a fines del s. VII—ppios del VI. Borova. Mus. de Kolonja, HM 11593; Hierro. Tipo muy antiguo y parecido al posterior *kopis*. Sureste de la Albania actual (zona del Devoll).

221. M. Parovic-Pesikan «Les Illyriens au contact des Grecs», *Archaeologia Jugoslavia*, V, 1964, pp. 61-82. Discute Parovic-Pesikan un trabajo previo de A. Cermanovic («Grčki tip krivog maca u nasoj zemlji», en *Vesnik Vojnoj Muzeja JNA*, 4, 1957, pp. 74-82). Ambos coinciden en que la *machaira* llega de Grecia (p. 79). Cermanovic se equivoca (piensa Parovic-Pesikan) al creer que la falcata es una modificación de la *machaira* griega conocida a través de las colonias griegas del Adriático, no antes del s. IV. Parovic cree que llega de Grecia, pero mucho antes, porque C. no tiene en cuenta los estrechos lazos entre griegos e ilirios en época precolotial.

222. Benac, A.; Covic., B. *Glasinac II. Eisenzeit*, 1957, tabla-resumen final. También C. Trukhelka, «Hügelgräber und Ringwälle auf der Hochbene Glasinac»; *Wissenschaftliche Mitteilungen aus Bosnien und der Hercegovina* 1, 1893, en especial pp. 74 ss.

espiga y cachas de madera, y piezas de dorso recto en las que se va desarrollando la empuñadura. A nuestro modo de ver, y por la necesidad táctica de aumentar la longitud de las espadas, de la variante acodada Trzisce-Donja Dolina surgiría a finales del Hallstatt la variante Smihel de Gustin (Fig. 26.9), más alargada y estilizada<sup>223</sup>; y de la de dorso recto otras dos variantes, una de sencilla y poco desarrollada empuñadura (Figs. 26.1, 2, 3), con los característicos ejemplares de Jezerine<sup>224</sup> y Sanski Most<sup>225</sup>, y por fin el tipo de *kopis* con empuñadura curvada<sup>226</sup> (Fig. 25), ambos formados a partir de la segunda mitad del s. VI a.C. Una primera visión de cómo concebimos la evolución de los tipos se resume en la Figura 29.

Mientras que en la parte norte de la región (tierras de Istrios y Japodes) parecen predominar los dorsos acodados y en especial la variante Besarabi, los dorsos rectos parecen predominar algo más al Sur, a partir de la zona de Donja Dolina y hasta Macedonia, y los *kopides* posteriores desde luego lo hacen. Es posible –pero improbable a nuestro juicio– que la *machaira* se originara en la zona del Piceno o Etruria; es también posible (pero improbable) que lo hiciera en la zona septentrional de la vertiente adriática de los Balcanes. A nuestro modo de ver, si es que hay que buscar un núcleo inicial y no pensar en una interacción de todo el área adriática a lo largo del siglo VII a.C., ese núcleo estaría más al Sur, en la zona del Sur de Albania y Norte de Grecia, en la zona donde, como vimos al hablar de Grecia, Snodgrass encontraba precedentes en Halos (Fig. 14.a) y en Chauchitza (Fig. 14.b), yacimientos a los que podemos añadir ahora el de Vitsa (Fig. 14.d), donde en el s. VIII hay 9 espadas de hierro de un filo sobre un total de 12 espadas<sup>227</sup>, y también el de Kuc i Zi<sup>228</sup>, en el Sur de la actual Albania (Fig. 14.e), casi lindando con Epiro, donde en una sepultura fechada recientemente en el s. VIII-VII a.C. aparece un arma de gran tamaño que a juzgar por el dibujo, si no es un *kopis* con la empuñadura rota, está en el camino de serlo<sup>229</sup>.

Como ya hemos indicado antes, autores como Lollini<sup>230</sup>, Gustin<sup>231</sup>, y otros insisten en la importancia de los contactos, principalmente marítimos, entre Ilirios y Pínicos

223. Ver el proceso en Donja Dolina, *op. cit.* nota 203, Tabla XXV y tablas I-XIV, desde los cortos cuchillos de la fase Ia hasta la fase IIc (c. 400 a.C.). Ver también C. Truhelka, «Donja Dolina», *Wissenschaftliche Mitteilungen aus Bosnien und der Herzegovina*, IX, 1904, Lám. XLV.13; L.3; LXIII.7 y LXXIII.4. La mayoría de estas piezas es de la fase IIb. Para los escasos ejemplares de la variante Smihel ver Gustin *op. cit.* nota 196, y quizá otro ejemplar en Sanskimost, Fiala, *op. cit.* nota 202, p. 99, Fig. 140, de más de 60 cm de longitud.

224. W. Radimsky, «Die Nekropole von Jezerine in Priota bei Bihac», *W.M.B.H.*, 3, 1895, por ejemplo Figs. 151, 468, 274. Algunos doblados al enterrarlos.

225. Fiala, *op. cit.* nota 202, Figs. 20, (sep. 14); 48 (Sep. 45); 51 (sep. 49); 78 (Sep. 82), etc.

226. Que aparece en Donja Dolina en la Fase IIc, al tiempo que largas espadas de dorso acodado, y en Sanskimost junto con espadas de dorso recto pero empuñadura más simple.

227. J. Vokotopoulou, «Les Armes en Fer de Vitsa. Rapports et divergences avec la région illyrienne», *Iliria*, XV, 1985.2, pp. 195-201.

228. Z. Andrea, «Les tumuli de Kuc i zi», *Iliria*, VI, 1975, resumen en francés.

229. Sep. 9. Longitud 57 cm. En pág. 210 se considera la Sep. 9 como una de las más antiguas, correspondiendo a Glasiguac IVb y al Horizonte I de Vasic. Por lo demás, el artículo resalta la similitud general de los hallazgos más con la zona de Iliria meridional, Epiro, Macedonia y Tesalia que con Iliria del Norte, lo que coincide con nuestra propia opinión referida a las espadas (p. 213).

230. Lollini, *op. cit.* nota 147, p. 150.

231. Gustin, *op. cit.* nota 196, p. 93.

desde el s. VIII a.C., atestiguados por muchos tipos de objetos, no solo espadas, sino agujas y fíbulas e incluso tipos de casco originalmente griegos, modificados en Yugoslavia y luego transmitidos a Italia<sup>232</sup>. Si el origen preciso está en el Sur de Iliria, en el Norte o en Piceno está todavía por definir, pero creemos que está claro que no es griego en el sentido más estricto de la palabra. Sólo así entendemos la actitud de los griegos del Sur hacia la *machaira* de sus turbulentos vecinos del norte, la distribución septentrional de las *kopides* de contexto griego, y la aparición de este tipo casi a la vez en Piceno, Norte de Grecia y quizá incluso al otro lado de los Dardanelos (Beyrakli). En cualquier caso, la cuestión dista de quedar cerrada, porque si los propios arqueólogos locales tienden a mostrarse indecisos sobre el lugar de aparición del *kopis*, apuntando hacia el Sur pero a menudo sin precisar cuánto al Sur<sup>233</sup>, hay todavía lugar para sorpresas, sobre todo en las distribuciones de hallazgos griegos y en la cronología de los ilirios.

### 8.b. Tracia y Escitia

En cuanto a los Escitas, ya hemos visto al hablar de Persia y Oriente que la espada tipo falcata es recibida en torno al s. IV, mientras que los tipos de los siglos VI-V son de hoja recta de dos filos. No creemos por tanto que sea ésta la dirección para buscar un origen para este tipo de espada, sino un foco de recepción como al otro extremo del Mediterráneo lo serán los ibéricos.

En cuanto a Tracia y Geto-Tracia tampoco parece que tenga sentido buscar el origen en esa zona. Los ejemplares que conocemos son escasos y de momentos algo más avanzados: mediados del s. V para la espléndida pieza, decorada con marfil en la empuñadura, de Golemata Mogila (Fig. 28) en el Sur de la actual Bulgaria (Fig. 14.58) (Tracia)<sup>234</sup>, posiblemente procedente de Grecia, y otra de Baschova Mogila (Fig. 14.59) para la que no tenemos cronología precisa. Puede que tampoco sea casualidad que el ánfora-riton de oro de Panagurischte, que ya hemos estudiado, y datable a finales del s. IV, aparezca en esta zona, con toda probabilidad procedente de Lámpsaco.

Ya en épocas posteriores conocemos armas de un filo en Zimnicea<sup>235</sup>, más al Norte, junto al Danubio, pero ni morfológicamente se parecen al *kopis*, sino a la variante con empuñadura de espiga simple no curvada para formar la guarda, ni cronológicamente deben entrar en nuestro estudio sobre el origen, porque son posteriores, de entre los siglos IV al II a.C.

232. Stary, *op. cit.* nota 165, p. 196.

233. Vasic, *op. cit.* nota 204, p. 29.

234. B.D. Filow, *Die Grabhügelnekropole bei Duvalinj in Südbulgarien*, Sofia, 1934, pp. 98 ss.

235. Ver A.D. Alexandrescu, «La Nécropole Gète de Zimnicea», *Dacia*, XXIV, 1980, p. 21, p. 53 y Fig. 60.2.

## 9. Conclusión. Una nueva hipótesis

De todo lo que venimos diciendo en este artículo podemos concluir (Fig. 30).

a) El arma de guerra que en España llamamos *falcata* y que los griegos conocieron como *kopis* y también como *machaira* (aunque ambos términos, especialmente el segundo, mueven a confusión al tener muchas acepciones) no entra en el mundo mediterráneo desde Oriente a través de los persas en torno a principios del s. V como pensó Sandars, y probablemente no tiene origen oriental en absoluto.

b) Sólo el motivo de la guarda transformada en cabeza de ave puede proceder del Próximo Oriente a través de Jonia (Fig. 30).

c) El origen último estaría en los cuchillos curvos de la Edad del Bronce, pero el parentesco es tan remoto que no debe sacarse conclusión de influencia cultural alguna. La idea del útil de un sólo filo, e incluso la del arma, se extiende por todo el globo terráqueo. Lo que ahora buscamos es el origen de un tipo concreto de arma de guerra y no un cuchillo ni una idea general de sable.

d) El origen del tipo está casi con seguridad en el mundo ribereño del Adriático, probablemente en la costa balcánica más que en la itálica y posiblemente en la zona de Epiro-Tesalia-Iliria.

e) En torno a fines del s. VIII –y con seguridad desde principios del VII– existe en ambas costas del Adriático septentrional un grupo de armas de hierro de un solo filo, que puede dividirse en dos grandes categorías: espadas de dorso acodado y espadas de dorso recto. Aunque las primeras pudieran anteceder ligeramente a las segundas, hacia mediados de siglo ambos tipos coexisten (Figs. 17 y 18).

f) Quizá –sólo como posibilidad– el núcleo de origen del *kopis* está en el que hoy es Sur de Albania y Norte de Grecia (Vitsa, Kuc i Zi) a lo largo del s. VII.

g) A mediados del s. VI el *kopis* aparece en Piceno como largo sable de caballería de un filo, y en versiones más cortas se extiende por Iliria, con un mayor peso en la zona Sur. También aparecen ejemplares sueltos en Asia Menor (pieza de Beyrakli, cuya cronología nos resulta sospechosamente antigua) y N. de Grecia.

h) El *kopis* no es un arma nacional griega, y esto se refleja en la pintura cerámica y en artes menores, donde se representa sobre todo como arma de personajes que simbolizan lo bárbaro, sean persas, amazonas o gigantes. Si bien es cierto que la inexistencia de armas en sepulturas griegas nos impide conocer tantos ejemplares como en otras zonas, la escasez del tipo en comparación con otras armas –espadas rectas, escudos, cascos– confirma la idea de que, aunque conocida, la *machaira* es ajena a lo griego. Todavía en el s. IV es necesario que militares como Jenofonte recomienden su uso como arma de caballería.

i) En Grecia el *kopis* tiene connotaciones ajenas a su uso de guerra, concretamente como arma bárbara por un lado, símbolo a veces de lucha sin cuartel o de mantanza; por otro es posible que tenga connotaciones relacionadas con ritos sacrificiales, a causa de su similitud formal –hay homonimia incluso– con el cuchillo del sacrificador.

Si esa carga simbólica (que en el caso itálico pudo ser sustituida por una de prestigio como arma de aristócrata a caballo) pudo tener algo que ver en su rápida conversión como arma nacional ibérica es materia de especulación.

j) También hacia mediados del s. VI el *kopis* aparece en Etruria, manteniendo su gran longitud. Con toda probabilidad llega del Piceno, donde el número de ejemplares conocidos es mucho mayor. Aunque en el Lacio hay un tipo de grandes cuchillos que sería un buen candidato a precedente del *kopis*, hoy por hoy esa hipótesis se sostiene peor que la que estamos presentando.

k) En la primera mitad del s. V el *kopis* llega a Córcega, procedente de Italia y con seguridad no de España como quisieron los excavadores de Aleria.

l) Durante la primera mitad del s. V a. de C. o quizá algo antes llegan algunas armas itálicas a Iberia (pieza procedente de Elche en el MAN de Madrid) y en torno a esa fecha es adoptada por los iberos que la transforman (Porcuna).

m) La vía de transmisión del *kopis* a Iberia no son los colonos griegos (si así fuera debiera haber abundancia de falcatas en Cataluña; el *kopis* tampoco es arma griega). Probablemente los mercenarios ibéricos conocieron el arma en las guerras de Sicilia desde principios del s. V a.C., en un mundo complejo donde se mezcla lo púnico, lo griego y lo Itálico. Es imposible señalar pues un responsable directo, pero si lo hubo debieron ser los etruscos y no los griegos, o quizá —tiende a desdeñarse esta posibilidad pero quizá sea la más atinada— los intermediarios fueron los púnicos.

n) Tampoco llega a través de los colonos griegos de Alalia, que tras la batalla de c. 540, cuando todavía el arma apenas si es conocida en Grecia e Italia, emigraron a Velia y no a unas fantasmagóricas colonias griegas en la costa alicantina que con toda probabilidad no eran sino asentamientos ibéricos escenarios de frecuentes recaladas de barcos griegos.

o) Los ibéricos transforman la falcata adecuándola a sus necesidades: la acortan, convirtiéndola en un arma útil para infantes; mejoran las cualidades de ligereza y resistencia de la hoja, eliminando el nervio dorsal y aumentando sus acanaladuras.; la dotan de un filo dorsal, dotándola de capacidad punzante y por tanto haciéndola adecuada para un combate denso cuerpo a cuerpo, incluso en formación dado su reducido tamaño. Es sorprendente que los iberos sometan el *kopis* a tantas transformaciones para hacerla útil cuando ya disponían de modelos adecuados previamente al conocimiento de éste arma, pues una espada de doble filo y una longitud de hoja de 50 cm, ejerce con facilidad las mismas funciones que la falcata «reformada». Es pues posible que otras razones además de las estrictamente funcionales determinaran la adopción de este tipo de arma.

p) En torno al s. IV, mientras la falcata se convierte en el arma nacional de los iberos, tiende a desaparecer en Italia. En Grecia los escasos ejemplares conocidos del período se concentran en Epiro, y las representaciones en Macedonia y Asia Menor. El tipo de arma, ya conocido en Tracia desde el s. V, llega a Escitia donde tiene algún éxito.

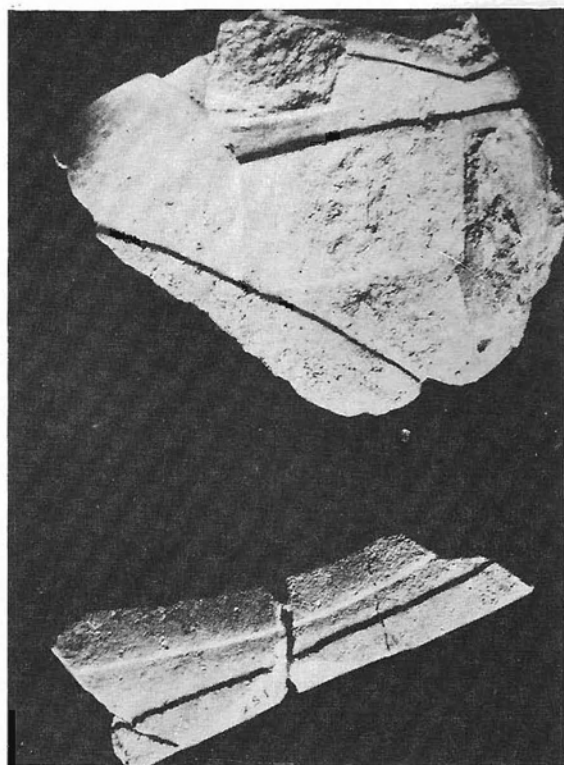
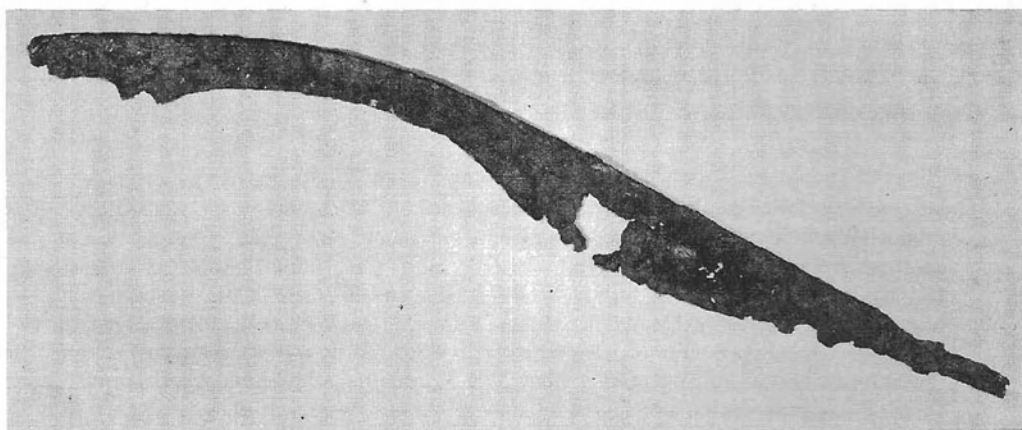
Todas estas consideraciones tienen grados distintos de probabilidad, pero en realidad, y desde el punto de vista de la Arqueología española, lo más importante es que

debe dejar de adscribirse a influjo griego la adopción de un arma que es tan ajena a los griegos como a los itálicos. Desde un punto de vista general, parece seguro que las armas corsas llegan desde Etruria, probable que las Etruscas del Piceno, y posible que el origen último esté en Iliria —extremo norte de Grecia<sup>236</sup>.

(\*) Este artículo, gestado a lo largo de un período dilatado, no podría haberse llevado a cabo sin las ayudas a la Investigación concedidas por el Min. de E. y Ciencia para viajes al Extranjero, y de la misma forma debe mucho a una larga serie de personas e instituciones de varios países, a quienes queremos agradecer su amabilidad y ayuda: Prof. B.W. Cunliffe, del Institute of Archaeology, Universidad de Oxford, Mrs. H. Mowat, del Pitt-Rivers Museum, Oxford; Dr. Needham, del British Museum; Dr. F. Buranelli, del Museo Gregoriano Etrusco (Museos Vaticanos); Dr. Arnau Puig, Director de la Escuela Española de Historia y Arqueología del CSIC en Roma, Dra. P. Pelagatti y personal del Museo Nacional etrusco de Villa Giulia, Roma; Dra. Mangani del Museo Luigi Pigorini de Prehistoria Lacial, Roma; personal de la biblioteca del Instituto Arqueológico Germánico, Roma; D. Dimitris Plantzos, Dña. Alicia Rodero, Conservadora de la Sección de Cultura Ibérica y Colonizaciones del M.A.N. de Madrid; Prof. Dr. D. Manuel Bendala Galán; Dr. D. Iván Negueruela Martínez.

---

236. Entregado este trabajo (Mayo 1990) hemos conocido, por intermedio de la Dra. Lucas Pellicer, parte de un manuscrito en prensa de D. W. Kurtz sobre el mismo tema. Nos alegramos de comprobar que, aunque con fuentes distintas, y aunque se mantengan algunas interpretaciones parciales distintas, en lo esencial las conclusiones de Kurtz coinciden con las nuestras. Agradecemos a ambos investigadores habernos dado a conocer este trabajo antes de su publicación.



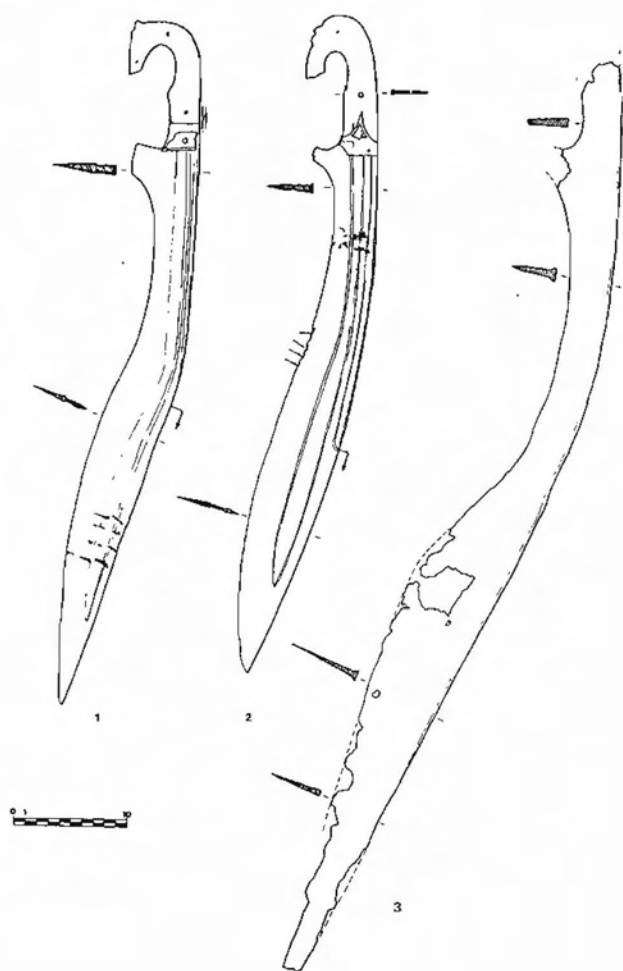
**Figura 1**

*Kopis* etrusco-itálico conservado en el M.A.N. de Madrid. Procede de Elche (Alicante).

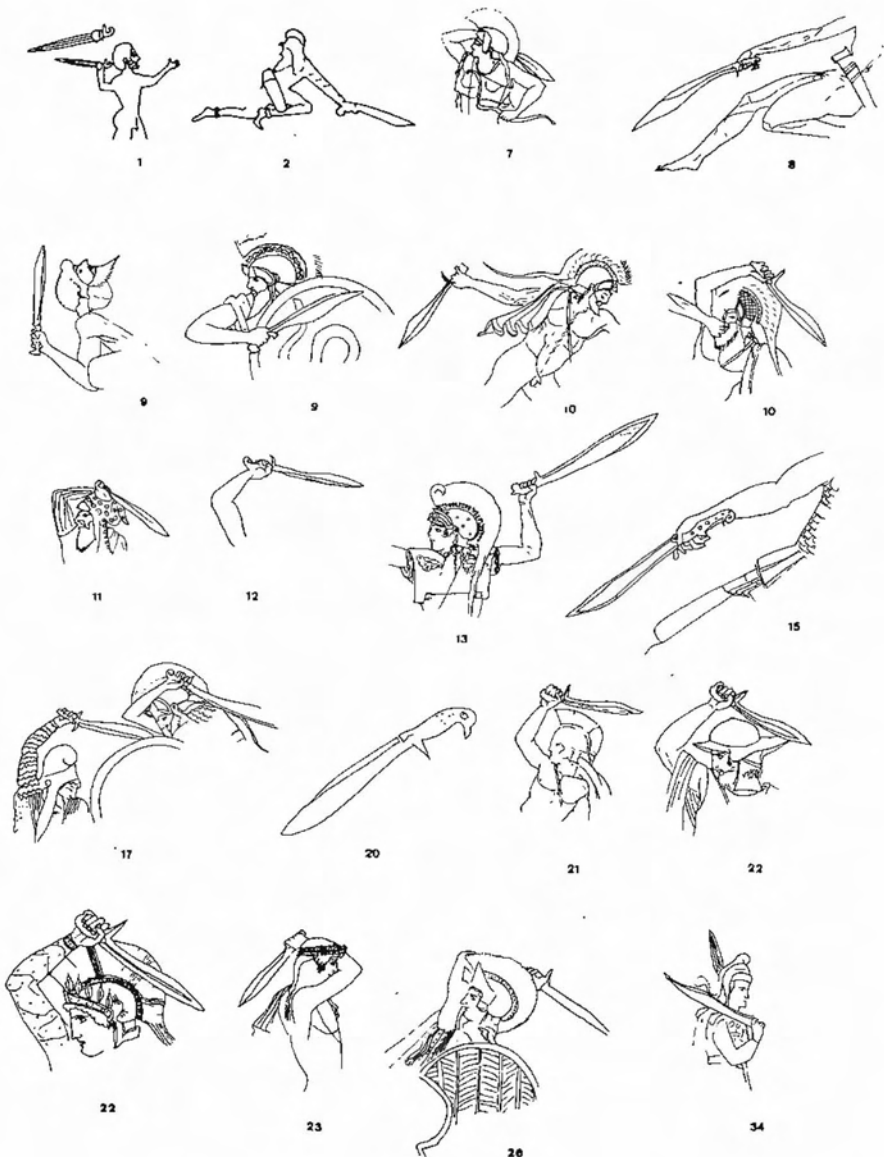
**Figura 2**

Fragmento de falcata del conjunto de Porcuna.



**Figura 3**

Falcatas procedentes de la P. Ibérica. 1: British Museum, 90.9-10.2. Col. A.W. Franks Esp.; procedente de España. Doblada en origen. 2: Pitt Rivers Museum, Oxford. P.R. IV.58. Acc. N. 1884.24.124. Procede de Almedinilla. 3: Machaira etrusco itálica procedente de Elche (o quizá de Toya). M.A.N. Madrid, 1986/149/188. Inédita.



**Figura 4**

Representaciones de *kopides* en cerámica griega. Los números corresponden a los del catálogo.



**Figura 5**

Gigante derribado por Artemis (Cat. Núm. 20).

**Figura 6**

Amazona herida que deja caer una *machaira* (Cat. Núm. 20)



**Figura 7**

*Machaira* como utensilio doméstico. (Cat. Núm. 35).



**Figura 8**

Relieve del mausoleo de Halicarnaso (British Museum). Cat. núm. 43.



**Figura 9**

Relieve del Mausoleo de Halicarnaso (British Museum). Cat. núm. 44

**Figura 10**

Relieve del monumento de las Arpías de Xanthos (British Museum). Cat núm. 47



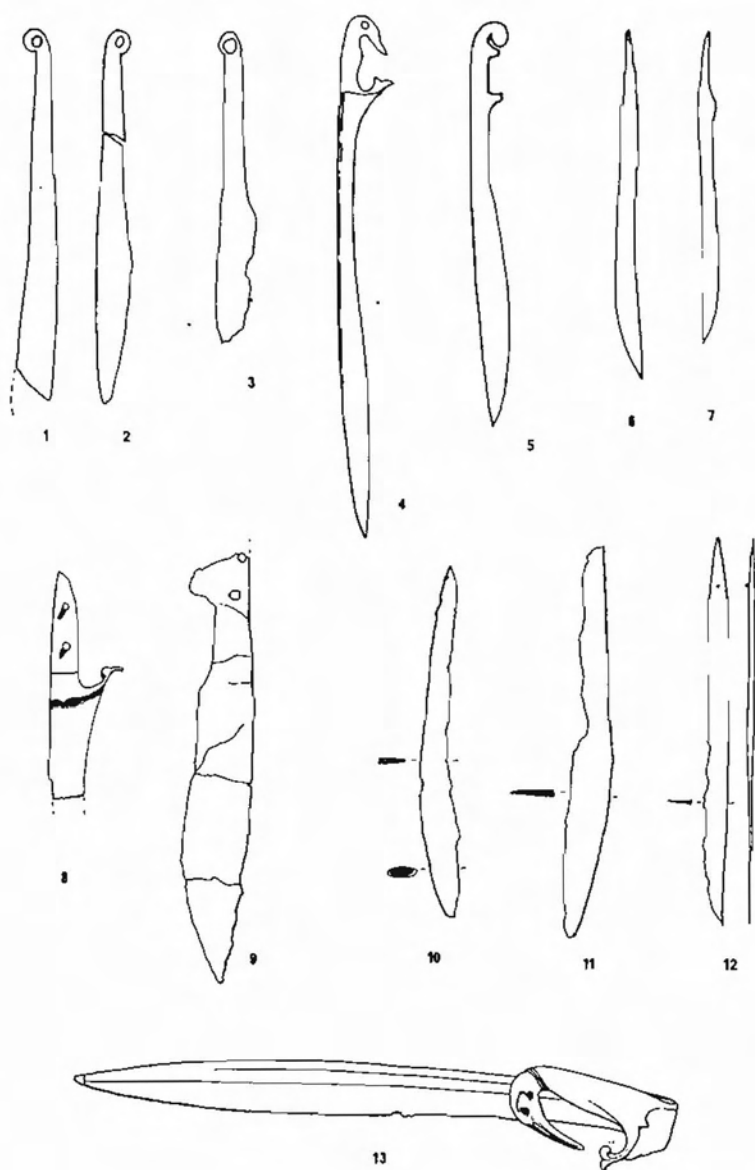
COMBATE					SENTIDO SACRIFICIAL	HERCULES	CAZA	USO DOMESTICO
AMAZONAS	GIGANTES	PERSAS	TROYANOS	GRIEGOS				
7	12	2	8	17 (contra persas)	23 (Apolo/Trios)	1 (león)	24 (dúdosa)	3 (atún)
18	21	11	9	9 (contra troyanos)	33 (Marsias)		45 (león)	4 (carne)
19	39	16	15	15 (contra troyanos)	46 (Muerte Neoptólemo)			5 (carne)
20	40	17		10 (contra centauros)	46 (Muerte Neoptólemo)			35 (atún)
20		27		10 (contra centauros)	47 (Xantios)			36 (carne)
22		34		14 (contra centauros)				
25		42		6 (contra amazonas)				
26				22 (contra amazonas)				
30				29 (contra amazonas)				
31				36 (contra amazonas)				
				37 (contra amazonas)				
				32 (sin datos)				
				28 (es un tesalio ?)				
				38 (combate heroico)				
				41 (contra tracio)				
				43 (contra amazona)				
				44 (contra amazona)				
10 (26,2%)	4 (4,8%)	7 (14,3%)	3 (6,1%)	17 (34,7%)	5 (10,2%)	1 (2,0%)	2 (4,1%)	5
24 (49,0%)				17 (34,7%)				

**Figura 11**

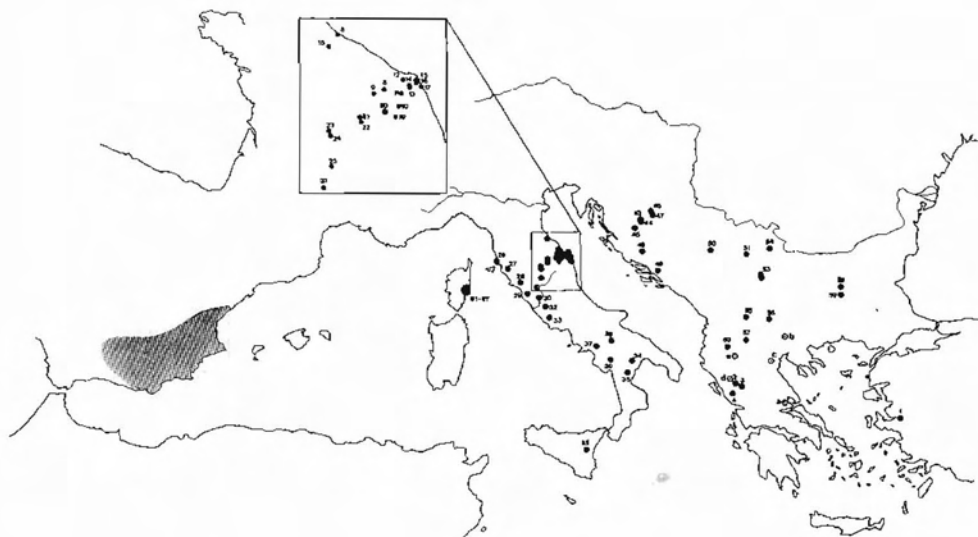
Representaciones de *kopides* en el ánfora-ritón de oro de Panagyurishte, en Bulgaria. Cat. núm. 46

**Figura 12**

Cuadro-resumen de la utilización de *machairas* en iconografía griega. Los números responden al catálogo. De los porcentajes se han excluido los casos en que la *machaira* es un útil doméstico.

**Figura 13**

Armas griegas de un solo filo. 1 y 2: Micenas, Círculo A. 3: Olinto, cuchillo. 4: Prodrromi. 5: Beyrakli. 6 y 7: Halos. 8 y 13: Dodona. 9: Olinto. 10, 11 y 12: Vergina. Según diversos autores (ver catálogo).



**Figura 14**

14. Mapa de distribución de *kopides* en el Mediterráneo. En recuadro, zona del Piceno. El área tramada en la P. Ibérica corresponde a la de mayor concentración de falcatas.

**Figura 15**

Relieves de terracota del «palacio» etrusco de Murlo (Poggio Civitate).



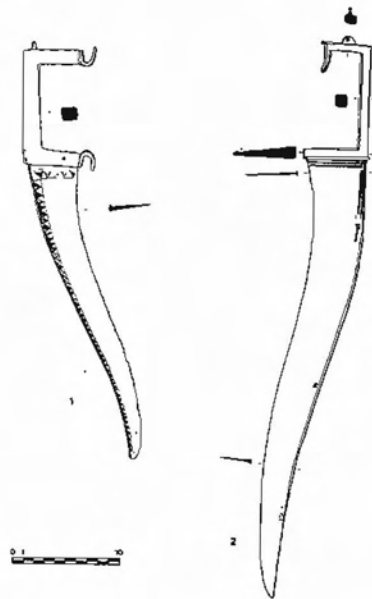
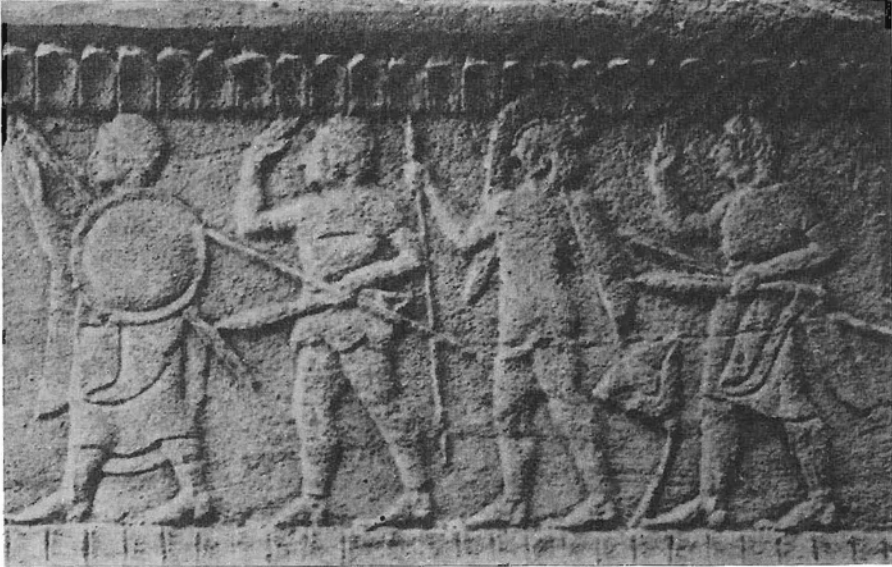


**Figura 16**

Detalle de la Estela de Aulo Tito.

**Figura 17**

Sarcófago de la necrópolis de Sperandio. Según Jannot.

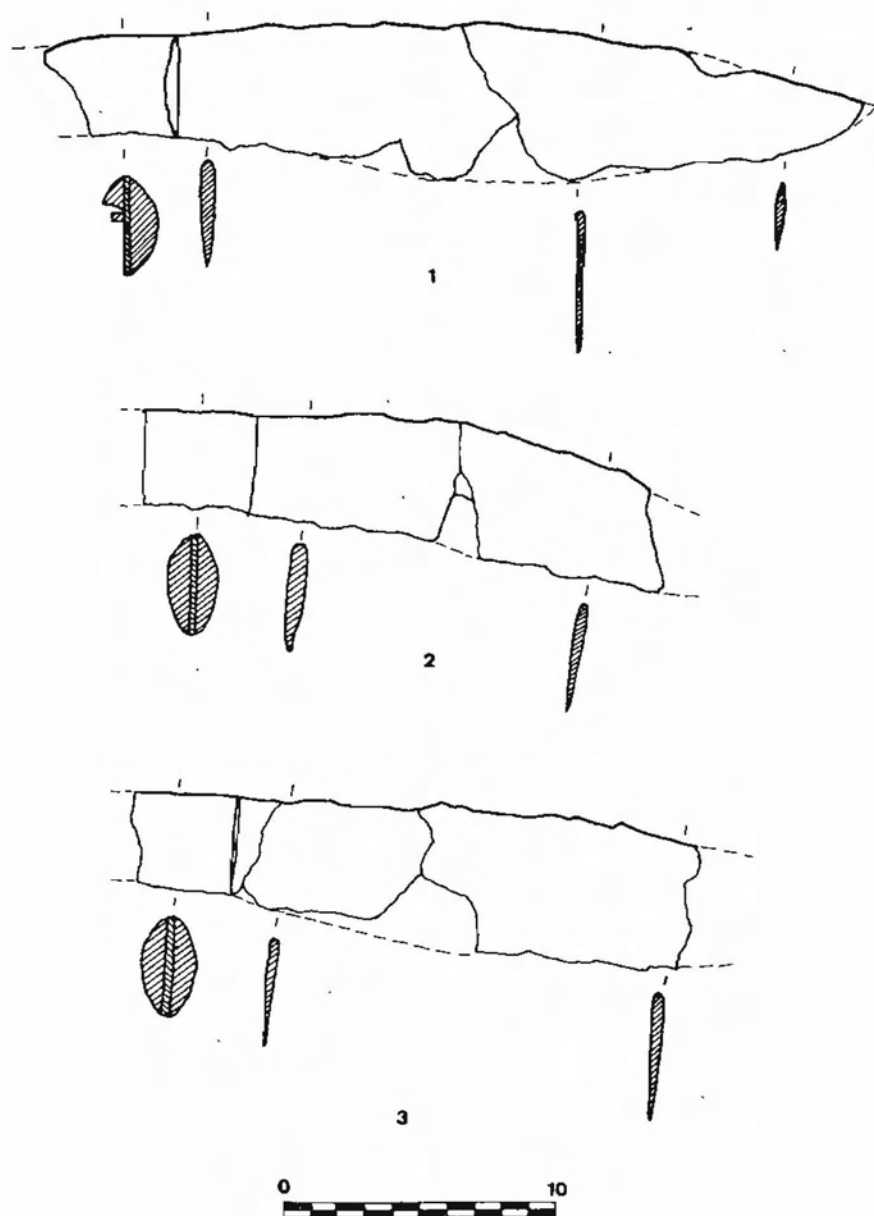


**Figura 18**

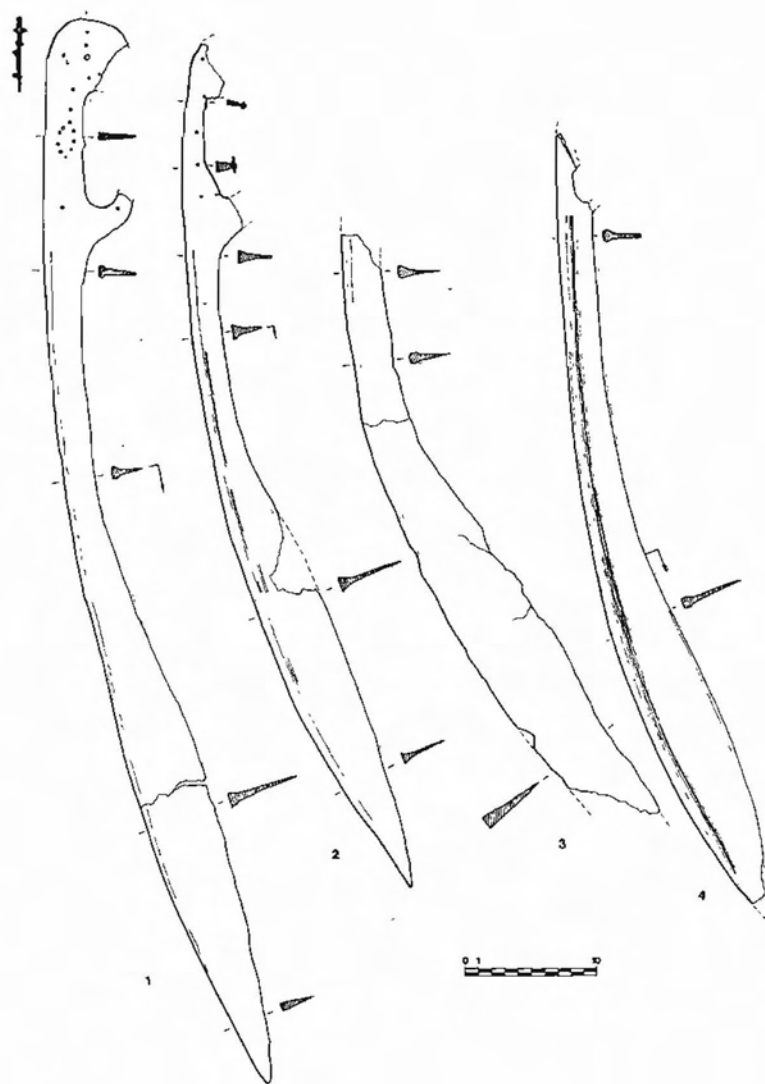
Relieve arcaico de Chiusi. British Museum.

**Figura 19**

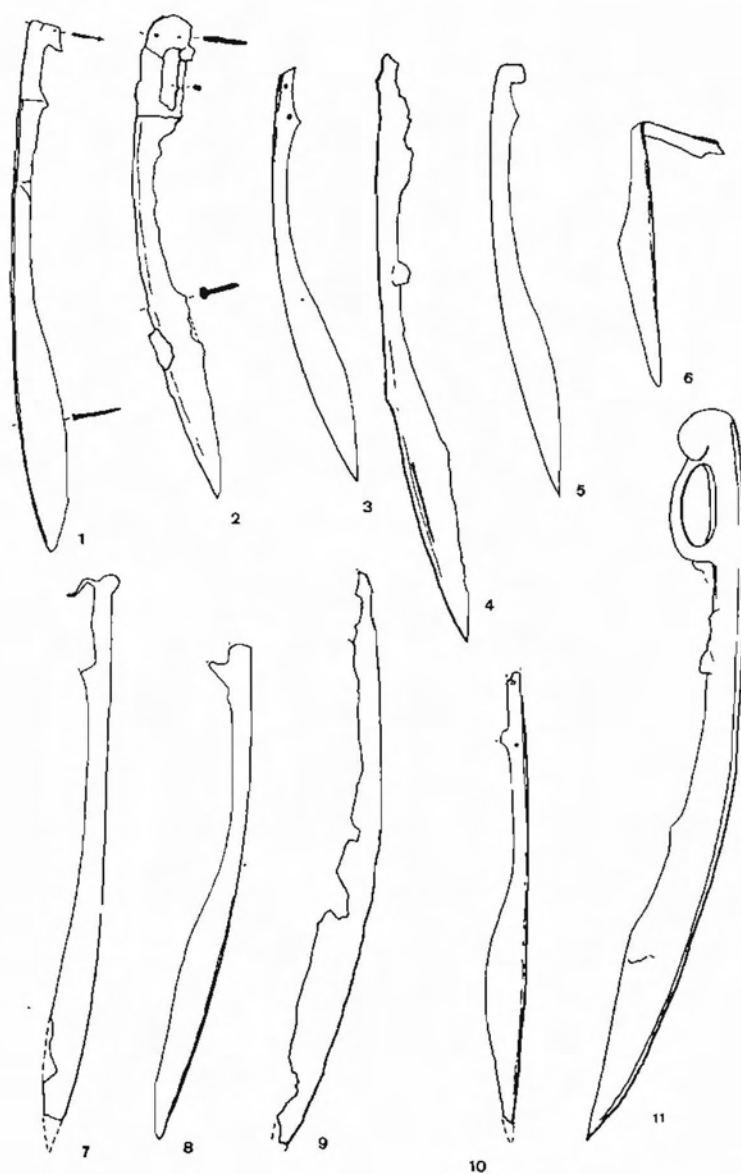
Cuchillos iaciales, 1: Sermoneta (Caracupa).  
2: Mus. V. Giulia, Col. Pesciotti.

**Figura 20**

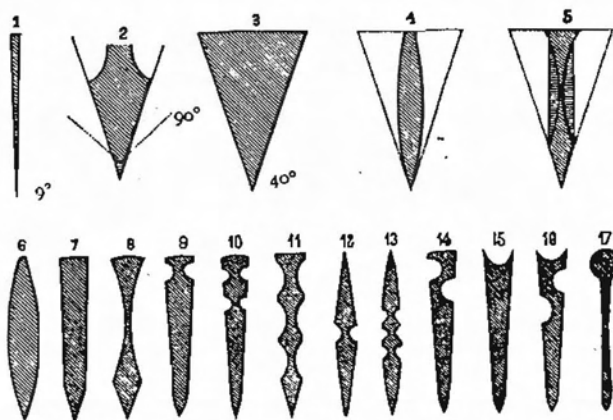
Cuchillos de cocina procedentes de la necrópolis de Todi.

**Figura 21**

Espadas itálicas inéditas. 1 y 2 Gualdo Tadino (V. Giulia). 3: Todi (V. Giulia). 4: Bomarzo (Mus. Vaticanos).

**Figura 22**

*Kopides* itálicos. 1: Numana. 2: Camerano. 3: Tolentino. 4: Populonia. 5: Numana. 6: Perugia. 7: Santa M. de Anglona. 8: Capena. 9: Vetulonia. 10: Perugia. 11: Praeneste. Según diversos autores (ver catálogo).

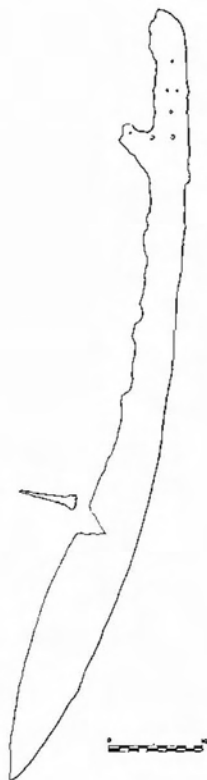


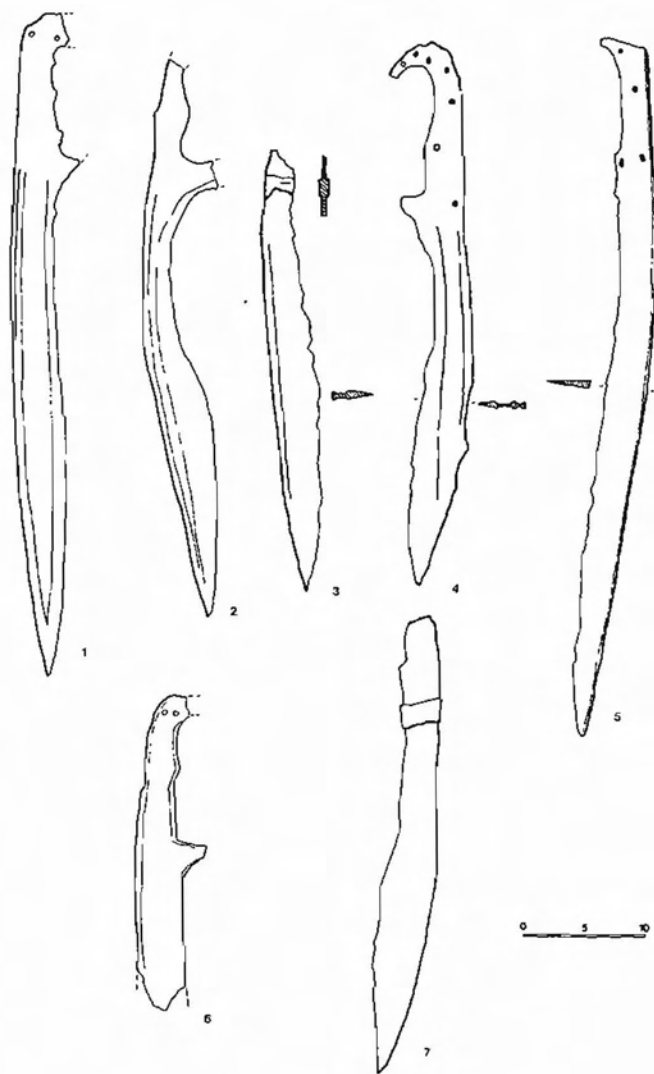
**Figura 23**

Secciones de espadas. (Según Burton.)

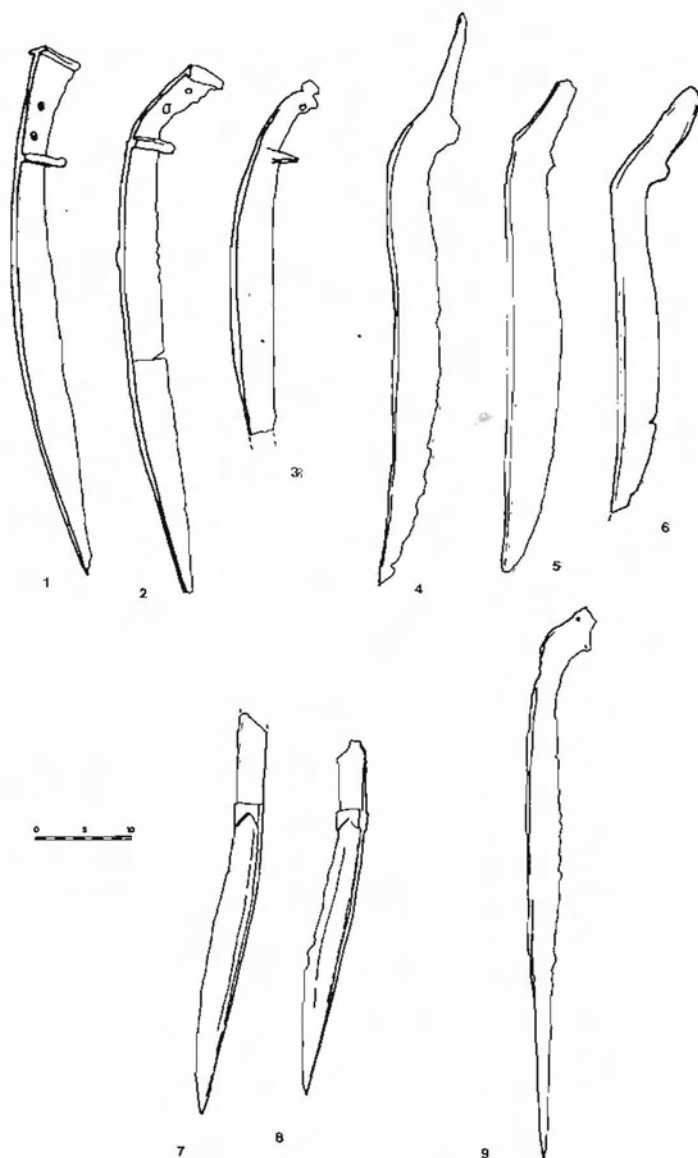
**Figura 24**

*Kopis* de la Sep. 15 de Aleria (según Cuadrado).



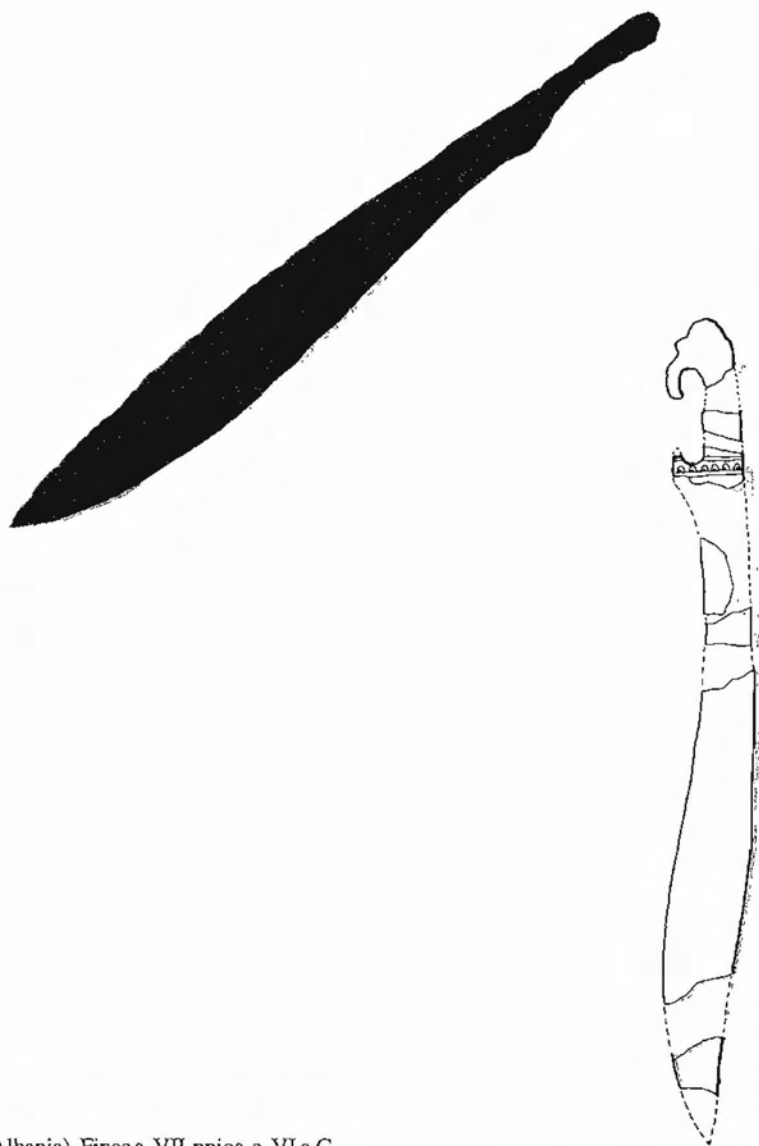
**Figura 25**

*Kopides* de Iliria. 1: Sanskimost. 2: Donja Toponica. 3: Donja Dolina. 4: Donja Dolina. 5: Kuz i Zi. 6: Sanskimost. 7: Donja Toponica.

**Figura 26**

Armas de un solo filo en la zona balcánica. 1, 2 y 3: Jezerine. 4, 5 y 6: Donja Dolina. 7, 8 y 9: Sanskimost.



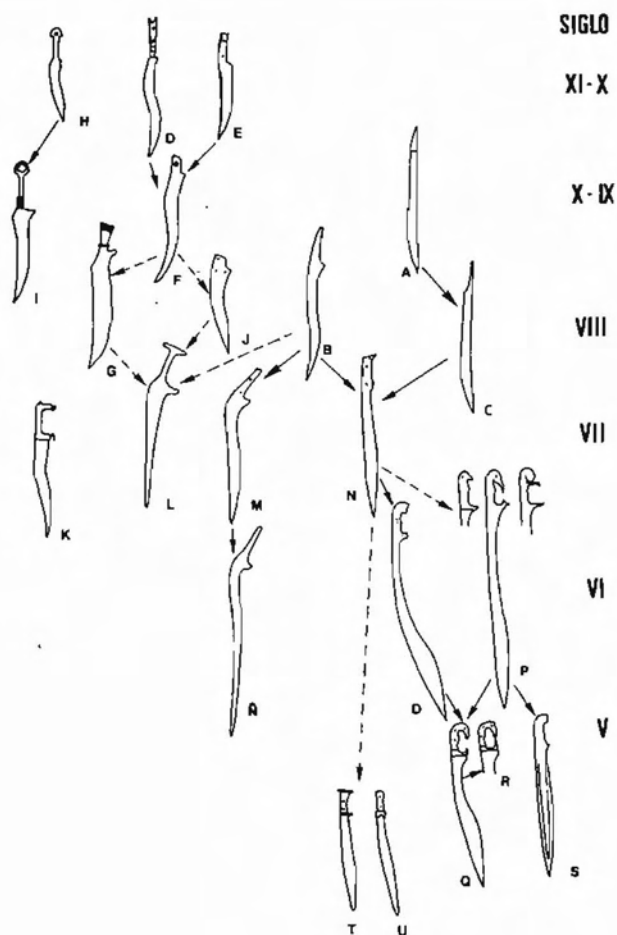


**Figura 27**

*Kopis* de Borova (Albania). Fines s. VII-ppios. s. VI a.C.

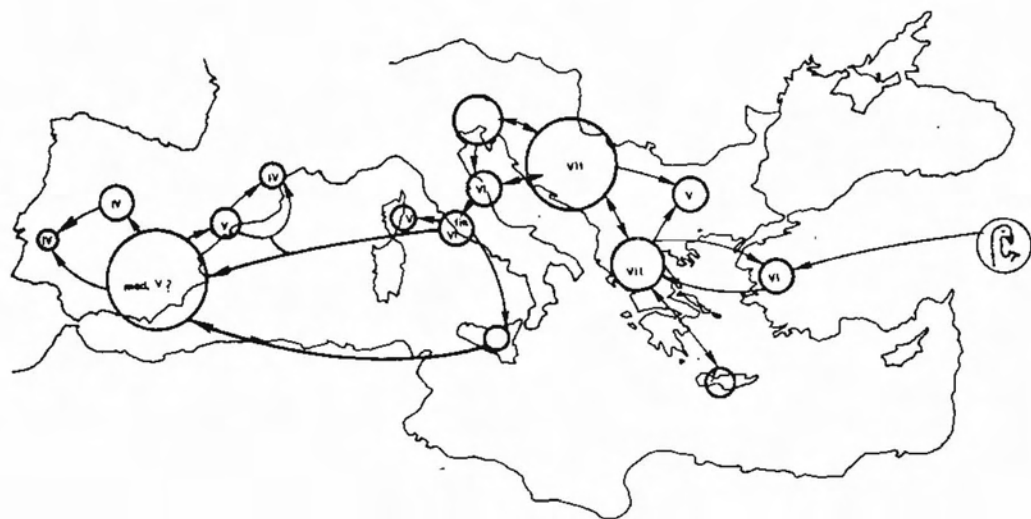
**Figura 28**

*Kopis* con empuñadura decorada con marfil de Golemata Mogila (Bulgaria)



**Figura 29**

Cuadro conjetural de la evolución de los tipos de espada de un filo en el Adriático. En modo alguno deben considerarse las líneas de filiación como un resultado firme sino como una propuesta de investigación. Las líneas continuas denotan probabilidad; las discontinuas, mera posibilidad. Se han eliminado la mayoría de los tipos de cuchillos. Las cronologías se basan sobre todo en las dadas para Donja Dolina, Glasinac, y en el trabajo de Vasic. A: Vergina. B: Donja Dolina fase Ib. C: Halos. D y E: Fase Ia Donja Dolina. F: Fase Ib Donja Dolina. G: Este II. H e I: P. Itálica. K: cuchillos laciales. L: Tipo Besarabi de Gustin (Novilara de Brizio). M: Tipo Trzisce-Donja Dolina de Gustin. N: Kuz i Zi (Albania). Ñ: Tipo Smihel Gustin. O: Tipo itálico. P: Variantes de tipos greco-itálicos. Q: Falcata ibérica de cabeza de ave. R: Falcata ibérica de Cabeza de caballo. S: *kopis* ilirio. T y U: Espadas de un filo de finales de Jezerine y Sanskimost.

**Figura 30**

Propuesta de relaciones entre centros de difusión de tipos de *kopides* en el Mediterráneo.